

EL CASO
LEROUGE

EMILE GABORIAU

Título de la edición original: L'AFFAIRE LEROUGE
Traducción y prólogo de *Jaume Fuster*
Cubierta de *Jordi Fomas*
Ed. original: 1866

Índice

PRÓLOGO.....	4
CAPÍTULO I.....	7
CAPÍTULO II.....	16
CAPÍTULO III.....	22
CAPÍTULO IV.....	27
CAPÍTULO V.....	38
CAPÍTULO VI.....	42
CAPÍTULO VII.....	49
CAPÍTULO VIII.....	54
CAPÍTULO IX.....	64
CAPÍTULO X.....	72
CAPÍTULO XI.....	81
CAPÍTULO XII.....	91
CAPÍTULO XIII.....	97
CAPÍTULO XIV.....	104
CAPÍTULO XV.....	111
CAPÍTULO XVI.....	117
CAPÍTULO XVII.....	122
CONCLUSIÓN.....	126

PRÓLOGO

Émile Gaboriau nació en Saujon en 1835. En 1863, y en forma de folletín, aparece en el periódico «Le Pays» su novela más conocida: *L'affaire Lerouge*. Y los franceses, a quienes les gusta ser los primeros en todo, lanzan al vuelo las campanas de su chauvinismo: ha nacido la novela policiaca. Poe, el precedente; Balzac, la fuente; el *feuilleton*, el medio; Gaboriau, el primero, el abuelo más directo de Simenon.

Veamos, ahora, hasta qué punto es cierto todo ello. ¿*L'affaire Lerouge* es una novela policiaca? Como en los anuncios del cine de misterio, no voy a ser yo quien cuente al lector, en la primera página, todo el asunto. Pero me será permitido que haga un ligero esbozo del argumento. Una muerte misteriosa, una investigación oficial, un detective aficionado, un asesino que al final resulta descubierto. Y el castigo inevitable. Ciertamente, *L'affaire Lerouge* encaja con el género. Pero hay más: un título de nobleza en juego, unos amores contrariados, unos buenos de solemnidad y unos malos que son pura perversión, una nodriza traidora, hijos que no son hijos, amantes repudiadas y el siglo diecinueve presidiéndolo todo. Por lo tanto, podríamos decir, si además tenemos en cuenta cómo apareció la novela, que *L'affaire Lerouge* es, esencialmente, un folletín. Tiene todos los elementos necesarios para pertenecer a ambos géneros. Pero también en las andanzas del Comisario Maigret, su más ilustre nieto, además de lo imprescindible para pertenecer al género policiaco, hay una carga de «humanidad», de «realidad sociológica», de «costumbrismo» y de «psicologismo» que hacen ambivalentes los productos de la pluma de Simenon: novela policiaca, sí, pero también realismo psicológico.

Gaboriau, por otra parte, insinúa en su novela una serie de posibilidades que después aprovechará ampliamente la novela policiaca. Unos, heredados directamente de Poe, como la deducción. Otros, hermanos de Conan Doyle y de su celeberrimo Sherlock Holmes, como la aplicación de técnicas científicas en la investigación. Otros, todavía, como la acumulación de pruebas circunstanciales que señalan a un falso culpable, que utilizará más tarde, magistralmente, Simenon. Una cierta tirantez entre el detective privado y el policía oficial (rivalidad entre Tabaret, el detective, y Gévrol, el policía) que en el relato detectivesco *negro* que se produce en los USA años después dará sus paroxísticos frutos. Una cierta descripción psicológica del asesino que también utilizan Simenon, James Cain, Tasis (*Es hora de plegar*) y Pedroló (*Joc brut*). Pero hay un gusto por lo melodramático, por el «dramón» (para utilizar una expresión popular) que difícilmente volverá a repetirse. Y la angelical Claire d'Arlange, que en esta novela se nos presenta como un dechado de pureza, perderá parte de sus cualidades decimonónicas cuando su falda se acorte, sus ojos utilicen pestañas postizas y entre sus labios se prenda un cigarrillo. También el culpable, cuyo nombre no diré, abandonará el sombrero de copa y el florete (arma con la que se comete el crimen) y utilizará la americana cruzada, la funda sobaquera y la *browning* de rigor. Incluso Tabaret, el detective, dejará de ser un viejo medio chiflado para convertirse en un cínico cuyo retrato más aproximado es la imagen cinematográfica de Humphrey Bogart, o un rutinario, pero inteligente, campesino puesto a policía, cuya imagen podría ser (para no apartarnos de cine) el Jean Gabin de las películas de Maigret.

Lo único que no cambiará, con el tiempo, con la primera guerra mundial y con el afianzamiento del modo de producción capitalista, será el móvil del crimen: el dinero, el poder, quizá los celos. Al fin y al cabo no son tantas las diferencias entre un siglo y el otro.

L'affaire Lerouge, pues, tiene mucho de antecedente, de primate. Quizás el lector habituado descubra, a la mitad del relato, quién es el culpable. Quizá pida un poco más de acción y un poco menos de melodrama. Pero de una cosa estoy seguro, el lector aficionado al género se sentirá sorprendido por los recursos de Tabaret, por su sistema: «Cuando se produce un crimen, con sus circunstancias y sus detalles, construyo pieza a pieza un plan de acusación que entrego completo y perfecto. Si se halla a un hombre en quien esta acusación

encaja en cada una de sus partes, tenemos al autor del crimen. De no suceder así, es que hemos apresado a un inocente. No basta con que tal o cual episodio coincidan; no, o todo o nada. Es infalible. Ahora bien, ¿cómo he llegado hasta el culpable en este caso? Procediendo por inducción, de lo conocido a lo desconocido. He examinado la obra y he juzgado al obrero. ¿A quién nos conducen el razonamiento y la lógica?»

Estoy convencido de que el más conspicuo Maigret, Ellery Queen, Sam Spade, Philo Vance o Perry Masón firmarían, sin lugar a dudas, estas palabras de Tabaret.

Pero dudo de que Simenon, Ellery Queen, Dashiell Hammett, S. S. Van Dine o Erle Stanley Garner firmaran una novela como *L'Affaire Lerouge*, más próxima al Balzac de *Splendeurs et Misères des Courtisanes* (salvando todas las diferencias que haya que salvar, en cuanto a calidad literaria, fuerza narrativa y genio) o al Sue de *Les mystères de Paris*. Hay en *L'affaire Lerouge* algunas ingenuidades en las que no caerán ya los autores de novelas policiacas posteriores. Así, por ejemplo, la relación anterior a los hechos entre Tabaret y Noël Gerdy, la rivalidad amorosa entre el juez Daburon y Albert de Commarin y la existencia de Pierre Lerouge que lo aclarará todo. Estas «casualidades» que permiten que un «crimen perfecto» se convierta en el más imperfecto de los asesinatos, son, en cierto modo, faltas a las reglas del juego. Pero cuando Gaboriau escribía su novela todavía no existían ni el juego ni las reglas. Como muy bien dice Thomas Narcejac (autor y a su vez historiador del género): «... Gaboriau, sin embargo, pertenece a la historia de la literatura porque ha intuido, tan confusamente como se quiera, que la novela policiaca era únicamente una obra de imaginación. Comprendió que la novela policiaca es una novela contada de forma nueva. Y la convirtió en un melodrama visto por un testigo. »

Y ésta es la grandeza del libro que hoy presentamos.

Finalmente y para acabar, haremos constar que, dada la estructura de *feuilleton* que el sistema como se editó por primera vez *L'affaire Lerouge* llevaba consigo, nos hemos visto obligados a aligerar la presente versión de aquellas repeticiones, historias marginales y descripciones innecesarias con las que el autor ayudaba a recordar al lector lo leído semanas antes y que le permitían alargar un poco más el relato para darle la extensión habitual.

JAUME FUSTER
Barcelona, junio de 1972

CAPÍTULO I

El jueves seis de marzo, dos días después del martes de carnaval, cinco mujeres del pueblo de La Jonchère se presentaron en la comisaría de policía de Bougival.

Declararon que desde hacía dos días nadie había visto a una de sus vecinas, la viuda Lerouge, que vivía sola en una casita aislada. Habían llamado en vano a su puerta repetidas veces. Las ventanas, al igual que la puerta, estaban cerradas y por consiguiente no pudieron echar un vistazo al interior. Aquel silencio, aquella desaparición las inquietaba. Temiendo que se hubiera producido un crimen, o quizá un accidente, solicitaban, para su tranquilidad, que la «Justicia» tuviera a bien forzar la puerta y penetrar en la casa.

Bougival es un lugar amable que los domingos se llena de barquitas de recreo; allí se producen bastantes delitos, pero los crímenes no abundan. Por ello, al principio, el comisario se negó a llevar a cabo lo que solicitaban aquellas mujeres. Sin embargo, insistieron tanto, con tanta fuerza y durante tanto tiempo, que el magistrado, cansado, cedió. Mandó a buscar al cabo de la gendarmería y a dos de sus hombres, requirió la presencia de un cerrajero, y acompañado de esta guisa siguió a las vecinas de la viuda Lerouge.

La pequeña caravana, con los gendarmes a la cabeza, siguió la amplia calzada que bordea el Sena y pronto, torciendo a la derecha, tomó por un atajo bordeado de tapias y profundamente encajonado. Después de avanzar unos centenares de pasos, la comitiva llegó ante una modesta vivienda de apariencia honesta. Aquella casa, casi una barraca, debía haber sido construida por algún joyero parisién amante de la naturaleza, ya que todos los árboles habían sido cuidadosamente cortados. Más profunda que ancha, se componía de una planta baja de dos piezas y un granero encima. A su alrededor se extendía un jardín apenas cuidado, mal protegido contra los merodeadores por una pared de piedras secas de aproximadamente un metro de altura, que se derrumbaba en algunos sitios. Una ligera verja de madera daba acceso al jardín.

—Es aquí —dijeron las mujeres.

El comisario de policía se detuvo. Durante el trayecto, su séquito había aumentado con todos los curiosos y desocupados del lugar. En aquel momento estaba rodeado de una cuarentena de personas.

—Que nadie entre en el jardín —ordenó.

Y para estar seguro de que se le obedecía, colocó a los dos gendarmes ante la entrada y avanzó escoltado por el cabo y el cerrajero.

Golpeó la puerta varias veces con el mango de su bastón y después repitió la operación con las persianas de las ventanas. Después de cada golpe, aplicaba su oreja a la madera y escuchaba. Al no oír nada se volvió al cerrajero.

—Abra usted —dijo.

El obrero abrió su caja y preparó las herramientas. Cuando ya había introducido una de sus ganzúas en la cerradura, se oyó un murmullo entre el grupo de curiosos.

—¡La llave, aquí está la llave! —gritaban.

En efecto, un niño de unos doce años que jugaba con sus amigos había descubierto en el surco que bordeaba el camino una llave enorme; la había recogido y la traía triunfalmente.

—Dámela, pequeño —le dijo el cabo—, vamos a probar.

Probaron la llave, que era la de la casa. El comisario y el cerrajero intercambiaron una mirada llena de siniestras inquietudes.

—Esto no funciona —murmuró el cabo.

Los tres entraron en la casa, mientras que la muchedumbre, contenida a duras penas por los gendarmes, se agitaba impaciente alargando el cuello y apretujándose contra la pared para intentar ver, captar algo, de lo que iba a suceder.

Aquellos que habían hablado de crimen, no se habían equivocado, comprendió el comisario de policía ya desde el umbral. Todo, en la primera habitación, denunciaba con lúgubre elocuencia, la presencia de malhechores.

Los muebles, una cómoda y dos grandes baúles habían sido forzados y desfondados. En la segunda habitación, que servía de dormitorio, el desorden era todavía mayor. Daba la impresión que una mano furiosa se había dedicado a destrozarlo todo.

Por último, junto a la chimenea, la cara entre las cenizas, estaba el cuerpo sin vida de la viuda Lerouge. Un lado del rostro y todos sus cabellos se habían quemado, y sólo un milagro había impedido que el fuego no se propagase a los vestidos.

—¡Canallas! —murmuró el cabo de los gendarmes—. ¿No habrían podido robar sin necesidad de asesinar a esa pobre mujer?

—Pero, ¿dónde ha sido golpeada? —preguntó el comisario—. No veo sangre por ninguna parte.

—Aquí, entre los hombros, comisario —respondió el gendarme—. Dos golpes. Apostaría mis galones a que no ha tenido tiempo de decir esta boca es mía.

Se inclinó sobre el cuerpo y lo tocó.

—Está fría —continuó—. Y rígida. Por lo menos hace treinta y seis horas que ha muerto.

El comisario escribió como pudo, sobre un rincón de la mesa, un informe sumario.

—No hemos venido aquí a charlar —dijo al cabo—. Ahora hay que encontrar a los culpables. Hay que avisar al juez de paz y al alcalde. Además, hay que ir a París a llevar esta carta al fiscal. Un juez de instrucción puede llegar aquí en dos horas. Mientras esperamos, voy a proceder a una investigación provisional.

—¿Tengo que llevar la carta personalmente? —preguntó el cabo.

—No. Envíela con uno de sus hombres. Usted me será más útil aquí, para contener a los curiosos y para encontrar los testigos que necesito. Hay que dejar todo esto tal como está. Me instalaré en la otra habitación.

Un gendarme se dirigió corriendo hacia la estación de Rueil, mientras el comisario empezaba la investigación provisional prescrita por la ley.

¿Quién era aquella viuda Lerouge? ¿De dónde era natural? ¿Qué hacía? ¿De qué vivía y cómo? ¿Cuáles eran sus costumbres, sus hábitos, sus amistades? ¿Se le conocían enemigos? ¿Era avara? ¿Se la tenía por rica? Todo eso era lo que el comisario tenía que averiguar. Pero a pesar de ser numerosos, los testigos no estaban muy informados. Las declaraciones de los vecinos sucesivamente interrogados eran vacías, incoherentes, incompletas. Nadie sabía nada de la víctima, desconocida en la región. Se presentó mucha gente, que acudía menos para dar informes que para solicitarlos. Sólo una jardinera que había sido amiga de la viuda Lerouge y una lechera que había sido su proveedora pudieron dar algunos informes, bastante insignificantes pero precisos.

Después de tres horas de interrogatorios insoportables, después de haber escuchado todas las habladurías del lugar, de haber recogido los testimonios más contradictorios y los comadreos más ridículos, sólo lo que sigue pareció más o menos cierto al comisario:

Dos años antes, la señora Lerouge llegó a Bougival con un gran coche de mudanzas lleno de muebles, de ropa y de otros efectos. Se alojó en un albergue manifestando su intención de instalarse en los alrededores y acto seguido empezó a buscar una casa. Habiendo encontrado ésta a su gusto, la alquiló sin regatear pero no se avino a firmar ningún contrato de arrendamiento.

Una vez alquilada la casa, se instaló en ella inmediatamente y gastó un centenar de francos en reparaciones. Se trataba de una mujer de unos cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años, bien conservada, fuerte y de excelente salud. Nadie sabía porqué había elegido para establecerse una región en la que no conocía a nadie. Se la suponía normanda porque a menudo, por la mañana, se la había visto tocada con un gorro de algodón. Aquel tipo de tocado de noche no le impedía ser muy coqueta durante el día. De ordinario llevaba bonitos vestidos, ponía muchos encajes en sus sombreros y se cubría de joyas. Sin lugar a dudas, había vivido en la costa, porque el mar y los barcos surgían sin cesar en sus conversaciones.

No le gustaba hablar de su marido, muerto, decía, en un naufragio. Nunca había dado el más mínimo detalle a ese respecto. Sólo en una ocasión había dicho a la lechera ante otra persona: «Nunca nadie ha sido tan desgraciado en su matrimonio como lo he sido yo.»

La viuda Lerouge era considerada rica, o por lo menos acomodada. No era avara. En cierta ocasión prestó a una mujer de la Malmaison sesenta francos que no quiso que le fueran devueltos. En otra ocasión, había prestado doscientos francos a un pescador de Port-Marly. Le gustaba vivir bien, gastaba

mucho en su alimentación y se hacía traer vino en garrafas. Gustaba de tratar a sus amigos y sus cenas eran excelentes. Si se le hacían cumplidos sobre su riqueza, no lo negaba. Se le había oído decir a menudo: «No poseo tantas, pero tengo todo lo que me hace falta. Si quisiera más, lo tendría. »

Nunca salía por las noches, pero era de dominio público que se embriagaba regularmente a la hora de cenar y que se acostaba después. Raras veces se veían extraños en su casa: en cuatro o cinco ocasiones fue vista una dama con un joven y en otra ocasión dos caballeros, un viejo muy elegante y un joven. Estos últimos habían llegado en un coche magnífico. En diversas ocasiones se habían visto llegar hombres a su casa. Primero un joven con aspecto de empleado de ferrocarril. Después un hombre mayor, alto y moreno, vestido con una gran blusa. Se suponía que eran sus amantes.

Cuando todavía estaba interrogando a los testigos y resumiendo por escrito las declaraciones, llegó el juez de instrucción, acompañado por el jefe de policía de seguridad y por uno de sus agentes.

El juez Daburon, a quien sus amigos han visto con profunda sorpresa presentar su dimisión cuando precisamente mejor se presentaba su fortuna, era por aquel entonces un hombre de treinta y ocho años, bien proporcionado, simpático a pesar de su frialdad, con una fisonomía dulce y un poco triste. Esta tristeza le había quedado de una enfermedad que dos años antes estuvo a punto de llevarle a la tumba.

El jefe de la policía de seguridad no era otro que el célebre Gévrol. Se trataba de un hombre hábil pero falto de perseverancia y cegado por una increíble obstinación. El ayudante de Gévrol era, por aquel tiempo, un antiguo convicto reconciliado con las leyes, hábil en su oficio. Fino como el ámbar y celoso de su jefe, a quien consideraba mediocre. Se llamaba Lecoq.

El comisario de policía, a quien su responsabilidad empezaba a molestar, acogió al juez de instrucción y a sus dos agentes como sus liberadores. Expuso rápidamente los hechos y leyó su informe.

—Ha procedido usted como debía —le dijo el juez—. Todo eso está muy bien; sólo hay un hecho que usted olvida.

—¿Cuál? —preguntó el comisario.

—¿Qué día vieron por última vez a la viuda Lerouge y a qué hora?

—A eso iba precisamente, señor. Se la vio la tarde del martes de carnaval a las cinco y veinte. Regresaba de Bougival con una cesta de provisiones.

—¿Está usted seguro de la hora? —preguntó Gévrol.

—Absolutamente, y le diré el porqué: los dos testigos que la vieron, la señora Tellier y el tonelero, que viven cerca de aquí, bajaban del ómnibus americano que sale de Marly cada hora, cuando descubrieron a la viuda Lerouge por el atajo. Apresuraron el paso para alcanzarla, estuvieron hablando con ella, y no se separaron de la mujer hasta su puerta.

—¿Se sabe qué había en la cesta? —preguntó el juez de instrucción?

—Los testigos lo ignoran. Sólo vieron el cuello de dos botellas de vino y de una de aguardiente. La viuda Lerouge se quejaba de dolor de cabeza y les dijo que a pesar de que era martes de carnaval iba a acostarse.

—Pues bien —exclamó el jefe de la seguridad—. Ya sé dónde tenemos que buscar.

—¿Está usted seguro? —preguntó Daburon.

—Demonios, sí. Todo está claro. Hay que encontrar al hombre moreno, el de la blusa. El aguardiente y el vino eran para él. La viuda le esperaba a cenar.

—Era vieja y fea —insinuó el cabo con evidente desagrado.

—Sepa usted, cabo —dijo Gévrol—, que una mujer con dinero siempre es joven y bonita.

—Hay algo que me sorprende —dijo el juez de instrucción—. Son las palabras de la viuda Lerouge: «Si quisiera más lo tendría. »

—También llamó mi atención —apoyó el comisario.

Pero Gévrol apenas si escuchaba. Tenía una pista e inspeccionaba minuciosamente todos los rincones de la habitación. De repente, se volvió al comisario.

—¿No fue el martes cuando cambió el tiempo? ¿A qué hora empezó a llover?

—A las nueve y media —contestó el cabo.

—Bien —exclamó Gévrol—. Pues, si el hombre vino después de las nueve y media debía llevar los zapatos llenos de barro. Si no hay huellas es que vino antes. ¿Había huellas de pasos, señor comisario?

—He de confesar que no nos hemos ocupado de eso.

—Lástima —dijo el agente de la seguridad con despecho.

—Espere un momento. Todavía estamos a tiempo de verlo, no en esta habitación sino en la otra. No hemos tocado nada en absoluto. Mis pasos y los del cabo serán fáciles de distinguir. Vayamos a ver.

Gévrol entró el primero y todos los demás se detuvieron en el umbral. En el centro de la habitación había una mesa dispuesta. Un mantel fino, blanco como la nieve, la cubría. Encima había un magnífico vaso de cristal tallado, un hermoso cuchillo y un vaso de porcelana. Había también una botella de vino apenas empezada y una botella de aguardiente de la cual faltaban cinco o seis copas.

A la derecha, a lo largo de la pared, dos armarios de nogal, uno a cada lado de la ventana. Ambos estaban vacíos y su contenido esparcido por el suelo. Al fondo, cerca de la chimenea, había una alacena con la vajilla. Al otro lado del hogar, un viejo secreter había sido desfondado, roto, hecho pedazos y registrado hasta sus más mínimas ranuras. Por último, a la izquierda, la cama había sido completamente deshecha y registrada.

—Ni la más mínima huella —murmuró Gévrol contrariado—. Parece ser que llegó antes de las nueve y media. —Se acercó al cadáver de la viuda Lerouge y se arrodilló junto a él—. Un trabajo limpio. El asesino no es ningún aprendiz. La pobre mujer estaba preparando la cena cuando fue golpeada. El criminal no tuvo la paciencia de esperar la comida. Tenía prisa y la mató con el vientre vacío.

—Es evidente que el robo fue el móvil del crimen —dijo el comisario al juez de instrucción.

—Es probable —repuso Gévrol maliciosamente—. Por eso no hay ni un cubierto de plata en la mesa.

—¡Miren! Hay unas piezas de oro en este cajón —exclamó Lecoq que hurgaba por su cuenta.

—¡Vaya! —dijo Gévrol desconcertado—. Quizá las haya olvidado. En ocasiones ocurre eso. Yo mismo he visto asesinos que una vez cometido su crimen han perdido la cabeza sin saber lo que habían ido a hacer. Tal vez nuestro hombre haya sido molestado. Es posible que alguien llamara a la puerta. Lo que me hace dudar es que el individuo no ha dejado la bujía encendida, se ha preocupado de soplarla.

Las investigaciones de ambos agentes prosiguieron por toda la casa, pero sus minuciosas búsquedas no les hicieron descubrir nada en absoluto. Incluso los papeles de la viuda Lerouge, si es que los tenía, habían desaparecido. No encontraron ni una sola carta ni un pedazo de papel. Nada. Al cabo de un rato el juez preguntó:

—¿Y bien, caballeros?

—Nada en absoluto —respondió Gévrol—. Estamos en blanco. El criminal ha tomado todas las precauciones. Pero le atraparé. Antes de la noche voy a tener una docena de hombres trabajando en el caso. Por otra parte, nos será fácil dar con él. Se ha llevado la plata y las joyas: está perdido.

—No hemos avanzado nada —dijo Daburon.

—Hacemos lo que podemos —gruñó Gévrol.

—¡Diablos! ¿Por qué no ha llegado todavía Tiraclair?

—¿Y qué va a averiguar ése que no hayamos averiguado nosotros? —murmuró Gévrol lanzando una mirada furiosa a su subordinado.

—¿Quién es ese Tiraclair? —preguntó el juez de instrucción—. Me parece haber oído su nombre alguna vez pero no sé dónde.

—Es un gran tipo —exclamó Lecoq.

—Se trata de un antiguo empleado del Monte de Piedad —añadió Gévrol—. Un ricacho cuyo verdadero nombre es Tabaret. Le gusta jugar a detectives.

—Y aumentar sus rentas —apostilló el comisario.

—Esté usted tranquilo —respondió Lecoq—. No trabaja por dinero, sino por la gloria. Para él es una inversión.

—No perdamos nuestro tiempo, señores —dijo el juez de instrucción. Y añadió dirigiéndose a Lecoq—: Vaya usted al señor Tabaret. He oído hablar mucho de él y no me molestaría que colaborara con nosotros.

Lecoq salió corriendo. Gévrol se sentía humillado.

—Señor juez de instrucción —empezó—. Usted tiene todo el derecho de pedir ayuda a quien le parezca; no obstante...

—No se enoje usted, Gévrol —le interrumpió Daburon—. Hace mucho que le conozco y sé lo que vale usted. Sólo que hoy nuestras opiniones son diferencias. Usted cree que el criminal es el hombre moreno de la blusa, y yo estoy convencido de que se equivoca.

—Estoy seguro de estar en lo cierto —respondió el jefe de la seguridad—, y espero demostrárselo. Encontraré al individuo ese, sea quien sea.

—No deseo otra cosa.

—Sólo que si el señor juez me permitiera darle un... como le diría yo... consejo...

—Hable usted.

—Pues bien, me permitiría decirle que no debe fiarse de Tabaret.

—¿De verdad? ¿Y por qué?

—Es un hombre demasiado apasionado. Hace de detective por el éxito, igual que si fuera un escritor. Y puesto que es orgulloso como un pavo, a veces se deja llevar por su imaginación. Cuando se halla en presencia de un crimen como éste pretende explicarlo todo en seguida. Y, en efecto, inventa una historia que encaja perfectamente con la situación. Con un solo detalle pretende reconstruir las escenas del asesinato. A veces lo adivina todo, pero también se equivoca a menudo...

—Le agradezco el consejo. Lo tendré en cuenta, pero ahora, comisario, hemos de descubrir de dónde era la viuda Lerouge.

De nuevo se inició la procesión de testigos conducida por el cabo de gendarmes, pero no se reveló ningún hecho nuevo. La viuda Lerouge había sido una persona singularmente discreta y nada se pudo sacar en claro.

Daburon ya desesperaba de entrever el menor rayo de luz en el caso, cuando se le presentó un tendero de Bougival, de quien la víctima era cliente. El tendero había oído hablar a la viuda Lerouge de un hijo suyo.

—¿Está usted seguro? —insistió el juez con gravedad.

—Segurísimo —contestó el tendero—. Un día que estaba un poco... con perdón, bebida, estubo hablando en mi tienda más de una hora. Me parece verla todavía, apoyada en el mostrador, bromeando con un pescador de Marly a quien no se cansaba de llamar marinero de agua dulce. «Mi marido sí que era un marinero de verdad y mi hijo también. »

—¿Dijo el nombre del hijo?

—No en esta ocasión, pero sí recuerdo que una vez que estaba muy bebida lo mencionó. Nos contó que su hijo se llamaba Jacques y que no lo veía desde hacía mucho tiempo.

—¿Sabe usted si su hijo la había visitado en La Jonchère?

—Nunca lo mencionó.

—¿Gastaba mucho dinero en su tienda?

—Depende. Venía a gastar unos sesenta francos cada mes, y en ocasiones más porque quería coñac del viejo. Siempre pagaba al contado.

Después de comprobar que el tendero no sabía nada más, el juez le despidió. El cabo hizo pasar a un muchacho de unos trece años, alto y fuerte para su edad. Tenía el rostro inteligente y parecía como si el juez no le impresionara en absoluto.

—Veamos, muchacho, ¿qué es lo que sabes? —inquirió el juez.

—Pues yo, señor, el domingo de carnaval vi a un hombre en la puerta del jardín de la señora Lerouge.

—¿En qué momento del día?

—Por la mañana temprano. Yo iba a la iglesia para ayudar en la segunda misa.

—¿Era un hombre moreno con una gran blusa?

—No señor. Al contrario, era un hombre pequeño, bastante grueso y no muy viejo.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—No señor, porque le vi de cerca puesto que le hablé.

—Veamos, cuéntame como fue.

—Pues, señor, pasaba por ahí cuando vi al hombre en la puerta. Parecía enfadado. Tenía la cara roja y lo pude ver bien porque no llevaba sombrero.

—¿Te habló él primero?

—Sí señor. Al verme, dijo: «Ven pequeño, ¿tienes buenas piernas?» Yo le dije que sí y entonces me cogió por la oreja, sin hacerme daño, y me dijo: «Bueno, pues vas a hacerme un encargo, y a cambio te daré diez céntimos. Irás corriendo hasta el Sena, antes de llegar al muelle verás un barco amarrado; entras y preguntas por el patrón Gervais. No te preocupes, estará allí; le dirás que se prepare para marchar, que yo iré en seguida. » Me dio los diez céntimos y me fui.

—¿Hiciste lo que te dijo?

—Sí señor. Fui al barco, vi al hombre y le di el encargo.

Intervino Gévrol:

—Veamos, pequeño. Si vieras al hombre del que nos hablas, ¿podrías reconocerlo?

—Sí, claro que sí.

—¿Tenía algo de particular?

—Su cara roja.

-
- ¿Eso es todo?
- Creo que sí, señor.
- ¿Cómo iba vestido, llevaba una blusa?
- No. Llevaba una chaqueta con grandes bolsillos, y de uno de ellos salía un pañuelo de cuadros azules.
- ¿Cómo era su pantalón?
- No me acuerdo.
- ¿Y su chaleco?
- Espere un momento —contestó el chico—. ¿Llevaba chaleco? Me parece que no. No obstante... Pero no, me acuerdo perfectamente. No llevaba chaleco. Sólo llevaba una corbata muy larga sujeta con un grueso anillo.
- Muy bien, muchacho. ¿Recuerdas algo más?
- Sí, ahora me acuerdo de otra cosa. El hombre llevaba unos pendientes muy largos.
- ¡Bravo! —exclamó Gévrol—. Ésta sí que es una buena descripción. Puede usted ir preparando la citación, señor juez.
- ¿Podrías decirme qué carga llevaba el barco? —preguntó el juez.
- No, estaba cubierto.
- ¿Subía o bajaba, por el Sena?
- Lo siento, señor. Estaba parado.
- Ya lo sabemos —intervino Gévrol—. Lo que el señor juez te pregunta es hacia dónde apuntaba la proa del barco, ¿hacia París o hacia Marly?
- Los dos extremos del barco son iguales.
- Lástima —dijo Gévrol—. Si sabes leer, tendrías que haberte fijado en el nombre del barco. Siempre hay que fijarse en el nombre de los barcos en los que se sube.
- No vi el nombre.
- Si el barco amarró cerca del muelle —objetó Daburon—, probablemente fue visto por otros habitantes de Bougival.
- Es cierto —dijo Gévrol—. Y por otra parte, los marineros seguramente bajaron a tierra. Ya me informaré —y añadió, dirigiéndose al pequeño—: ¿Cómo era el patrón Gervais?
- Como todos los marineros de por aquí, señor.

CAPÍTULO II

Las dos últimas declaraciones recogidas por el juez de instrucción apuntaban, por fin, alguna esperanza. En medio de las tinieblas, la más pálida luz brilla como un faro.

—Si me lo permite, señor juez, voy a ir a Bougival —propuso Gévrol.

—Mejor será que espere un poco —respondió Daburon—. El hombre fue visto el domingo por la mañana. Informémonos antes de la conducta de la viuda de Lerouge durante este día.

Convocaron a tres vecinas, que estuvieron de acuerdo en decir que la viuda Lerouge había guardado cama durante todo el domingo de carnaval. Una de ellas, que le preguntó sobre su enfermedad, obtuvo la siguiente respuesta: «Anoche tuve un accidente terrible. »

—Creo que es imprescindible encontrar al hombre de los pendientes.

—Esto le concierne a usted, señor Gévrol —dijo el juez.

—Lo tendré antes de ocho días aunque deba registrar yo mismo todas las barcazas del Sena desde su nacimiento hasta su desembocadura. Conozco el nombre del patrón: Gervais; la oficina de navegación podrá informarme.

Fue interrumpido por la llegada de Lecoq.

—Ya está aquí el señor Tabaret. Le encontré cuando salía. ¡Qué hombre! No ha querido esperar el tren. Ha pagado no sé cuánto a un cochero para que nos trajera en cincuenta minutos.

Mientras hablaba, apareció en el umbral un hombre cuyo aspecto, hay que confesarlo, no respondía en absoluto a la idea que podamos tener de un detective. Tenía casi sesenta años y era pequeño, delgado, encorvado, y se apoyaba en un bastón de puño de marfil tallado.

El señor Tabaret, conocido por el sobrenombre de Tiraclair, saludó desde la puerta, y con voz humilde preguntó:

—¿El señor juez de instrucción ha tenido la bondad de llamarme?

—Sí —respondió Daburon, mientras se decía para sí: «Quizá sea un hombre hábil, pero su rostro no lo indica. »

—Aquí estoy, a disposición de la justicia.

—Se trata de si usted, con más suerte que nosotros, es capaz de encontrar algún indicio que nos ponga sobre la pista del asesino. Le explicaré el asunto.

—No es necesario —interrumpió Tabaret—. Lecoq me lo ha contado todo mientras veníamos hacia aquí.

—No obstante... —empezó a decir el comisario de policía.

—Ruego al señor juez que se fíe de mí. Me gusta actuar sin informe alguno, a fin de ser más dueño de mis impresiones. Cuando se conoce la impresión de los demás, uno se deja influir, de manera que... empezaré mis investigaciones con Lecoq.

A medida que hablaba, sus pequeños ojos grises se iluminaban y brillaban como un carbúnculo. Su rostro reflejaba un gran júbilo interior y su figura se había erguido, cuando avanzó con paso vivo hacia la otra habitación.

Permaneció en ella alrededor de media hora, y después salió corriendo. Regresó, salió de nuevo, reapareció otra vez y se alejó casi en seguida. Mientras iba y venía, hablaba en voz alta y gesticulaba y se apostrofaba a sí mismo e insultaba, lanzaba gritos de triunfo o se daba ánimos. No dejó en paz a Lecoq ni un minuto. Pedía papel, lápiz, después una azada. Luego solicitó a gritos yeso, agua y una botella de aceite. Al cabo de una hora, el juez de instrucción, que empezaba a impacientarse, preguntó dónde estaba el policía voluntario.

—Está en la carretera —respondió el cabo—, tendido boca abajo, en el barro, y no sé qué hace con el yeso. Dice que casi ha terminado y que vuelve en seguida.

Regresó acto seguido, feliz, triunfante, rejuvenecido en veinte años. Lecoq le seguía llevando con precaución un gran cesto.

—Ya lo tengo —dijo al juez de instrucción—. Ahora todo es claro y simple como la luz del día. Lecoq, muchacho, pon el cesto sobre la mesa.

También regresó Gévrol, no menos satisfecho:

—Estoy sobre la pista del hombre de los pendientes. La gabarra descendía, tengo la descripción exacta del patrón Gervais.

—Hable usted, señor Tabaret —dijo el juez de instrucción.

El hombrecillo vació sobre la mesa el contenido del cesto: un pan de tierra arcillosa, algunas grandes hojas de papel y tres o cuatro pedazos de yeso todavía húmedo.

—Caballeros, les diré para empezar que el robo no tiene nada que ver con el crimen que nos ocupa. Y lo probaré con la evidencia. También les diré mi modesta opinión sobre el móvil del asesinato, pero lo haré más tarde. Pues bien, el asesino llegó aquí antes de las nueve y media, es decir, antes de que lloviese. Al igual que el señor Gévrol, no he encontrado huellas de barro, pero bajo la mesa, en el sitio donde el asesino puso los pies, he encontrado rastros de polvo. Sabemos, pues, a qué hora llegó. La viuda Lerouge no esperaba en absoluto a la persona que vino. Había empezado a desnudarse y estaba a punto de dar cuerda a su reloj de pared cuando llegó el desconocido. Estos detalles son fáciles de comprobar: examinen ustedes el reloj que hay encima del secreter. Es de los que marchan catorce o quince horas, no más, me he asegurado de ello. Es más que probable que la viuda le diera cuerda por la noche, antes de meterse en la cama. ¿Cómo es posible, pues, que el reloj se parara a las cinco? Lo es porque ella lo había tocado; había comenzado a darle cuerda cuando llamaron. Para demostrarles lo que digo, basta con fijarse en la silla que está debajo del reloj, en cuyo paño hay la huella visible de un pie. Fijense después en los vestidos de la víctima: falta el corpiño. Para poder abrir más deprisa no se lo puso y sólo colocó sobre sus espaldas su viejo chal. La viuda reconoció a quien llamaba. Su prisa por abrir me lo hace sospechar; lo que sigue lo demuestra. El asesino fue admitido, pues, sin dificultades. Se trata de un hombre joven todavía, de una estatura un poco por encima de la media, elegantemente vestido. Aquella noche llevaba un sombrero de copa, un paraguas y fumaba un «Trabuco» con una boquilla...

—¡Vaya, esto es demasiado! —gritó Gévrol.

—Quizá sea demasiado —contestó Tabaret—. En todo caso, es la verdad. Fijese si no en estos pedazos de yeso húmedo. Representan los talones de las botas del asesino, cuyo molde he encontrado en el surco donde ha sido hallada la llave. En estas hojas de papel hay calcada la huella entera del pie, que no he podido reproducir ya que estaba sobre arena. Fijense ustedes: talón alto, empeine pronunciado, suela pequeña y estrecha, calzado elegante de pie cuidado, con toda evidencia. Si ustedes buscan esta huella a lo largo del camino la encontrarán dos veces más. También la encontrarán repetida cinco veces en el jardín, en donde nadie ha entrado. Lo que viene a demostrar, entre paréntesis, que el asesino no llamó a la puerta, sino a una persiana por debajo de la cual se filtraba un rayo de luz. En la entrada del jardín, nuestro hombre dio un salto para evitar un plantel, la punta del pie más hundida así lo demuestra. Dio un salto de casi dos metros: por lo tanto es ágil, es decir, joven. Quizá lo que sorprenda al señor Gévrol sea lo del sombrero. Pero yo le rogaría que se fijara en el círculo, perfectamente marcado sobre el mármol del secreter, que tenía una ligera pátina de polvo. ¿Quizá se ha sorprendido usted porque he fijado su estatura? Tenga la bondad de examinar los altos de los armarios y se dará cuenta de que el asesino los ha tocado con sus manos. Por consiguiente es más alto que yo. Y no me diga que pudo haberse subido a una silla, porque en tal caso no habría tenido necesidad de tocarlos puesto que los podría haber examinado con la vista. ¿Quizá le extraña lo del paraguas? El pan de tierra que he traído tiene una huella admirable, no sólo de la punta, sino incluso del aro que aguanta la ropa. Pero a lo mejor lo que le confunde es lo del cigarro. Aquí tiene la colilla del «Trabuco» que he recogido de entre las cenizas. ¿Está húmeda o mordisqueada? No. Por consiguiente, quien fumaba utilizaba una boquilla.

Lecoq disimulaba mal su entusiasta admiración... Aplaudía en silencio. El comisario parecía estupefacto y el juez tenía la expresión satisfecha. Por el contrario, el rostro de Gévrol estaba sensiblemente sombrío. En cuanto al cabo, parecía petrificado por la sorpresa.

—Ahora escúchenme bien —prosiguió el hombrecillo—. Tenemos ya al joven en la casa. No sé cómo explicó su visita a aquella hora, lo que sé cierto es que dijo a la viuda Lerouge que no había cenado. La buena mujer, contenta con ello, se dispuso a preparar la cena. Pero esta comida no era para ella. En el armario he encontrado los restos de su cena: comió pescado, la autopsia lo demostrará. Por otra parte, como pueden ver ustedes, sólo hay un vaso y un cuchillo sobre la mesa. Pero ¿quién era aquel joven? Lo cierto es que la viuda le consideraba como a un superior. En la alacena hay un mantel todavía limpio. ¿Lo utilizó para su invitado? No. Sacó un mantel blanco, el mejor que tenía.

También era para él este magnífico vaso, sin duda una cortesía. No hay duda de que ella no utilizaba a menudo este cuchillo con el mango de marfil. Tenemos, pues, al joven sentado. Bebe un vaso de vino mientras la viuda pone la sartén en el fuego. Después, al faltarle el ánimo, pidió aguardiente y bebió cinco copas. Después de una lucha interior que duró diez minutos, el tiempo que tardaron los huevos y el jamón en cocerse al punto en que están, el joven se levantó, se acercó a la viuda que estaba agachada y la hirió dos veces en la espalda. No murió al instante. Se incorporó a medias y se agarró a las manos de su asesino. El entonces se echó hacia atrás, la levantó con brusquedad y la dejó caer en la posición que ahora está. Esta lucha queda demostrada con la postura del cadáver. El asesino utilizó un arma aguda y fina que debe ser, si no me equivoco, la punta de un florete, rota y agudizada. Al limpiar su arma en la falda de la víctima, nos dejó esta indicación. El asesino no recibió herida ninguna en la lucha. La víctima se agarró fuertemente a sus manos, pero como él no se había quitado sus guantes grises...

—¡Esto es una novela! —exclamó Gévrol.

—¿Se ha fijado usted en las uñas de la viuda Lerouge? No. Si lo hace me dirá si me equivoco. Bien, la mujer ya está muerta. ¿Qué es lo que quiere el asesino? ¿Dinero? ¿Valores? ¡No, no, mil veces no! Lo que busca, lo que quiere, lo que le falta son papeles que sabe en poder de la víctima. Para obtenerlos lo registra todo, desfonda el secreter del cual no tiene la llave y rasga el colchón. Por último, los encuentra. ¿Y saben ustedes lo que hace con estos papeles? Los quema, pero no en la chimenea, sino en la estufa de la otra habitación. Su objetivo ha sido cumplido. ¿Qué va a hacer ahora? Huir, llevándose todo lo que encuentra de valor para desviar las sospechas e indicar un robo. Coge los objetos de valor y los envuelve en la servilleta que tenía que utilizar para la cena, y, después de apagar la bujía, huye, cierra la puerta y arroja la llave en un surco. Esto es todo.

—Señor Tabaret —dijo el juez—, sus conclusiones son admirables y estoy seguro de que ha dicho la verdad.

—¡Extraordinario! —exclamó irónicamente Gévrol—. Lo único que me preocupa es que nuestro joven debía sentirse un poco molesto con un paquete envuelto en una servilleta blanca fácilmente visible.

—No creo que lo haya llevado muy lejos —contestó Tabaret—. En mi opinión, para llegar a la estación de ferrocarril no cometió la tontería de tomar el autobús americano. Llegó allí por el camino más corto que bordea el río. Por consiguiente, al llegar al Sena, a menos que sea más inteligente de lo que supongo, su primer cuidado fue arrojar en él su paquete indiscreto. He enviado a tres hombres, bajo la vigilancia de un gendarme, para que registren el Sena en el lugar más próximo a la casa. Si encuentran el paquete, les he prometido una recompensa.

—¿De su bolsillo particular?

—Sí, señor, de mi bolsillo.

Un gendarme entró en aquel momento.

—Aquí está el paquete —dijo, mostrando una servilleta mojada que contenía dinero, plata y joyas—. Esto es lo que han encontrado los hombres. Reclaman los cien francos que les habían sido prometidos.

Tabaret sacó un billete de banco de su cartera y lo entregó al gendarme.

—¿Y bien, caballeros? —preguntó aplastando con una mirada de soberbia a Gévrol.

—Creo que gracias a su agudeza podremos...

No pudo terminar. Acababa de llegar el médico que tenía que hacer la autopsia. Una vez acabada su repugnante labor, el doctor confirmó los asertos y conjeturas de Tabaret. Explicó del mismo modo que él la posición del cadáver. En su opinión, hubo lucha. Les hizo observar que alrededor del cuello de la víctima había un círculo azulado, producido verosímilmente por las manos del asesino. Por último declaró que la viuda Lerouge había comido tres horas antes de ser asesinada. Tabaret registró con extremo cuidado las uñas de la víctima y extrajo con precauciones infinitas unas raspaduras de piel que habían quedado alojadas en ellas. El mayor de estos pedacitos de guante no tendría más de dos milímetros. No obstante, podía percibirse claramente el color. También cogió el pedazo de falda en la que el asesino había limpiado su arma. Junto con el paquete encontrado en el Sena y las huellas que el hombrecillo había moldeado era todo lo que el asesino había dejado a su espalda. Era poca cosa, pero a los ojos de Daburon era la esperanza de descubrir al criminal.

Durante este tiempo cayó la noche. El magistrado nada tenía que hacer en La Jonchère. Gévrol, que ardía en deseos de atrapar al hombre de los pen-

dientes, declaró que permanecería en Bougival. Prometió emplear bien su noche recorriendo todos los cabarets en busca de nuevos testigos.

Cuando ya iban a salir, el juez propuso a Tabaret que le acompañara.

—Yo también iba a solicitar este honor —respondió.

Salieron juntos y, como es natural, el crimen que acababa de ser descubierto y que les interesaba por un igual se convirtió en su tema de conversación.

—¿Cree usted que llegaremos a averiguar los antecedentes de esta mujer?—preguntó Tabaret.

—Si lo que ha dicho el tendero es cierto —repuso el juez—, es decir, si el marido de la viuda Lerouge fue navegante y su hijo Jacques está embarcado, el Ministerio de Marina nos proporcionará los elementos que faltan. Voy a escribir esta misma noche.

Llegaron a la estación de Rueil y cogieron el tren. La suerte les permitió estar solos en un compartimento de primera, pero Tabaret ya no hablaba. Reflexionaba, buscaba, combinaba y se podía seguir la trayectoria de su pensamiento a través de los cambios de su rostro. Al cabo de un largo rato, el juez se permitió interrumpir los pensamientos de Tabaret diciendo:

—Me parece que en esta ocasión nos enfrentamos con un asesino muy inteligente.

—Creo que tiene usted razón, y estaré muy contento en descubrirlo.

Insensiblemente, el crimen volvía a ser tema de conversación. Convinieron que, a partir de la mañana siguiente, Tabaret se instalaría en Bougival. Estaba convencido de que podría interrogar a toda la población en ocho días. Por su parte, el juez le mantendría al corriente de todos los informes que pudiera recoger, y sobre todo cuando llegara el expediente de la viuda Lerouge.

—Para usted, querido Tabaret —dijo para concluir el juez—, estaré visible a todas horas. Si tiene necesidad de hablarme, no dude en venir aunque sea de noche. Raramente salgo. Podrá encontrarme siempre, o bien en mi casa de la calle Jacob o bien en el Palacio de Justicia, en mi despacho. Daré orden de que le lleven a mi presencia sin hacerle esperar.

El tren entró en aquellos momentos en la estación. El señor Daburon, después de parar un coche, se ofreció a acompañar a Tabaret. Nuestro hombre rehusó.

—No vale la pena —dijo—, vivo aquí mismo, en la calle Saint Lazare, a dos pasos.

—Hasta mañana, entonces —dijo el juez.

—Hasta mañana —respondió Tabaret, y añadió—: Lo averiguaremos todo.

CAPÍTULO III

La casa de Tabaret estaba, en efecto, a menos de cuatro minutos de la estación de Saint Lazare. Era un hermoso inmueble, cuidadosamente mantenido, que le daba una magnífica renta. Nuestro hombre ocupaba el primer piso, vasto apartamento bien distribuido, confortablemente amueblado y cuyo principal adorno era su colección de libros. Los vecinos, inquilinos suyos, malpensaban de sus continuas entradas y salidas y Tabaret sólo mantenía relaciones con uno de los vecinos. Se trataba de una viuda que desde hacía quince años ocupaba un apartamento en el tercer piso, la señora Gerdy. Vivía con su hijo, Noël, a quien adoraba. Noël era un hombre de treinta y tres años pero que parecía mayor. Abogado, tenía fama de poseer un gran talento y había adquirido una cierta notoriedad. Era un trabajador obstinado, frío y meditativo, apasionado, no obstante, por su profesión, que ostentaba una gran rigidez de principios y austeras costumbres. En casa de la señora Gerdy, Tabaret se sentía en familia, miraba a la dama como a una pariente y consideraba a Noël como a un hijo.

Por más próxima que estuviera su casa, Tabaret tardó más de un cuarto de hora en llegar. Al dejar al juez, había vuelto a sus meditaciones, de manera que iba por la calle empujado a derecha e izquierda por los transeúntes apresurados, que le hacían avanzar un paso y retroceder dos. En su interior, repetía por centésima vez, las palabras que la lechera había puesto en boca de la viuda Lerouge: «Si quisiera más, lo tendría.»

«La clave está aquí —se decía Tabaret—. La viuda Lerouge poseía algún secreto importante que personajes de alcurnia y dinero querían ocultar a toda costa. Ella guardaba su secreto, que era su fortuna. Quizá les pidió demasiado, y entonces la suprimieron. Pero, ¿de qué naturaleza era el secreto? ¿Cómo lo poseía ella? Tal vez en su juventud hubiera servido en alguna gran casa. Allí, tal vez hubiera visto, oído, sorprendido alguna cosa. ¿Qué era? Evidentemente, había una mujer. Quizá la viuda Lerouge había servido los amores de su señora. ¿Por qué no? En este caso el asunto se complica. No es a la mujer a quien hay que buscar, sino al amante, ya que es el amante quien ha dado el golpe. Se debe tratar, si no me equivoco, de un noble personaje. Un burgués habría pagado a unos asesinos. Este no ha retrocedido. El mismo ha cometido el crimen, evitando las indiscreciones o la estupidez de un cómplice.»

Tabaret entró en la escalera de su casa. Subió lentamente, reflexionando todavía, y llamó a su puerta olvidando que llevaba consigo la llave. Abrió su gobernanta.

—¿Es usted, señor? ¿Tan tarde? ¿Ha cenado?

—No, todavía no —respondió distraídamente.

—Afortunadamente, tenía la cena caliente. Siéntese a la mesa, que ahora mismo le sirvo.

Tabaret se sentó y le sirvieron la cena. Pero, sumido en sus reflexiones, no tocó la comida. La criada le tocó la espalda.

—¿No come usted? ¿No tiene apetito?

—Sí, sí —balbuceó—, sí tengo apetito, puesto que desde esta mañana no he podido probar bocado.

—¿Que no ha probado bocado desde esta mañana?

—¡Santo cielo! ¡Ya lo tengo! Sí, claro que sí, se trata de un niño.

—¿Un niño? —preguntó la criada, sorprendida.

—¿Qué hace usted aquí? Hágame el favor de retirarse a su cocina y de no volver por aquí hasta que la llame.

Empezó a comer su sopa mientras se decía: «¿Cómo no lo había pensado antes? Estoy envejeciendo, y sin embargo todo resulta claro como el día, todo encaja. Sí, hay un niño de por medio: la viuda Lerouge estuvo al servicio de una gran dama muy rica. El marido, marinero probablemente, parte a un largo viaje. La mujer, que tiene un amante, queda embarazada. Se confía a la viuda Lerouge y gracias a ésta da a luz clandestinamente. El amante quiere que el niño viva y lo confían a nuestra viuda, que lo educa. Han podido quitarle el niño más tarde, pero no las pruebas de su nacimiento y de su existencia. El padre

era el hombre del gran coche. La madre no era otra que la que venía con un distinguido joven. Ahora entiendo por qué a la viuda no le podía faltar nada. Hay secretos que valen una fortuna. Dos personas a quienes extorsionar. Pero ha exigido demasiado y el cántaro se ha roto. La viuda ha amenazado, los otros han tenido miedo y se han dicho: «Acabemos de una vez.» Pero, ¿quién se ha encargado de hacerlo? ¿El papá? No, es demasiado viejo. ¡Diablos! Ha sido el hijo. Ha querido salvar a su madre, el muchacho. Ha liquidado a la viuda y quemado las pruebas.»

Después de cenar, Tabaret se levantó, tomó su abrigo y su sombrero y salió para informarse de la salud de la señora Gerdy que había estado enferma en los últimos días.

—¿El señor sale? —preguntó la gobernanta. —Sí.

—¿Volverá tarde, el señor?

—Es posible.

—Pero, ¿volverá?

—No lo sé.

Un minuto después, Tabaret llamaba a la puerta de los Gerdy.

—¿Está visible la señora Gerdy? —preguntó Tabaret a la criada que le abrió.

Y sin esperar respuesta, entró como si estuviera en su casa, como si estuviera seguro de que su presencia no sería ni oportuna ni desagradable. Una sola lámpara iluminaba el salón, lo cual salía de lo corriente. El velador con sobre de mármol que siempre estaba en el centro de la habitación había sido desplazado a un lado. El gran sillón de la señora Gerdy estaba junto a la ventana. Un periódico desplegado había caído sobre la alfombra. El detective observó todo esto de un vistazo.

—¿Ha habido algún accidente? —preguntó a la criada.

—No me hable usted de ello, acabamos de pasar un susto...

—¿Qué ha pasado? Dígamelo.

—Después de cenar, la señora ha venido al salón como de ordinario. Se ha sentado y ha cogido uno de los periódicos del señorito Noël. Apenas ha empezado a leer, cuando ha dado un gran grito, un grito horrible. Todos hemos corrido en su ayuda. La señora estaba tendida en la alfombra, como si estuviera muerta. El señorito Noël la ha cogido en brazos y la ha llevado a su habitación. Yo he querido ir a buscar al médico, pero el señorito me ha dicho que no valía la pena, que ya sabía de que se trataba.

—¿Y cómo se encuentra ahora la señora?

—Ha vuelto en sí, es decir, lo supongo, ya que el señorito Noël me ha hecho salir de la habitación. Lo único que sé es que hace un rato la señora hablaba, y en voz muy alta por cierto, puesto que la he oído, y decía cosas extraordinarias.

Tabaret despidió a la criada, se sentó en la butaca, recogió el periódico y lo hojeó. No hacía ni un minuto que estaba sentado, cuando saltó del sillón ahogando un grito de sorpresa. He aquí el suceso que le había saltado a los ojos: «Un horrible crimen acaba de sumir en la mayor consternación al pueblecito de La Jonchère. Una pobre viuda llamada Lerouge, que gozaba del aprecio de todo el mundo, ha sido asesinada en su casa. La justicia, prontamente advertida, se ha trasladado al lugar y todo induce a creer que la policía ya está sobre la pista del autor de hecho.»

¡Rayos! —pensó Tabaret—. ¿Será la señora Gerdy...?»

Fue como un relámpago. Volvió a sentarse en su sillón, avergonzado, encogiéndose de hombros y murmurando: «Decididamente, este asunto me vuelve estúpido. No hago más que soñar con la viuda Lerouge, la veo en todas partes.»

No obstante, una curiosidad irracional le hizo recorrer las columnas del periódico. Nada había, a excepción de aquellas pocas líneas, que pudiera justificar y explicar un desvanecimiento, un grito, o incluso la más mínima emoción. En aquel momento, la puerta del salón que daba al dormitorio de la señora Gerdy se abrió y Noël apareció en el umbral. Sin duda, el accidente acaecido a su madre le había emocionado profundamente; estaba pálido y su fisonomía, tan calmada de ordinario, acusaba un gran trastorno. Pareció sorprendido de ver a Tabaret.

—Buenas noches, querido Noël —exclamó el hombrecillo—. Calme usted mi inquietud. ¿Cómo está su madre?

—La señora Gerdy está lo mejor posible.

—¿La señora Gerdy...? —repitió Tabaret con sorpresa; pero continuó—: Se nota perfectamente que ha sufrido usted un gran trastorno.

—En efecto —respondió el abogado, sentándose—. Acabo de sufrir un rudo golpe.

Noël hacía visibles esfuerzos para aparecer calmado, para escuchar a Tabaret, para responderle.

—Dígame, al menos, querido muchacho, cómo ha sucedido todo.

El joven pareció dudar unos instantes. Sin lugar a dudas, no estaba preparado para esta pregunta a quemarropa, no sabía qué respuesta dar y dudaba en su interior. Por último, respondió:

—La señora Gerdy ha caído fulminada después de leer en el periódico la noticia del asesinato de una mujer a la que apreciaba mucho.

Tabaret quedó estupefacto y estuvo a punto de traicionarse y de contar al joven sus secretas relaciones con la policía. Faltó poco para que gritara: «¿Cómo? ¿Acaso su madre conocía a la viuda Lerouge?» Por suerte se contuvo a tiempo. A duras penas logró disimular su satisfacción, ya que estaba contento de hallar de esta manera el rastro del pasado de la víctima de La Jonchère.

La pobre mujer asesinada —explicó el abogado había sido sirvienta de la señora Gerdy. Le fue fiel en cuerpo y alma y si ella se lo hubiese pedido se habría arrojado al fuego sin dudarlo.

—Entonces, usted, muchacho, ¿conocía a la pobre mujer?

—Hacía tiempo que no la veía —respondió Noël, cuya voz parecía velada por una profunda tristeza—. Pero la conocía, y mucho. He de confesar que la quería tiernamente. Había sido mi nodriza.

Tabaret quedó anonadado por la noticia. ¡La viuda Lerouge, nodriza de Noël! Permaneció un rato en silencio. Sin embargo, comprendió que si no quería comprometerse, tenía que decir algo:

—Es una desgracia terrible —murmuró.

—No sé si lo será para la señora Gerdy —respondió Noël con aire sombrío—, pero para mí es una desgracia inmensa. La muerte de esta pobre mujer me ha alcanzado de lleno. Esta muerte, señor Tabaret, desvanece todos mis sueños de futuro y hunde mis más legítimas esperanzas. Quería vengarme de unos crueles ultrajes que me han infligido, y este asesinato destruye las armas que tenía entre mis manos y me reduce a la desesperación y a la impotencia. ¡Soy muy desgraciado!

—¿Usted desgraciado? —exclamó Tabaret, impresionado por el dolor de su querido Noël—. Pero, ¿qué le pasa a usted?

—Sufro —respondió el abogado—, no sólo por la injusticia que no podrá ser reparada, sino por la falta de defensa en que me veo ante la calumnia. Podrán decir de mí que soy un artista de la mentira, un intrigante ambicioso, sin poder y sin fe.

Tabaret no sabía qué pensar. Entre el honor de Noël y el crimen de La Jonchère, no veía relación alguna. Un millar de ideas sorprendentes y confusas flotaban por su mente.

—Vamos, muchacho, cálmese. ¿Acaso no tiene usted amigos, no estoy yo aquí? Tenga confianza, dígame el objeto de su pesar y si entre los dos...

El abogado se levantó bruscamente, inflamado por una repentina resolución.

—Pues bien, sí —le interrumpió—. Lo sabrá usted todo. De hecho, estoy harto de guardar solo un secreto que me ahoga. El papel que me he impuesto me sobrepasa y me indigna. Tengo necesidad de un amigo que me consuele. Necesito un consejero cuya voz me anime, ya que uno mismo es un mal juez en su propia causa y este crimen me hunde en un abismo de dudas.

—Usted ya sabe —respondió sencillamente Tabaret— que es para mí como mi propio hijo. Disponga, pues, de mí sin escrúpulo alguno.

—Sepa, pues... —empizó el abogado—, pero no aquí, no quiero que se nos pueda escuchar. Vayamos a mi gabinete.

CAPÍTULO IV

Cuando Noël y Tabaret estuvieron sentados frente a frente en la habitación en la que trabajaba el abogado, después de cerrar cuidadosamente la puerta, el hombrecillo sintió una inquietud.

—¿Y si su madre necesita alguna cosa? —preguntó.

—Si la señora Gerdy llama —respondió el joven con tono seco—, la criada irá a ver.

Aquella indiferencia, el frío desdén que llenaba las palabras, confundían a Tabaret, acostumbrado a las afectuosas relaciones entre madre e hijo.

—Por favor, Noël, cálmese. No se deje dominar por la irritación. Veo que ha tenido una pequeña disputa con su madre, disputa que mañana habrá olvidado. Deje, pues, este tono glacial que se nota en su voz cuando habla de ella. Y dígame, ¿por qué esta insistencia en llamarla señora Gerdy?

—¿Por qué? —replicó el abogado—. ¿Por qué? —Se levantó de su sillón, dio algunos pasos al azar y volviendo junto a su amigo, dijo—: Porque, señor Tabaret, la señora Gerdy no es mi madre.

Esta frase cayó como un bastonazo sobre la cabeza del detective. Quedó aturdido.

—¿Se da usted cuenta de lo que dice, muchacho? ¿Está seguro de ello?

—Sí, aunque parezca inverosímil —respondió Noël con un cierto énfasis que le era habitual—. Aunque sea increíble, sin embargo es la verdad. Es decir, que desde hace treinta y tres años, desde que nací, esta mujer ha hecho la más maravillosa y la más indigna de las comedias en provecho de su hijo, puesto que tiene un hijo, y en detrimento mío. ¿Ha sido jamás —prosiguió— un hombre tan cruelmente engañado? Este he sido yo, precisamente yo, que tanto quería a esta mujer, que no sabía qué nuevas muestras de afecto prodigarle, que le he sacrificado mi juventud. ¡Cómo ha debido reírse de mí! Su infamia se remonta al momento mismo en que por primera vez me sentó sobre sus rodillas, y hasta estos últimos, sin un momento de desfallecimiento, ha continuado representando su execrable papel. ¿Su amor por mí? ¡Hipocresía! ¿Su dedicación? ¡Falsedad! ¿Sus caricias? ¡Mentiras! ¡Y yo que la adoraba, y pensar que no puedo recuperar los besos que le he dado a cambio de sus besos de judas! ¿Y para qué ese heroísmo de mentiras, tantos cuidados, tanta duplicidad? Para traicionarme mejor, para despojarme, para robarme, para dar a su bastardo todo lo que me pertenece. Mi nombre, un gran nombre; mi fortuna, una fortuna inmensa...

«Nos estamos acercando a la verdad», pensaba Tabaret, en quien se revelaba el colaborador de Gévrol. Pero en voz alta sólo dijo:

—Es muy grave lo que me está usted diciendo, querido Noël, es terriblemente grave. Es necesario suponer a la señora Gerdy una audacia y una habilidad que pocas veces se dan en una mujer. Por fuerza ha tenido que ser ayudada, aconsejada, empujada quizá. ¿Quiénes han sido sus cómplices? Es imposible que haya actuado sola. Tal vez su marido...

—¡Su marido! —interrumpió el abogado con una risa amarga—. Nosotros la creíamos viuda, pero no, no existía marido alguno. Gerdy no ha existido nunca. Soy un bastardo, querido Tabaret, soy Noël, hijo de una muchacha soltera y de un padre desconocido.

—¡Dios mío! ¿Este es el motivo —preguntó Tabaret— por el cual no pudo realizarse su matrimonio con la señorita Lavernois hace cuatro años?

—Sí, fue por eso, mi viejo amigo.

Noël guardó un instante de silencio sumido en sus pensamientos. Tabaret presentía una historia semejante a la que había imaginado, y la impaciencia vanidosa de saber si había acertado en sus hipótesis le hacía casi olvidar los infortunios de su amigo Noël.

—Querido muchacho, usted me pide un consejo. Quizá sea yo el único que pueda dárselo. Vayamos pues a los hechos. ¿Cómo se ha enterado de todo? ¿Tiene pruebas? Y en tal caso, ¿dónde están?

El tono decidido del hombrecillo hubiera tenido que despertar la atención de Noël, pero éste ni se fijó. Repuso, pues:

—Hace tres semanas que lo sé. Debo este descubrimiento a una casualidad. Tengo pruebas morales. Una palabra de la viuda Lerouge, una sola palabra las hubiera hecho decisivas. Pero no puede pronunciar esta palabra porque ha sido asesinada. Aunque ella me lo había dicho todo. Ahora la señora Gerdy lo negará, la conozco. Mi padre, sin duda, se volverá contra mí... Estoy seguro, tengo pruebas, pero este crimen hace vana mi certeza y anula mis pruebas.

—Explíquese usted —insistió Tabaret, después de un momento de reflexión—. Cuéntemelo todo, le escucho.

—Hace tres semanas —empezó Noël—, teniendo necesidad de algunos títulos antiguos, abrí el secreter de la señora Gerdy para buscarlos. Involuntariamente descubrí un escondrijo secreto: cayeron algunos papeles y un paquete de cartas fue a parar ante mis ojos. Un instinto maquinal que no sabría explicar me empujó a leer aquella correspondencia y, vencido por una irresistible curiosidad, leí la primera carta que me cayó en las manos. Después de leer diez líneas estuve seguro de que aquella correspondencia era de mi padre, de quien la señora Gerdy, a pesar de mis ruegos, siempre me había ocultado el nombre. Debe usted comprender cuál fue mi emoción. Cogí todo el paquete y vine a encerrarme aquí. Leí todas y cada una de las cartas.

—Y fue usted cruelmente castigado, mi pobre muchacho.

—Tiene usted razón. Pero ¿quién hubiera podido resistir la tentación? Dicha lectura me trastornó, pero me dio la prueba de todo lo que le acabo de decir.

—¿Ha conservado al menos las cartas?

—Las tengo, señor Tabaret —respondió Noël—. Y se las voy a leer.

El abogado abrió uno de los cajones de su mesa de despacho, hizo funcionar un resorte imperceptible del fondo, y de un escondrijo practicado en el espesor del tablero superior retiró un pliego de cartas. Después de una selección que duró algún tiempo, el abogado tomó una carta y empezó su lectura con voz que se esforzaba por parecer calmada pero que temblaba por momentos.

«Querida Valérie: Hoy es un hermoso día. Esta mañana he recibido tu querida carta, la he cubierto de besos, la he releído cien veces y ahora ha ido a reunirse con las otras sobre mi corazón. Esta carta, querida, casi me ha hecho morir de alegría. ¡No te habías equivocado, estabas en lo cierto! El Cielo, por fin propicio, corona nuestro amor. Tendremos un hijo. Tendré un hijo de mi adorada Valérie, su viva imagen. ¿Por qué tiene que separarnos una distancia tan inmensa? Quisiera tener alas para volar a tus pies y caer entre tus brazos ebrio de placer. Nunca como hasta ahora he maldecido la fatal unión que me impuso una familia tan inexorable como la mía y que ni mis lágrimas lograron enternecer. No puedo dejar de odiar a esta mujer que, a mi pesar, lleva mi nombre, víctima inocente sin embargo de la barbarie de nuestros padres. Para colmo de males, también ella va a hacerme padre. ¿Quién podría comprender mi dolor cuando pienso en el futuro de ambos niños?

»El uno, el hijo del objeto de mi ternura, no tendrá ni padre, ni familia, ni tampoco un nombre, puesto que una ley hecha para desesperar a las almas sensibles me impide reconocerle, mientras que el otro, el hijo de la esposa detestada, por el solo hecho de su nacimiento será rico, noble, rodeado de afectos y de honores, y con un gran rango en el mundo. No puedo ni pensar en esta injusticia. ¿Qué hacer para repararla? La mejor parte tiene que ir a parar al más deseado, al más querido, al más amado de mis hijos. Sobre él tiene que recaer la mejor parte, y así será. »

—¿En dónde está fechada esta carta? —preguntó Tabaret.

—Véalo usted mismo —respondió, dando la carta a su amigo, que leyó—: «Venecia, diciembre. »

—Supongo que se habrá dado cuenta de la importancia de esta primera carta. Viene a ser como una exposición rápida que establece los hechos. Mi padre, casado contra su voluntad, adora a su amante y detesta a su mujer. Ambas están encintas al mismo tiempo y sus sentimientos con respecto a los niños que van a nacer no se nos ocultan en absoluto. Al final de la carta se puede ver apuntada la idea que más tarde no dejará hasta ejecutarla, a despecho de todas las leyes divinas y humanas. Dejo de lado numerosas cartas y llego a ésta. Es muy larga y está llena de cosas que no nos atañen. Sin embargo, hay dos pasajes que nos muestran el pensamiento de mi padre:

«Los destinos, más poderosos que mi voluntad, me atan a este país, pero mi alma está junto a ti, Valérie querida. Mi pensamiento está sin cesar contigo y con el fruto de nuestro amor que contiene tu seno. Cuidate, querida, cuidate mucho. Es el amante, el padre, quien te habla. La última página de tu

respuesta me ha entristecido mucho. Es como una injuria dudar de la suerte de nuestro hijo. ¡Oh Dios poderoso! Me amas, me conoces, y te inquietas. »

—Salto —dijo Noël— dos páginas de pasión para detenerme en estas líneas del final:

«El embarazo de la condesa es cada vez más penoso. ¡Esposa infortunada! La odio y sin embargo la compadezco. Parece adivinar los motivos de mi tristeza y de mi frialdad. Podría creerse que en su tímida sumisión, en su inalterable dulzura, busca el perdón por nuestra unión. ¡Criatura sacrificada! Quizá también ella, antes de ser llevada al altar, había dado su corazón a otro. Nuestros destinos serían semejantes. Tu buen corazón, querida Valérie, perdonará mi piedad. »

Después de un largo silencio, Noël levantó la cara y siguió hojeando la correspondencia.

—Las cartas que vienen a continuación demuestran las preocupaciones de mi padre por su bastardo. Por consiguiente, voy a dejarlas de lado. Pero quiero que oiga ésta, escrita en Roma el cinco de marzo:

«¡Mi hijo, nuestro hijo! Esta es mi más cruel y única preocupación. ¿Cómo asegurarle el porvenir que sueño para él? Los grandes señores de antaño no tenían estas preocupaciones. Antaño, yo habría ido a ver al rey, quien con una palabra habría dado al niño un estado en el mundo. En la actualidad, el rey, que apenas gobierna a sus súbditos revueltos, nada puede. La nobleza ha perdido sus derechos y las gentes de bien son tratadas igual que los siervos. »

—Más abajo leo todavía:

«Mi corazón gusta de imaginarse cómo será nuestro hijo. De su madre tendrá el alma, el espíritu, la belleza, las gracias, la seducción. De su padre tendrá el orgullo, la valentía, los sentimientos de las grandes razas. ¿Cómo será el otro? Tiemblo sólo de pensarlo. El odio sólo puede engendrar monstruos. Dios reserva la fuerza y la belleza a los hijos concebidos en el amor. »

—¡El monstruo soy yo! —dijo el abogado con una especie de rabia concentrada—. Veamos ahora esta carta que está fechada a principios de mayo y lleva el matasellos de Venecia. Es lacónica, pero no por ello deja de ser decisiva:

«Querida Valérie: Deseo que me digas lo más exactamente posible la época probable del alumbramiento. Espero tu respuesta con una ansiedad que comprenderías si pudieras adivinar mis proyectos con respecto a nuestro hijo. »

—No sé —dijo Noël— si la señora Gerdy comprendió; lo cierto es que debió responder de inmediato, ya que ahora le voy a leer lo que escribió mi padre con fecha catorce:

«Tu respuesta, querida mía, es tal como yo esperaba. El proyecto que he concebido es ahora realizable. Empiezo a tener un poco de calma y de seguridad. Nuestro hijo llevará mi nombre y yo no estaré obligado a separarme de él. Será educado a mi lado, en mi casa, bajo mis ojos, sobre mis rodillas, en mis brazos. ¿Tendré la fuerza suficiente para no sucumbir a este exceso de felicidad? Parto mañana para Nápoles, desde donde te escribiré largamente. Pase lo que pase, espero estar en París cuando llegue la solemne hora. »

—Perdone usted que le interrumpa, Noël —dijo Tabaret—. ¿Sabe usted lo que retenía a su padre en el extranjero?

—Mi padre, querido amigo —respondió el abogado—, a pesar de su edad estaba encargado de una misión secreta en Italia. Mi padre es el conde Rhéteau de Commarin.

—¡Diablos! —exclamó Tabaret... y entre dientes, como para grabar mejor el nombre en su memoria repitió varias veces Rhéteau de Commarin.

Noël calló. Después de haber hecho esfuerzos para dominar su resentimiento, parecía derrotado como si hubiera tomado la decisión de no intentar nada para reparar el golpe que le habían asestado.

—A mediados del mes de mayo —continuó al cabo de un tiempo—, mi padre estaba, pues, en Nápoles. Es curioso que un hombre prudente, sensato, un digno diplomático, un noble, ose, por una pasión insensata, confiar al papel sus más monstruosos proyectos. Escuche usted:

«Mi adorada: Germain, mi viejo ayuda de cámara, te entregará esta carta. Le mando desde Normandía con la más delicada de las misiones. Es uno de esos criados en los que se puede confiar absolutamente. Ha llegado el momento de desvelarte mis proyectos concernientes a mi hijo. Dentro de tres semanas, a más tardar, estaré en París. Si mis previsiones no son erróneas, la condesa y tú vais a dar a luz al mismo tiempo. Tres o cuatro días de intervalo en nada pueden cambiar mis designios. He aquí lo que he resuelto:

»Mis dos hijos serán confiados a dos nodrizas de N... en donde están situadas casi todas mis propiedades. Una de estas mujeres, de la cual

responde Germain, estará de nuestra parte. A esta confidente entregará nuestro hijo, Valérie. Ambas mujeres dejarán París el mismo día y Germain acompañará a la encargada del hijo de la condesa. Un accidente arreglado con anterioridad obligará a ambas mujeres a pasar una noche en la carretera. Una casualidad combinada por Germain las forzará a dormir en el mismo albergue, en la misma habitación. Durante la noche, nuestra nodriza cambiará a los niños de cuna. Todo está previsto tal como te lo explico y he tomado todo tipo de precauciones para que el secreto no se nos pueda escapar. Germain está encargado de comprar en París dos cunas completamente iguales. Ayúdale con tus consejos. Tu corazón maternal, mi dulce Valérie, quizá sangrará ante la idea de verse privado de las dulces caricias de tu querido hijo. Debes consolarte pensando en la suerte que tu sacrificio le asegura. En cuanto al otro, conozco tu tierna alma y sé que le querrás. Por otra parte, no hay que compadecerlo. Como que nada sabrá, nada podrá lamentar y todo lo que la fortuna podrá procurarle aquí abajo lo tendrá. »

—Esto es exactamente lo que yo esperaba —murmuró Tabaret—. Lo que no entiendo es cómo su madre, es decir, la señora Gerdy, pudo aceptar esta proposición.

—Parece que al principio la rechazó, porque el conde empleó una veintena de páginas para persuadirla. ¡Ah, qué mujer...!

—No hay que ser injusto, muchacho —dijo dulcemente Tabaret—. Usted parece hacer la suma responsable a la señora Gerdy, pero creo que es el conde quien debe merecer su cólera.

—Sí —interrumpió Noël con una cierta violencia—. Tiene usted razón, el conde es culpable. El es el autor de la infame maquinación y, sin embargo, no siento odio hacia él. Cometió un crimen, es cierto, pero tiene una excusa, la pasión. Mi padre, por otra parte, no me ha engañado como esta miserable mujer durante todos los minutos de estos treinta años. Además, el señor de Commarin ha sido tan cruelmente castigado que en momento presente no puedo más que perdonarle y compadecerle.

—¿Ha sido castigado? —preguntó Tabaret.

—Sí, de una manera atroz, ya lo verá usted. Pero déjeme proseguir. Hacia finales del mes de mayo, quizá a principios de junio, el conde debió llegar a París puesto que cesa la correspondencia. Volvió a ver a la señora Gerdy y ultimaron los detalles del complot. Vea este billete, que borra cualquier incertidumbre. Fijese en las armas. La mujer que consintió en ser el instrumento de mi padre estaba ya en París. En esta nota así se lo advierte a su amante:

«Querida Valérie: Germain me anuncia la llegada de la nodriza de tu hijo, de nuestro hijo. En el día de hoy se presentará a tu casa. Podemos contar con ella, puesto que una magnífica recompensa nos responde de su discreción. Sin embargo no le hables de nada. Se le ha dado a entender que tú lo ignoras todo y quiero ser el único sobre quien recaiga la responsabilidad de los hechos, es lo más prudente. Esta mujer es de N..., ha nacido en nuestras tierras. Su marido es un honrado marinero. Se llama Claudine Lerouge. ¡Valor, querida mía! Te pido el mayor sacrificio que un amante puede esperar de una madre. El Cielo, no lo dudes ni un instante, nos protege. A partir de ahora, todo depende de nuestra habilidad y de nuestra prudencia. »

Al menos sobre un punto, Tabaret había visto claro; las investigaciones sobre el pasado de la viuda Lerouge se habían convertido en un juego de niños.

—Esta nota —dijo el abogado—, cierra la correspondencia del conde...

—Entonces —exclamó Tabaret—, ¿no posee usted nada más?

—Tengo todavía diez líneas escritas muchos años después y que no son más que otra prueba moral.

—Es lamentable —murmuró Tabaret.

Noël volvió a guardar en su mesa de despacho las cartas que tenía en la mano, se volvió hacia su viejo amigo y le miró fijamente.

—Suponga usted —pronunció lentamente apoyándose en cada una de las sílabas—, suponga usted que todos mis informes acaban aquí. Admita por un momento que no sé nada más de lo que sabe usted ahora. ¿Cuál es su opinión?

Tabaret tardó unos minutos en responder. Sospesaba las probabilidades que resultaban de las cartas del señor Commarin.

—A mi entender, usted no es el hijo de la señora Gerdy.

—Y no se equivoca —asintió con fuerza el abogado—. Como puede suponer, fui a ver a Claudine. Aquella pobre mujer, que me había amamantado, me quería, y sufría ante la horrible injusticia de la que yo había sido víctima. Hay que decir que la idea de su complicidad la atormentaba; era un re-

mordimiento demasiado pesado para su vejez. La vi, la interrogué, lo confesó todo. El plan del conde, sencilla y maravillosamente concebido, alcanzó el éxito sin esfuerzo. Tres días después de mi nacimiento, todo estaba consumado: yo, un pobre niño, fui traicionado, desposeído, despojado por mi propio padre. ¡Pobre Claudine! Me había prometido su testimonio para cuando yo quisiera reclamar mis derechos.

—Y ha muerto y se ha llevado consigo su secreto —murmuró Tabaret con un tono de lamento.

—Tal vez sí —respondió Noël—. Todavía me queda una esperanza. Claudine poseía numerosas cartas que antaño el conde o la señora Gerdy le habían escrito, cartas imprudentes y explícitas. Supongo que será fácil encontrarlas y que actuarán en mi favor. Las he tenido en mis manos, las he leído; Claudine quería confiármelas. Lástima que no las tomara.

¡No! No había ninguna esperanza en este sentido, y Tabaret lo sabía mejor que nadie. Eran sin duda estas cartas las que buscaba el asesino de La Jonchère. Las había encontrado y las había quemado, junto con otros papeles, en una pequeña estufa. El viejo detective empezó a comprenderlo todo.

—Por lo que veo y por lo que conozco de su situación, parece ser que el conde, su padre, no mantuvo sus tentadoras promesas de fortuna que hizo para usted y para la señora Gerdy.

—No, ciertamente, no las mantuvo.

—Esta infamia es todavía peor que las otras.

—No se precipite en acusar a mi padre —respondió gravemente Noël—. Su unión con la señora Gerdy duró mucho tiempo todavía. Recuerdo en mi niñez a un hombre de modales altaneros que en ocasiones venía a verme al colegio y que no podía ser otro que el conde. Pero se produjo la ruptura. Escuche usted la última carta que he encontrado; en ella la señora Gerdy ya no es la adorada Valérie.

«Un amigo cruel, como son todos los verdaderos amigos, me ha abierto los ojos. Yo dudaba, pero te he hecho vigilar y hoy, desgraciadamente, ya no tengo dudas. Tú, Valérie, tú, a quien he dado más que mi vida, me engañas. Hace tiempo que me engañas. ¡Desgraciado de mí! Ya no tengo ni la certeza de ser el padre de tu hijo.»

—Esta nota es una prueba —exclamó Tabaret—, una prueba irrecusable. En lo único que podía importar la duda o la certidumbre de su paternidad era en el sacrificio de su hijo legítimo a favor de su bastardo. Cierto es, como dice usted, que el conde sufrió un terrible castigo.

Unos ligeros golpes en la puerta del gabinete interrumpieron la conversación.

—¿Quién es? —preguntó el abogado.

—Señor —dijo la voz de la criada a través de la puerta—. La señora quiere hablar con usted.

El abogado pareció dudar.

—Vaya, muchacho —aconsejó Tabaret—. No sea despiadado.

Noël se levantó con una visible repugnancia y se fue a la habitación de la señora Gerdy.

«Pobre muchacho —pensaba Tabaret—, ¡cómo debe sufrir! Afortunadamente aquí estoy yo para conseguir que se le haga justicia. Gracias a sus confidencias, estoy sobre una pista segura. Incluso un niño adivinaría quién dio el golpe. Pero, ¿cómo pudo llegar a suceder? Si pudiera obtener una de estas cartas y llevarla a la prefectura... Lo mejor será que coja una, la que sea, para comparar la escritura.»

No había terminado de hacer desaparecer una de las cartas en las profundidades de su bolsillo, cuando reapareció el abogado.

—¿Y bien? —preguntó Tabaret—. ¿Cómo se encuentra?

—Peor —respondió Noël—. Está delirando. Creo que se está volviendo loco.

—En mi opinión, debería avisar a un médico.

—Acabo de hacerlo.

El abogado se había sentado ante su mesa de despacho y ponía en orden, según las fechas, las cartas. Pareció no darse cuenta de que faltaba una.

—Cuanto más pienso en su historia, querido Noël —empezó diciendo Tabaret—, más sorprendido me siento. No sé, en verdad, qué partido tomaría de hallarme en su caso.

—Cierto, querido amigo —murmuró tristemente el abogado—. En este asunto, incluso experiencias más profundas que la suya pueden quedar confundidas.

El viejo detective reprimió difícilmente la sonrisa que dibujaba en sus labios.

—Tiene usted razón. Pero, ¿dígame? ¿Qué hizo al leer las cartas? Supongo que lo primero que hizo fue pedir explicaciones a la señora Gerdy.

Noël tuvo un sobresalto en el cual no se fijó Tabaret, preocupado como estaba en el giro que quería dar a la conversación.

—Sí, eso hice.

—¿Y ella qué le dijo?

—¿Qué podía decir?

—¿Intentó disculparse?

—Sí, intentó lo imposible. Pretendió explicarme esta correspondencia. Me dijo... ¡qué sé yo lo que me dijo! Mentiras, absurdos, infamias.

El abogado había terminado de recoger las cartas sin notar el robo. Las ató cuidadosamente y las guardó en el cajón secreto de su despacho.

—Sí —prosiguió, paseándose arriba y abajo de su despacho como para intentar calmar su cólera—. Intentó engañarme. Como si fuera eso fácil con las pruebas que tengo. Quise perdonarla pero no pude. Estoy convencido de que me vería sufrir las más horribles torturas sin verter una sola lágrima siempre que ello impidiera que su verdadero hijo tuviera que sufrir algún contratiempo.

—Existe la posibilidad de que la señora Gerdy haya avisado al conde —insinuó Tabaret siempre con su idea.

—Es posible, pero de todos modos habría sido inútil: desde hace un mes el conde está ausente de París y no se espera su regreso hasta finales de esta semana.

—¿Cómo lo sabe?

—Quise ver al conde, mi padre, para hablarle.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿Piensa usted que no debía reclamar mis derechos? ¿Le parece sorprendente?

—No, no es eso. Entonces, fue usted a casa del señor de Commarin.

—Me costó mucho tomar esta decisión —continuó Noël—. Mi descubrimiento casi me hizo perder la cabeza. Tenía necesidad de reflexionar. Mil sentimientos diversos y opuestos me agitaban. Quería y no quería, el furor me cegaba y sentí que me faltaba el valor; estaba indeciso, dudoso, asustado. El ruido que podía provocar este asunto me atemorizaba. Deseaba, deseo, recuperar mi nombre, pero no me gustaría ensuciarlo en visperas de obtenerlo. Intenté hallar un medio de conciliarlo todo sin escándalos.

—¿Y se decidió usted?

—Sí, después de quince días de angustias y de dudas, por fin, una mañana tomé un coche y me hice conducir a casa de los Commarin. Es una magnífica mansión del Faubourg Saint-Germain, una vivienda principesca, casi un palacio. Cuando llegué, había un criado de librea en la puerta. Pregunté por el conde de Commarin y el criado me respondió que el señor conde estaba de viaje, pero que en casa había el vizconde. Aquello contrarió mis planes, pero dispuesto a no echarme atrás, insistí en ver al heredero. Me hicieron esperar bastante rato. Al final, otro criado me hizo atravesar el patio y me introdujo en un soberbio vestíbulo en el que esperaban otros domésticos. Uno de ellos me rogó que le siguiera. Me condujo por una espléndida escalera, a través de una galería de cuadros, y finalmente me dejó en manos del ayuda de cámara del vizconde. Éste quiso saber el motivo de mi visita. Le dije que el vizconde no me conocía, pero que tenía necesidad de entrevistarme con él por un asunto urgente. El ayuda de cámara salió invitándome a sentarme y a esperar. Estuve esperando más de un cuarto de hora hasta que regresó con la noticia de que el vizconde se dignaba a recibirme. Me hizo pasar a un pequeño salón sencillamente amueblado y con una única decoración a base de armas. El vizconde estaba semitendido en un diván. Llevaba una chaqueta de terciopelo y un pañuelo de seda blanca alrededor del cuello. Al verme, se levantó y me saludó graciosamente. «Señor —le dije—, usted no me conoce pero mi identidad no importa en este asunto. Acudo a usted con una misión grave y triste que afecta al nombre que usted lleva. » Sin duda, el vizconde no me creyó, porque con un tono de ligera impertinencia me preguntó: «¿Será muy largo?» Le repuse, sencillamente: «Sí. » El vizconde pareció vivamente contrariado. «Lo lamento, pero tenía mis planes. Precisamente ahora iba a ser recibido por la señorita con la que me voy a casar, la señorita d'Arlange; ¿cree que podríamos aplazar esta entrevista?» Le contesté que no, y como viesé que estaba a punto de despedirme, saqué de mi bolsillo la correspondencia del conde y le mostré una de las carias. Al reconocer la escritura de su padre, se humanizó. Dijo que dentro de un momento estaría conmigo y me pidió permiso para avisar su retraso a quienes le esperaban. Escribió una nota a toda velocidad y la entregó a su ayuda de cámara con el encargo de que la llevara

de inmediato a casa de la señora duquesa d'Arange. Después de estos menesteres me hizo pasar a una habitación contigua, su biblioteca.

—Perdone que le interrumpa —intervino Tabaret—. Se fijó usted si daba muestras de turbación al ver las cartas.

—En absoluto. Después de cerrar cuidadosamente la puerta, me ofreció un sillón, se sentó a su vez y me dijo: «¿Y bien, caballero?» Yo había preparado en la antecámara lo que tenía que decirle. Estaba decidido a espetarle la verdad sin rodeos. Así pues, le dije: «Caballero, mi misión es desagradable. Voy a revelarles hechos increíbles. Le ruego que no diga nada antes de haber leído las cartas que le traigo.» Me miró con una expresión de extrema sorpresa y me respondió: «Hable, estoy dispuesto a escucharle.» Me levanté: «Señor, tengo el desagradable deber de comunicarle que no es usted el hijo legítimo del conde de Commarin. Estas cartas se lo demostrarán. El hijo legítimo existe y es él quien me envía.» Tenía mis ojos fijos en los suyos y cuando acabé de pronunciar mis palabras vi la furia reflejada en su mirada. Por unos instantes creí que me iba a golpear, pero se contuvo. «Las cartas», ordenó. Se las entregué.

—¿Cómo? —gritó Tabaret—. ¿Las cartas, las verdaderas? ¡Imprudente!

—¿Por qué?

—Y si las hubiera destruido?

El abogado apoyó su mano sobre el hombro de su viejo amigo.

—Estaba yo allí, no había peligro alguno. Lo que hoy he hecho con usted, querido amigo, lo hice con el vizconde Albert, pues ese es su nombre. Le evité la lectura de las ciento cincuenta y seis cartas, indicándole que leyera sólo las que estaban señaladas con una cruz, dedicando especial atención a las que estaban subrayadas con lápiz rojo. Al cabo de inedia hora la lectura concluyó. El vizconde se levantó y me dijo: «Tiene usted razón, señor. Si estas cartas son de mi padre, como parece, todo tiende a demostrar que no soy hijo de la condesa de Commarin. Sin embargo, todo ello no son más que conjeturas. ¿Tiene usted otras pruebas?» Le dije que se podía hacer hablar a Germain. Me informó que hacía años que había muerto. Entonces le hablé de la nodriza, la viuda Lerouge. Le expliqué que sería fácil encontrarla y hacerla hablar. Añadí que vivía en La Jonchère.

—¿Qué dijo el vizconde ante esa posibilidad?

—Guardó silencio durante un rato como si estuviera reflexionando. De repente, se golpeó la frente y exclamó: «¡Ahora caigo! También la conozco. Hace tiempo acompañé a mi padre tres veces a su casa, y en mi presencia el conde le entregó una fuerte suma de dinero.» Le hice notar que también eso constituía una prueba. No replicó y empezó a recorrer la biblioteca de arriba a abajo. Por último, se volvió hacia mí y me preguntó: «¿Conoce usted al hijo legítimo del señor de Commarin?» «Soy yo», le respondí. Bajó la cabeza y murmuró: «Me lo estaba temiendo.» Me estrechó la mano en silencio, con los ojos brillantes y por fin resolvió: «Espero a mi padre dentro de ocho o diez días. Una vez esté aquí tendré una explicación y espero que se le haga justicia a usted. Le doy mi palabra de honor. Tome sus cartas y permítame quedarme solo, tengo que reflexionar.»

—¿Y qué va usted a hacer ahora? —preguntó Tabaret.

—Nada hasta que regrese el conde. Actuaré de acuerdo con lo que él diga. Mañana iré al Palacio de Justicia para examinar los papeles de Claudine. Si encuentro las cartas estoy salvado, si no... En tal caso no sé qué haré. ¿Quién puede aconsejarme?

—Cualquier consejo requiere una larga reflexión —respondió Tabaret, que deseaba retirarse— ¡A qué triste vida le han condenado, querido amigo!

—Terrible, tiene usted razón. Y si además le añade los problemas económicos.

—¿Cómo? Pero si usted no gasta nada.

—He tenido que pedir prestado.

—Hace usted bien de hablarme de ello, porque va a ayudarme.

—Con mucho gusto.

—Pues bien. Imagínese que en mi secreter hay de doce a quince mil francos que me molestan terriblemente. Comprenda, soy viejo, cobarde y si me quisieran quitar...

—Me temo que... —quiso objetar el abogado.

—Nada, nada. Ahora mismo se los traigo.

Y diciendo esto, salió de la habitación para regresar al cabo de unos momentos con quince billetes de mil francos.

—En caso de que no basten —dijo, ofreciéndoselos a Noël—, tengo más todavía... Y ahora, permítame que me retire. Buenas noches, querido amigo.

El abogado le acompañó hasta la puerta y permaneció en el umbral escuchando los pasos que se perdían en la escalera. El ruido del portal al cerrarse le indicaron que Tabaret había salido a la calle. Esperó algunos minutos, tomó un paquete de uno de los cajones, deslizó en su bolsillo los billetes de banco de su viejo amigo y salió al rellano. Descendió de puntillas la escalera. Un minuto más tarde estaba en la calle.

CAPÍTULO V

Una vez en la calle, el abogado permaneció unos instantes quieto sobre la acera como si dudara del camino que tenía que tomar. Por último, se dirigió lentamente hacia la estación de Saint-Lazare. Llamó a un coche que pasaba y subió a él; dijo al cochero:

—Calle del Faubourg Montmartre, esquina calle de Provence, y rápido.

El abogado bajó en la dirección indicada y pagó al cochero. Cuando éste se hubo alejado, se adentró por la calle de Provence y después de andar un centenar de pasos llamó a la puerta de una de las casas más elegantes de la calle. Cuando pasó por la portería, el portero le dirigió un saludo respetuosamente protector y al mismo tiempo amistoso. El abogado subió hasta el segundo piso, se detuvo, extrajo una llave de su bolsillo y entró, como si estuviera en su casa, en el apartamento de en medio.

Atraída por el ruido de la llave, apareció una camarera joven y bonita.

—Ah, es usted, señor.

—¿Está la señora? —preguntó Noël.

—Sí, señor, y muy enfadada, por cierto. Esta mañana estuvo a punto de mandarme a casa del señor y tuve que disuadirla para que no fuera ella personalmente, desobedeciendo las órdenes del señor.

—Está bien —dijo el abogado.

—La señora está en el fumador —continuó la camarera—. Acabo de servirle el té. ¿Querrá el señor tomar también una taza?

Sí —contestó Noël—. Alúmbreme, por favor, Charlotte.

Atravesó sucesivamente un magnífico comedor, un espléndido salón dorado estilo Luis XIV, y entró en el fumador.

Era una pieza bastante grande de techo muy elevado. Parecía estar a tres mil millas de París, en la mansión de algún opulento súbdito del Hijo del Cielo. Muebles, alfombras, cortinajes, cuadros; todo parecía haber llegado de Hong-Kong o de Changay. Cuando Noël entró, una joven estaba tendida sobre un diván fumando un cigarrillo. A pesar del calor que hacía, iba envuelta en amplios chales de cachemir. Al darse cuenta de la presencia de Noël, se incorporó ligeramente apoyándose en un codo.

—Ya era hora —dijo con voz agria.

—Hace un calor horrible aquí dentro —exclamó el abogado.

—Pues yo tengo frío. Es comprensible, porque estoy enferma. Desde ayer que te espero.

—Me ha sido imposible venir —se quejó Noël—. Imposible del todo.

—Sin embargo, sabías que hoy es el día que suelo pagar a los proveedores, y no tenía ni un franco. El viejo avaro de Clergeot, que me había prestado tres mil francos, al ver que no le pagaba nada me ha insultado terriblemente.

Noël bajó la cabeza como un escolar a quien su profesor riñe por no haber hecho los deberes.

—Pero si sólo se trata de un día de retraso —murmuró.

—Ahí es nada —contestó la joven—. Un hombre que se precie se deja embargar antes de no pagar una factura de su amante. ¿Qué quieres que piensen de mí? Sabes perfectamente que sólo puedo esperar consideración por mi dinero. El día que deje de pagar, se acabó el respeto.

—Mi querida Juliette... —dijo dulcemente el abogado...

Pero ella le interrumpió bruscamente:

—Muy bonito. Mi querida Juliette, Juliette adorada, todo son palabras dulces cuando estás aquí, pero una vez fuera no creo ni que te acuerdes de que existo.

—No seas injusta. ¿No te he probado más de mil veces que siempre estoy pensando en ti? Te lo voy a demostrar.

Sacó de su bolsillo el paquetito que había cogido en su casa, lo abrió y le mostró un hermoso aderezo de brillantes. Juliette, sin levantarse, tendió la mano para tomar la joya, la examinó despectivamente y dijo con indiferencia:

—Ah, eso.

—Veo que no te gusta —dijo el abogado ante su gesto.

—Sí, claro que sí, es muy bonito. Por otra parte, viene a completar las dos docenas de joyas que me has regalado.

—Pues si te gusta, no lo demuestras.

—Vaya, por Dios —exclamó la mujer—. No te parezco lo bastante inflamada de agradecimiento. Me traes un presente y te lo debo pagar inmediatamente al contado, llenar la casa con gritos de alegría, echarme de rodillas ante ti llamándote grande y magnífico señor.

—¿A qué vienen esas ironías? Si tienes algo contra mí, sería mejor que me lo dijeras claramente.

—De acuerdo. Te lo voy a decir. Más hubiera valido que no me trajeras esta joya y que a cambio ayer me hubieras dado los ocho mil francos que necesitaba.

—No pude venir.

—Pero los pudiste mandar con alguien.

—Si no te los mandé o no te los traje es porque no los tenía. Me ha costado mucho conseguirlos.

—Ahora pretendes hacerme creer que tienes dificultades para encontrar ocho mil francos.

—Sí, tengo dificultades, y muchas.

—Haces muy bien el papel de hombre pobre.

—No lo hago, es que soy pobre.

—Te veo venir. Hoy me dices eso, mañana me dirás que no te gusto, y pasado mañana...

—No es eso, amor mío.

—Bien, ¿me darás el dinero o no? Tengo que devolver sin falta el préstamo de Clergeot. Tiene unos pagarés míos y me amenaza con ir a los tribunales.

El abogado le entregó unos billetes diciendo:

—Y ahora tengo que irme. Mi madre está muy enferma.

—Siempre pasa lo mismo. Nunca estás conmigo. No salimos nunca juntos.

—Pero si celebramos el carnaval juntos. El martes te llevé al teatro e incluso invité a unos amigos a cenar. Por ti me tuve que vestir de dominó, y aún te parece poco.

—Sí, fuimos al teatro. Pero por separado como siempre. Tú en la platea y yo en un palco. En cuanto a la cena, vale más que no hablemos de ello. Estuviste de un humor de perros. Será mejor que vaya a acostarme. Dame un beso y deséame buenas noches.

El abogado la besó, tomó su sombrero y salió. Bajó por la calle de Provence tan rápido como le fue posible, pasó por la calle de Saint-Lazare y entró en su casa. Apenas hacía cinco minutos que estaba en su gabinete, cuando llamaron a la puerta.

—Señor, señor, por el amor de Dios, contésteme usted.

Noël abrió la puerta y dijo con impaciencia:

—¿Qué pasa, a qué vienen esos gritos?

—Señor —balbuceó la criada, hecha un mar de lágrimas—, hace tres veces que le llamo y usted no me responde. Venga, se lo suplico, la señora se está muriendo.

El abogado siguió a la criada hasta la habitación de la señora Gerdy. Debió encontrarla terriblemente cambiada porque no pudo dominar un escalofrío. La enferma, bajo las mantas, se debatía furiosamente. Su cara era de una palidez mortal, como si no le quedara ni una gota de sangre en las venas, y sus ojos, que brillaban con un fuego sombrío, parecían llenos de un fino polvo. Sus cabellos desatados caían a lo largo de sus mejillas y sobre sus hombros, contribuyendo a darle un aspecto terrorífico. De vez en cuando, gemía inarticuladamente o murmuraba palabras ininteligibles. No reconoció a Noël.

—Vea en qué estado se encuentra, señor —dijo la criada.

—Tiene razón. ¡Quién iba a suponer que su enfermedad se agudizaría de este modo...! Vaya corriendo a buscar al doctor Hervé. Dígale que venga en seguida.

Y se sentó en un sillón, frente a la enferma.

El doctor Hervé era un viejo amigo de Noël. Un antiguo condiscípulo a quien el abogado apreciaba mucho. Sus primeras palabras al entrar en la habitación, apenas vestido, fueron:

—¿Qué sucede?

Noël le estrechó la mano silenciosamente y por toda respuesta le señaló la cama. El doctor en menos de un minuto acercó una lámpara, examinó a la enferma y volvió junto a su amigo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó bruscamente—. Tengo necesidad de saberlo.

—Saber, ¿qué? —balbuceó Noël.

—Todo —respondió Hervé—. Se trata de una encefalitis, no hay lugar a dudas. No es una enfermedad común y quiero saber qué causas la han determinado. No creo que existan lesiones en el cerebro ni en la caja craneal; tiene que tratarse, pues, de violentas afecciones del alma, una desgracia enorme, una catástrofe imprevista...

Noël interrumpió a su amigo con un gesto y le condujo hasta el pasillo.

—Tienes razón, amigo mío. La señora Gerdy ha sufrido una terrible desgracia. Es víctima de unas terribles angustias. Escucha, Hervé, voy a confiar a tu honor, a tu amistad, nuestro secreto: la señora Gerdy no es mi madre. Me ha despojado de mi fortuna y de mi nombre en provecho de su hijo verdadero. Hace tres semanas descubrí este indigno fraude, ella lo sabe y, a consecuencia del espanto, ha caído enferma.

El abogado esperaba exclamaciones de sorpresa o preguntas de su amigo, pero el doctor recibió sin inmutarse la confidencia. Para él no era más que una información indispensable para esclarecer la causa de la enfermedad.

—Tres semanas —murmuró—. Eso lo explica todo. ¿Ha sufrido durante este tiempo?

—Se ha quejado de violentos dolores de cabeza, ha sufrido desvanecimientos, dolores de oído. Lo atribuía todo a las jaquecas. Pero, por favor, Hervé, no me ocultes nada. Dime, ¿es grave?

—Es tan grave, amigo mío, tan funesto, que pocos son los casos de curación.

—¡Dios mío!

—Me has pedido la verdad y yo te la he dicho. Si he tenido valor, es porque sé que esta pobre mujer no es tu madre. Sí, está perdida a menos que se produzca un milagro. Pero este milagro hay que esperarlo. ¡Y ahora, manos a la obra!

CAPÍTULO VI

Daban las once en la estación de Saint-Lazare, cuando Tabaret, después de estrechar la mano a Noël, salió de la casa bajo los efectos de lo que acababa de oír. Dio los primeros pasos por la calle tambaleándose como si estuviera bebido. Estaba radiante y al mismo tiempo aturdido por la rápida sucesión de acontecimientos imprevistos que le habían llevado, en su opinión, al descubrimiento de la verdad.

A pesar de su prisa por llegar a casa del juez de instrucción, no tomó un coche. Tenía necesidad de caminar. Era de ese tipo de personas a quienes el ejercicio físico procura lucidez.

Sin apresurar su marcha, llegó a la Chaussée-d'Antin, cruzó el bulevar cuyos cafés resplandecían y tomó por la calle de Richelieu.

Avanzaba sin tener conciencia del mundo exterior, tropezando con las asperezas de la acera o descendiendo a la calzada. Seguía el buen camino por puro instinto.

«Qué casualidad —se decía Tabaret—, qué suerte más increíble. Gévrol tiene razón. El azar sigue siendo el mejor de los policías. ¿Quién hubiera imaginado una historia semejante? De todos modos, no iba desencaminado. He adivinado que en la historia había un niño. Pero, ¿cómo sospechar que se trataba de una sustitución? Algo tan habitual, tan tópico, que ni los autores dramáticos se atreven a utilizarlo en sus comedias de bulevar. Esto viene a demostrar que la policía no debe tener ideas preconcebidas. Nos asusta lo inverosímil y precisamente lo inverosímil es la verdad. He matado dos pájaros de un tiro. He descubierto al culpable y podré echar una mano a Noël en la reconquista de su estado civil. Por una vez, no me molestará ver llegar a la cumbre a un muchacho educado en la escuela de la desgracia. Pero, al fin y al cabo, será como los demás. La prosperidad le hará perder la cabeza. La que más me sorprende es la señora Gerdy, una mujer a quien yo habría dado la comunión sin confesarse. Cuando pienso que estuve a punto de pedirla en matrimonio... Cuando pienso que mi pobre Gévrol está buscando al hombre de los pendientes. Cuando se entere, se sentirá humillado, me va a odiar a muerte, pero me da igual. El señor Daburon me protegerá. Lo estoy viendo con unos ojos como platos cuando le diga: ¡Ya lo tengo! Este proceso le va a dar fama, por lo menos le van a nombrar caballero de la Legión de Honor. Mejor, me gusta este juez. »

Tabaret, que en aquel momento cruzaba el puente de Saints-Pères, se detuvo bruscamente en actitud meditabunda.

«Detalles, me faltan detalles. Sólo conozco la historia a grandes rasgos. Tienen razón en la Seguridad. Soy demasiado apasionado. Me embalo, como dice Gévrol. Tenía que hacer hablar más a Noël, conseguir informes más concretos, pero es igual, podré hacerlo más adelante. »

En esto estaba cuando llegó ante la casa del juez de instrucción. El señor Daburon acababa de acostarse pero había dejado órdenes expresas a sus sirvientes. Bastó con que Tabaret se diera a conocer para que le hicieran pasar sin dilación al dormitorio del magistrado.

Al ver al detective aficionado, el juez se levantó con presteza.

—¿Qué sucede? ¿Ha descubierto algo? ¿Tiene algún indicio?

—Mejor todavía —respondió sonriente el hombrecillo.

—Hable usted.

—¡Tengo al culpable!

Tabaret estuvo contento: había producido el efecto que esperaba; el juez estaba asombrado.

—¿Es posible?

—Tengo el honor de repetir al señor juez de instrucción que conozco al autor del crimen de La Jonchère.

—Pues yo le proclamo a usted el mejor detective del mundo. No habrá sumario en que no requiera su colaboración.

—El señor juez es demasiado bueno. Poco tengo que ver con mi descubrimiento. Sólo la casualidad...

—Es usted modesto, señor Tabaret: la casualidad sólo ayuda a los hombres inteligentes. Pero, por favor, siéntese y cuéntemelo todo.

Tabaret se sentó y con una lucidez y una precisión de la que parecía incapaz, informó al juez de instrucción de todo lo que había sabido a través de Noël. Citó de memoria las cartas, sin olvidarse ni una coma.

—Y he visto estas cartas. Y no sólo eso, sino que incluso he escamoteado una para poder verificar la escritura. Aquí la tiene.

—Sí —murmuró el magistrado—, sí señor Tabaret, usted conoce al culpable. La evidencia es tan clara que no puede pasar desapercibida. Dios lo ha querido así: el crimen engendra crimen. La terrible falta del padre ha convertido al hijo en un asesino.

—He silenciado los nombres, señor juez, porque antes quería conocer su opinión.

—Puede decirlos sin temor, señor Tabaret. Un magistrado francés no duda en acusar a quien sea por más alto que sea su rango.

—Lo sé, señor juez, pero esta vez es muy alto. El padre que sacrificó a su hijo legítimo en favor de su bastardo es el conde Rhéteau de Commarin, y el asesino de la viuda Lerouge es el bastardo, el vizconde Albert de Commarin.

Tabaret, como un hábil artista, había pronunciado los nombres con una lentitud calculada esperando producir una enorme impresión. Su esperanza fue ampliamente sobrepasada.

Daburon quedó estupefacto. Permaneció inmóvil con los ojos abiertos por la sorpresa. Maquinalmente repetía como una palabra vacía de sentido y que hay que aprender:

—Albert de Commarin, Albert de Commarin...

—Sí —insistió Tabaret—, el noble vizconde; parece increíble, ya lo sé.

Pero se dio cuenta de la alteración de las facciones del juez y un poco asustado se aproximó a la cama.

—¿Se siente usted indispuerto?

—No —respondió Daburon, sin casi saber lo que decía—, no, me encuentro bien, es la sorpresa, la emoción.

—Lo comprendo —dijo Tabaret.

—Pero ahora, por favor, déjeme solo. Tengo que vestirme. No se aleje demasiado. Es necesario que hablemos largamente del asunto. Haga el favor de esperarme en mi gabinete. El fuego debe estar encendido todavía. Dentro de unos minutos me reuniré con usted.

Cuando Tabaret estuvo fuera, el juez se puso un batín y se dejó caer en una silla. Su rostro reflejaba las más crueles agitaciones y sus ojos traslucían terribles angustias. El nombre de Commarin, pronunciado de improviso, le traía dolorosos recuerdos y revivía en él una herida mal cicatrizada. Aquel nombre le recordaba un suceso que había roto su vida y acabado con su juventud. Tiempo atrás, Pierre-Marie Daburon se había enamorado locamente de la señorita Claire d'Arlanges, pero había sido rechazado por ella a favor del vizconde de Commarin. Hacía casi dos años de ello, pero el recuerdo de la muchacha todavía estaba vivo. Su primer sentimiento fue de odio, seguido de una detestable satisfacción. La casualidad ponía en sus manos al hombre preferido por Claire. Pero no fue más que un relámpago. La conciencia del honesto funcionario hizo sentir su potente voz. Un proyecto de generosidad loca se esbozó en su cerebro: «¿Y si lo salvase, y si por Claire dejara mi honor y mi vida? Pero, ¿cómo hacerlo? Para ello debería olvidar los descubrimientos

de Tabaret e imponerle la complicidad del silencio. Tendría que correr tras una pista falsa y buscar, como Gévrol, un quimérico asesino. ¿Es eso posible? Por otra parte, salvar a Albert es acabar con las esperanzas de Noël. Es asegurar la impunidad de la más odiosa de las traiciones. Esta acción sería también sacrificar la justicia a mi pasión. »

El magistrado sufría. ¿Cómo tomar una decisión en medio de tantas perplejidades y sintiéndose arrastrado por tan diversos intereses? ¿Qué hacer? Su razón, después de aquel choque imprevisto, buscaba en vano su equilibrio.

«Si me echo atrás —decía—, ¿dónde queda mi valor? ¿Tengo que dejar de ser el representante de la ley a quien nadie coacciona ni afecta? ¿Soy tan débil que al revestirme de mi toga no puedo despojarme de mi personalidad? ¿Es imposible que olvide mi pasado? Mi deber es proseguir la investigación. Incluso Claire me ordenaría que obrase así. Si es inocente, que se salve, si es culpable será castigado. »

Un poco más tranquilo, Daburon entró en su gabinete.

—Usted me perdonará, señor Tabaret, por haberle dejado tanto tiempo solo.

—No tiene importancia.

Daburon cruzó la habitación y se sentó frente al detective y junto a un velador lleno de papeles y de documentos concernientes al crimen. Parecía muy cansado.

—He reflexionado mucho sobre el asunto que nos atañe.

—También yo. Estoy preocupado, señor juez, por la actitud del vizconde de Commarin en el momento de su arresto. ¿Se entregará? ¿Intentará intimidar a los agentes? ¿Les amenazará con echarles de su casa? Ésta es la táctica de los criminales más conspicuos. Sin embargo, opino que conservará la calma y la sangre fría. Estoy convencido de que demostrará una seguridad en sí mismo fuera de lo corriente. Dirá, sin duda, que es víctima de un malentendido. Insistirá en ver al juez de instrucción con el fin de esclarecer lo antes posible los hechos.

Tabaret hablaba con tal seguridad que Daburon no pudo contener una sonrisa.

—Este momento no ha llegado todavía.

—Pero no tardará en llegar. Supongo que cuando se haga de día dará usted órdenes para que el vizconde sea arrestado.

El juez se estremeció como un enfermo que ve entrar en su habitación al cirujano con sus instrumentos. Había llegado el momento de actuar.

—Se precipita usted, señor Tabaret —dijo—. Para usted no existen obstáculos.

—¿Qué obstáculos pueden haber siendo culpable? Me atrevo a preguntarle, señor juez, quién si no él puede haber cometido el crimen. ¿Quién tenía interés en suprimir a la viuda Lerouge, eliminando así su testimonio y destruyendo sus papeles y sus cartas? El, únicamente él. Mi amigo Noël, que es inocente como todos los hombres honestos, le previno: el vizconde actuó. Si no establecemos su culpabilidad seguirá siendo un Commarin y el abogado continuará siendo Gerdy hasta la tumba.

—Sí, pero...

Tabaret miró fijamente al juez con ojos estupefactos.

—¿Ve usted dificultades? —preguntó al magistrado.

—Sin lugar a dudas —respondió Daburon—. Este asunto es de los que requieren una gran circunspección. No podemos dar un paso en falso, basándonos sólo en conjeturas..., concluyentes, lo sé, pero al fin y al cabo conjeturas. ¿Y si nos equivocásemos? La justicia, desgraciadamente, nunca puede reparar por completo sus errores. Si su mano acusa injustamente a un hombre honrado, queda una huella imborrable. Reconoce que se ha equivocado, lo declara en voz alta, lo proclama. Todo en vano. La opinión absurda, idiota, no perdona a un hombre que ha sido sospechoso. Nuestras sospechas son

fundadas, pero, ¿y si fueran falsas? Nuestra precipitación sería una desgracia irreparable para el vizconde. ¿Ha pensado en el escándalo?

«Me enfrento con un indeciso —pensó Tabaret—; en vez de actuar, habla; en vez de firmar la orden de arresto, teoriza. Está aturdido con mi descubrimiento y tiene miedo. Esperaba que la noticia le alegraría. Estoy convencido de que daría un luis de oro de su bolsillo por no haberme llamado. En estos momentos no sabría nada y dormiría el sueño de la ignorancia. »

—Quizá baste con una orden de registro y una citación —dijo el juez en voz alta.

—Pero entonces estaría todo perdido —contestó Tabaret.

—¿Por qué?

—El señor juez lo sabe mejor que yo, que no soy más que un pobre viejo. Nos enfrentamos con la premeditación más hábil y refinada. Un azar milagroso nos ha puesto sobre la pista del enemigo. Si le damos tiempo para respirar se nos escapará.

El juez, por toda respuesta, inclinó la cabeza como si asintiera.

—Es evidente —continuó Tabaret— que nuestro adversario es un hombre de una sorprendente sangre fría y de una consumada habilidad. Seguro que lo ha previsto todo, absolutamente todo, incluso la posibilidad improbable de que alguien sospechara de él. Estoy convencido de que ha tomado sus precauciones. Si usted se contenta con una citación, el vizconde estará a salvo. Comparecerá tranquilo, como si se tratara de un duelo. Se nos presentará previsto con una coartada perfecta, irrecusable. Demostrará que pasó la noche del martes al miércoles con los personajes más considerables. Habrá cenado con el conde Tal, jugado a las cartas con el marqués Cual, tomado una copa con el duque X. La baronesa Y y la vizcondesa Z no lo habrán perdido de vista ni un solo minuto. En fin, el golpe estará tan bien montado que tendrá que abrirle la puerta y pedirle excusas en la escalera. Sólo hay un medio de atraparlo: sorprenderlo con una rapidez que lo pille desprevenido. Hay que caer sobre él como un rayo. Detenerle cuando se despierte, llevarle aquí, todavía aturdido, e interrogarle de inmediato, y *et nunc*. Es la única posibilidad que tenemos de que confiese. ¡Ah, si yo fuera juez de Instrucción!

Tabaret calló de repente temeroso de ofender al magistrado, pero Daburon no parecía haberse dado por aludido.

—Siga —dijo el magistrado animándole.

— Pues bien, si yo fuera juez de instrucción haría detener a mi hombre y veinte minutos después le tendría en mi gabinete. No me entretendría en formularle preguntas capciosas. Iría directamente al grano. Le aplastaría con el peso de mi certidumbre. Le demostraría que lo sé todo. No, no le interrogaría, no le dejaría abrir la boca, hablaría yo primero, y mi discurso sería así: «Querido señor, usted tiene una coartada. Muy bien. Conocemos el sistema. Es a base de relojes que se adelantan y que se atrasan. De acuerdo, hay cien personas que no le han perdido de vista. Sin embargo, a las ocho y veinte usted salió sigilosamente, a las ocho y treinta y cinco tomó el tren en Saint-Lazare, a las nueve bajó en Rueil y echó a andar camino de La Jonchère, a las nueve y cuarto llamó a casa de la viuda Lerouge, que le abrió y a quien usted pidió algo de comer y de beber, a las nueve y veinticinco le clavó un trozo de florete entre los omóplatos, registró la casa de arriba a abajo y quemó los papeles que usted ya sabe. Después envolvió en una servilleta algunos objetos de valor para hacer pensar en un robo, salió y cerró la puerta con llave. Cuando llegó al Sena, arrojó el paquete al agua, llegó a pie a la estación de ferrocarril y a las once reapareció fresco y bien dispuesto. Pero no tuvo en cuenta a dos policías. Uno, apodado Tiraucclair y el otro conocido como Casualidad. Ambos le han hecho perder la partida. Usted cometió el error de calzar botas demasiado finas, de conservar puestos sus guantes gris perla, de cubrirse con un sombrero de copa y de llevar un paraguas. Si confiesa, todo irá mejor y le permitiré que fume en su celda esos excelentes «Trabucos» que tanto le gustan y que siempre fuma con una boquilla de marfil. »

Tabaret se había crecido con su propio entusiasmo. Miró al magistrado como si esperase una sonrisa aprobadora.

—¿Y si él no confesara? —preguntó Daburon.

La pregunta embarazó al hombrecillo.

—¡Diablos! —balbuceó—. No sé, ya vería, buscaría algo, pero estoy seguro de que confesaría.

Después de un largo silencio, Daburon tomó una pluma y escribió unas líneas.

—De acuerdo —dijo—, el señor Albert de Commarin va a ser detenido. Acabo de decidirlo. Pero las formalidades y las investigaciones tendrán una cierta dilación. Quiero interrogar antes que al detenido, a su padre, el conde de Commarin, y a ese joven abogado, su amigo el señor Gerdy. Las cartas que obran en poder de este último me son indispensables.

Al oír pronunciar el nombre de Gerdy el rostro de Tabaret se ensombreció expresando la más cómica inquietud.

—¡Diablos! Lo que temía.

—¿Qué es ello? —preguntó Daburon.

—La necesidad de las cartas de Noël. Naturalmente, sabrá quién ha puesto la justicia sobre la pista del crimen. A mí me deberá que le sean reconocidos sus derechos, pero, ¿cree usted que me lo agradecerá? En absoluto, va a despreciarme cuando sepa que el rentista Tabaret y el detective Tiraclair son la misma persona. Antes de ocho días todos mis amigos se negarán a darme la mano. Como si no fuera un honor a la justicia... Me voy a ver obligado a cambiar de barrio y a usar un nombre falso.

El viejo casi lloraba, tan grande era su pena. El magistrado sintió compasión por él.

—Tranquilícese, querido Tabaret. Lo arreglaré todo de tal forma que ni Noël ni nadie sospecharán de usted. Le dejaré entrefever que he llegado hasta él por unos papeles que encontré en casa de la viuda Lerouge.

—Muchas gracias, señor juez, es usted una gran persona. Si me lo permite, me gustaría asistir al arresto y al registro.

—Precisamente quería pedírselo, señor Tabaret. Y ahora, perdóneme, pero no tengo tiempo que perder si quiero tomar las medidas necesarias antes del alba.

Tabaret ya se despedía cuando entró un criado del juez con una nota.

Es una nota de Gévrol —dijo a Tabaret, y leyó en voz alta:

«Señor juez de instrucción: tengo el honor de comunicarle que estoy sobre la pista del hombre de los pendientes. Acabo de obtener noticias tuyas en casa de un vinatero. Nuestro hombre entró en su tienda, el domingo por la mañana, al salir de casa de la viuda Lerouge. Empezó por pedir y pagar dos litros de vino, pero después, golpeándose la frente dijo: había olvidado que mañana es el santo del barco. Y acto seguido pidió tres litros más. He consultado el calendario y el barco tiene que llamarse Saint Marin. También he sabido que el barco iba cargado de trigo. Al mismo tiempo que a usted, he escrito a la prefectura para que investiguen en París y en Rouen y estoy seguro de que daré con nuestro hombre. Estoy a la espera, señor... »

—¡Pobre Gévrol! —exclamó Tabaret con una sonrisa—. Afila su sable cuando la batalla ya está ganada. ¿Va a detener su investigación?

—No —respondió Daburon—. Olvidar el más mínimo detalle es a menudo una falta irreparable. ¡Quién sabe qué nuevas noticias puede aportar este desconocido!

CAPÍTULO VII

El mismo día en que se descubría el crimen de La Jonchère, a la hora en que Tabaret hacía su demostración en la habitación de la víctima, el vizconde Albert de Commarin tomaba un coche y se personaba en la estación del Norte para recibir a su padre.

El vizconde estaba muy pálido, sus rasgos tensos, sus ojos apagados, sus labios exangües denunciaban pesadas fatigas, abuso de placeres agotadores o terribles preocupaciones.

Además, los domésticos de la mansión habían podido observar que desde hacía cinco días su joven amo apenas si comía. Hablaba con gran esfuerzo y había prohibido severamente que se le molestase. El ayuda de cámara del vizconde observó que este cambio había acaecido el domingo por la mañana, después de la visita de un tal señor Gerdy, abogado, con quien había estado su amo más de tres horas encerrado en la biblioteca. El vizconde, alegre como un pájaro cuando llegó aquel personaje, tenía a su partida el aspecto de un desterrado, y a partir de entonces no había dejado de parecerlo. En el momento de hacerse conducir a la estación de ferrocarril, parecía arrastrarse con tanto esfuerzo que Lubin, su ayuda de cámara, le exhortó para que no saliera. Exponerse al frío exterior era cometer una imprudencia gratuita. Lo mejor sería acostarse y tomar una tisana caliente. Pero al conde de Commarin no le gustaban las faltas en el capítulo de los deberes familiares. Era hombre capaz de perdonar a su hijo las más increíbles locuras, los peores desbordamientos, pero no una falta de respeto. Había anunciado su llegada por medio de un telegrama veinticuatro horas antes y la ausencia de Albert en la estación hubiera sido para él un ultraje.

El vizconde se paseaba desde hacía cinco minutos por la sala de espera cuando llegó el tren. Pronto las puertas que daban al andén se llenaron de pasajeros. Apareció el conde seguido por un doméstico, que llevaba en el brazo un enorme abrigo de viaje adornado con pieles preciosas. El conde de Commarin parecía diez años más joven de lo que era en realidad. Su barba y sus cabellos todavía abundantes apenas eran grises. Era alto y delgado, caminaba con el cuerpo erguido y con la cabeza alta. Su porte era noble, su paso ágil. Tenía unas manos fuertes y bellas, manos de hombre cuyos antepasados han manejado la espada durante siglos. Su rostro regular presentaba un contraste singular: sus rasgos respiraban una fácil campechanía, su boca sonreía, pero en sus ojos claros se dibujaba un feroz orgullo.

Este contraste traducía el secreto de su carácter. Al ver a su padre, Albert avanzó hacia él apresuradamente. Se estrecharon la mano, se abrazaron con aire noble y ceremonioso, y en menos de un minuto despacharon la fraseología banal sobre el viaje. Solamente entonces el conde pareció darse cuenta de la alteración tan visible que denotaba el rostro de su hijo.

—¿Te pasa algo, vizconde? —preguntó.

—No, señor —contestó lacónicamente Albert.

—Bien, pues. Vayamos en seguida a casa, deseo llegar cuanto antes y, además, tengo apetito porque no he tomado más que una taza de consomé.

El señor de Commarin llegaba a París con un humor de perros. Su viaje a Austria no había dado los resultados apetecidos. Para colmo, se había hos-

pedado en casa de uno de sus antiguos amigos con quien había tenido una discusión tan fuerte que ambos se habían separado sin estrecharse la mano.

—Me he peleado con el duque de Sairmeuse —le dijo a su hijo.

El coche se detuvo en el patio después de describir un semicírculo perfecto, gloria de los cocheros que siguen la tradición. El conde descendió primero y, apoyándose en el brazo de su hijo, subió las escaleras. En el inmenso vestíbulo, los criados estaban alineados con sus relucientes libreas. El conde les echó un vistazo mientras pasaba ante ellos como haría un oficial con sus soldados. Pareció satisfecho de su aspecto y se dirigió a sus apartamentos situados en el primer piso, encima del vestíbulo. En sus habitaciones, todo estaba dispuesto para recibirle. El señor de Commarin se cambió de ropa y se sentó a la mesa. El servicio de comedor era de un lujo grandioso. La plata y la cristalería resplandecían. El conde comía desafortadamente, a veces se vanagloriaba de su apetito y recordaba a los grandes hombres cuyo estómago fue célebre. Carlos V devoraba montañas de carne, Luis XIV engullía en cada comida la ración de seis hombres. La primera media hora del ágape fue silenciosa. El señor Commarin comía a conciencia sin notar o sin querer darse cuenta de que Albert no probaba sus alimentos. Pero con los postres el malhumor del viejo gentilhomme reapareció aguzado por un vino de Borgoña que solía beber. No le disgustaba, por otra parte, charlar un poco después de la cena, sosteniendo la teoría de que una discusión moderada es un perfecto digestivo. Una carta que le fue entregada a su llegada y que había tenido tiempo de leer fue el pretexto para iniciar la discusión.

—Acabo de llegar y ya me encuentro con una homilía de Boisfresnai.

—Escribe mucho —observó Albert.

—Demasiado. Siempre planes, proyectos, esperanzas, puras chiquilladas. Es portavoz de una docena de políticos, pero por mi honor parecen haber perdido el juicio. Hablan de levantar el mundo; sólo les falta una palanca y un punto de apoyo. Yo, que les aprecio, les encuentro ridículos.

Y durante diez minutos, el conde se dedicó a lanzar injurias y epigramas a sus mejores amigos, sin darse cuenta de que las ridiculeces de éstos eran las suyas propias.

—Si por lo menos tuvieran alguna confianza en ellos mismos, si demostraran un poco de audacia. Pero no, parece como si les faltara la fe. Cuentan sólo con los demás; como no pueden apoyarse en otras personas, lo hacen siempre sobre el clero, como si se tratara de su primer amor. Creen que en él está la salvación del futuro. El pasado lo ha demostrado, están muy equivocados porque al clero debemos la caída de la restauración. Y en la actualidad, en Francia, aristocracia y beatería son sinónimos. Para siete millones de electores, un nieto de Luis XIV sólo puede estar a la cabeza de un ejército de sotanas, escoltado de predicadores, de monjes y de misioneros, con un estado mayor de abates con los cirios al viento. Y hay que notar que los franceses no son excesivamente devotos y odian a los jesuitas. ¿No lo crees así, vizconde?

Albert inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero el conde ya continuaba.

—Por mi fe, estoy harto de verles marchar a remolque de las gentes de iglesia. Antaño, el clero no era como ahora, y un obispo en la corte desempeñaba un pequeño papel. ¿Y ahora que somos nosotros para ellos? Tan sólo el biombo tras el cual representan su comedia. ¡Qué disparate! ¿Acaso nuestros intereses son los suyos? Desconfían de nosotros como del año VIII, su capital es Roma y allí es donde reina su único monarca. Desde hace no sé cuántos años se creen perseguidos pero nunca han sido auténticamente poderosos. Además, nosotros no tenemos dinero y ellos son inmensamente ricos. Las leyes que atacan las fortunas particulares no los atañen. No tienen herederos entre los que repartir sus tesoros y dividirlos así hasta el infinito. Tienen paciencia y el tiempo necesario para hacer montañas con granos de arena. Todo lo que va al clero permanece en el clero.

—Pues rompa usted con ellos, padre —dijo Albert.

—Quizá sería lo mejor, vizconde. Pero, ¿qué beneficios obtendríamos con la ruptura? Y además, ¿creería la gente que hemos roto?

Sirvieron el café. El conde hizo un gesto y los criados se retiraron.

—No, nadie lo creería. Además, se entablaría la guerra y la traición en nuestros hogares. Nos tienen atrapados por medio de nuestras mujeres y de nuestras hijas, depositarias de nuestra alianza. Sólo veo una tabla de salvación para la aristocracia: una ley que autorice la primogenitura.

—Esa ley no la conseguirá usted nunca, padre.

—¿Te parece? —preguntó el conde—. ¿Acaso te opondrías a ella, vizconde?

Albert, que conocía las ideas de su padre al respecto, no respondió.

—De acuerdo, supongamos que sueño lo imposible. Pero la solución estaría en que la nobleza cumpliera con su deber: que los hijos menores se sacrifiquen, que dejen el patrimonio entero al primogénito durante cinco generaciones, contentándose con cien luses de renta. De este modo se podrían reconstruir las grandes fortunas. Las familias, en lugar de estar desunidas por intereses y egoísmos diversos estarían unidas en una causa común. Cada casa tendría su razón de Estado, un testamento político, por decirlo de algún modo, que iría pasando de primogénito en primogénito.

—Desgraciadamente —respondió Albert— los tiempos no están para sacrificios.

—Lo sé muy bien, vizconde, y tengo la prueba en mi propia casa. Te he rogado, yo, tu padre, te he conjurado a que renuncies a casarte con la nieta de la vieja loca marquesa d'Arlange. ¿De qué ha servido? De nada. Y después de tres años de luchas he tenido que ceder.

—Padre... —empezó a decir Albert.

—Está bien —interrumpió el conde—, te he dado mi palabra. Olvidémonos de ello, pero piensa que asestas un golpe mortal a nuestra casa. Piensa que serás uno de los grandes propietarios de Francia; si tienes cuatro hijos, éstos apenas serán ricos, y si ellos tienen otros tantos verás a tus nietos en la miseria.

El tema podía ser interminable, pero a pesar del visible enfrentamiento, el vizconde parecía estar a cien leguas de la discusión. De vez en cuando, y para no desempeñar el papel de confidente mudo, balbuceaba algunas sílabas. Esta falta de oposición irritaba todavía más al conde que una contradicción obstinada. Hizo todos los esfuerzos para provocar a su hijo. Esta era, su táctica. Sin embargo, prodigó en vano las palabras provocativas y las alusiones maliciosas. Al cabo de un rato, estaba seriamente furioso contra él y una de sus lacónicas respuestas le hizo estallar.

—¡Maldita sea! —gritó—. El hijo de mi intendente razonaría como tú. ¿Qué sangre llevas en tus venas? Pareces más un siervo que un vizconde de Commarin.

Hay situaciones en que la conversación más inocua es extremadamente penosa. Desde hacía una hora, al escuchar y contestar a su padre, Albert sufría un intolerable suplicio. La paciencia que le había sostenido hasta entonces se le escapó.

—Quizá tenga usted razón, padre —respondió—. Tal vez haya buenas razones para que yo parezca un siervo.

La mirada con que el vizconde acentuó esta frase era tan elocuente y tan explícita, que el conde tuvo un brusco sobresalto. Toda la animación de la charla se vino abajo repentinamente, y con voz incierta el conde preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso, vizconde?

Albert, una vez pronunciada la frase, se lamentó. Pero era demasiado tarde.

—Padre —respondió con cierto embarazo—, tengo cosas graves que decirle. Mi honor, el suyo y el de esta casa están en juego. Debí tener una explicación con usted, pero esperaba posponerla hasta mañana para no turbar la velada de su regreso. Pero usted ahora me exige que hable.

El conde escuchó a su hijo con una ansiedad mal disimulada. Se diría que adivinaba lo que iba a suceder y que temía haberlo adivinado.

—Crea usted, padre —continuó Albert buscando las palabras—, que nunca, sea lo que sea lo que usted haya hecho, levantaré mi voz para acusarle. Sus constantes bondades para conmigo...

—Basta de preámbulos —interrumpió duramente el conde—, vayamos a los hechos y dejémonos de frases.

—Padre, en su ausencia he tenido ocasión de leer toda su correspondencia con la señora Valérie Gerdy. Toda —dijo recalcando esta palabra, bastante significativa de por sí.

El conde no le dio tiempo de terminar su frase. Se levantó como si le hubiera mordido una serpiente, con una violencia tal que la silla rodó por el suelo.

—¡Ni una palabra más! —gritó con voz terrible—. No digas ni una sílaba más, te lo prohíbo.

Pero sin duda se avergonzó de aquella primera reacción ya que acto seguido recuperó su sangre fría. El mismo levantó la silla afectando una calma que estaba lejos de tener y la volvió a colocar ante la mesa.

—Para que luego digan que los presentimientos no existen —dijo en un tono de voz que pretendía ser ligero y sonriente—. Hace dos horas, en la estación, cuando vi tu cara tan pálida, temí que hubiera pasado algo. Adiviné que sabías poco o mucho de esta historia. Lo he notado, estaba seguro de ello.

Hubo una larga pausa entre ambos interlocutores. De común acuerdo, padre e hijo evitaron mirarse cara a cara por miedo de hallar demasiado elocuentes sus miradas. Al oír un ruido que se producía en la antecámara, el conde se aproximó a Albert y le dijo:

—Tú lo has dicho, hijo mío. El honor manda. Hay que arreglar eso inmediatamente. Hazme el favor de venir conmigo.

Llamó y en el acto apareció un criado.

—Diga a todo el mundo que el señor vizconde y yo no estamos para nadie.

CAPÍTULO VIII

La revelación que se acababa de producir había irritado más que sorprendido al conde de Commarin. Desde hacía veinte años temía que un día u otro se sabría la verdad. Sabía que no hay secreto que por más cuidadosamente que se guarde no pueda ser descubierto tarde o temprano. Y su secreto lo sabían cuatro personas, tres de las cuales lo poseían todavía. No había olvidado que cometió la enorme imprudencia de confiarlo al papel y que estas cosas no se escriben. ¿Cómo había podido él, un prudente diplomático, un político bregado, haberlo escrito? ¿Cómo, habiéndola escrito, dejó subsistir esta correspondencia acusadora? ¿Cómo, haciendo lo imposible, no había destruido aquellas pruebas que tarde o temprano se podían levantar contra él? Sería difícil responder a estas preguntas si no se tuviera en cuenta la loca y ciega pasión que le había poseído.

Albert permaneció respetuosamente en pie mientras que su padre se sentaba en un gran sillón historiado, precisamente debajo de un cuadro inmenso en el que el árbol genealógico de la ilustre familia de los Rhéteau de Commarin extendía su lujuriosa vegetación. El viejo gentilhomme no dejó entrever las crueles aprensiones que le asaltaban. No parecía ni irritado ni abatido. Sólo sus ojos reflejaban una altanería más desdeñosa que de costumbre y una seguridad en sí mismo llena de desprecio a fuerza de ser imperturbable.

—Ahora, vizconde, explícate. Nada voy a decirte de la situación de un padre condenado a enrojecer ante su hijo, pues creo que estás preparado para comprenderla y compadecerla. Ahorrémonos las reticencias e intenta conservar tu calma. Dime, ¿cómo ha llegado hasta tus manos la correspondencia?

También Albert había tenido tiempo para reflexionar y prepararse para el enfrentamiento con su padre en aquellos cuatro días que siguieron a la visita del abogado. La inquietud que se había apoderado de él al pronunciar las primeras palabras había cedido su sitio a una continencia digna y orgullosa. Se expresaba sencilla y limpiamente sin extenderse en detalles fatigosos.

—Padre —empezó—, el domingo por la mañana un hombre joven se presentó aquí diciendo que tenía que comunicarme algo de vital importancia y del más absoluto secreto. Le recibí. Fue él quien me reveló que no soy más que un hijo natural que usted puso por amor en el lugar del hijo legítimo que tuvo con la señora de Commarin.

—¿Y no arrojaste a aquel hombre a la calle?

—No, padre. Iba a replicarle con violencia cuando me presentó un paquete de cartas y me rogó que las leyera antes de responder.

—Tenías que haberlas lanzado al fuego, porque supongo que había fuego. Pensar que las tuviste en las manos y que todavía existen.

—Padre —exclamó Albert con un reproche en su voz.

Y recordando la manera como Noël se había colocado delante de la chimenea y de la expresión de su rostro al hacerlo, añadió:

—Por un momento tuve intención de hacerlo, pero me fue completamente imposible. Además, reconocí a primera vista la escritura de usted. Como no me quedaba otro remedio, leí las cartas y después de hacerlo las devolví al caballero, rogándole que me concediera ocho días. No para reflexionar, porque no había necesidad de hacerlo, sino porque juzgué indispensable hablar antes con usted. Por consiguiente, me veo ahora en la obligación de preguntarle si se llevó a cabo o no la sustitución.

—Sí, ciertamente que sí —respondió violentamente el conde—. Desgraciadamente sí, bien lo sabes, puesto que has leído lo que escribí a la señora Gerdy, tu madre.

Albert ya conocía esta respuesta, la estaba esperando. Sin embargo, le hirió profundamente.

— Perdóneme, padre. Estaba convencido de ello pero tenía que asegurarme. Las cartas que leí exponían claramente su decisión detallando minuciosamente su plan y ninguna indicaba ni probaba que su proyecto hubiera sido ejecutado.

El conde miró a su hijo con profunda sorpresa. Tenía presentes todas sus cartas y recordaba que en numerosas ocasiones había escrito a Valérie alegrándose del éxito y agradeciéndole que se hubiera sometido a su voluntad.

—Entonces, no leíste todas las cartas.

—Sí, padre, y con la atención que usted puede suponer. Puedo asegurarle que la última carta que me fue mostrada anunciaba simplemente a la señora Gerdy la llegada de Claudine Lerouge, la nodriza encargada del cambio. No había ninguna otra.

—Eso quiere decir que no existen pruebas materiales —murmuró el conde—. Se puede hacer un plan, acariciarlo largo tiempo y en el último momento abandonarlo; eso sucede a menudo.

Se reprochó haber respondido con tanta rapidez. Albert sospechaba seriamente y él se lo había confirmado de plano. Había cometido un error.

—No hay duda que Valérie destruyó las cartas concluyentes, las que le parecieron más peligrosas, las que le escribí después. Pero, ¿por qué conservar las otras, ya suficientemente comprometidas? Y habiéndolas guardado, ¿por qué desprenderse de ellas?

Albert seguía en pie, inmóvil, esperando una palabra del conde. ¿Cuál sería? Su suerte, sin duda, se estaba decidiendo en aquel momento en el espíritu del viejo.

—Quizá haya muerto —dijo en voz alta el señor de Commarin—. Pobre mujer. Pero no me has dicho, hijo mío, quién te trajo la noticia.

—Vino en su nombre, señor, sin querer comprometer a nadie en este asunto. Aquel joven no era otro que el que yo había sustituido, su hijo legítimo. Noël Gerdy en persona.

Sí, efectivamente, Noël es su nombre, lo recuerdo muy bien.

Y con voz incierta añadió:

—¿Te habló de su madre, es decir, de tu madre?

—Apenas si lo hizo, padre. Únicamente me dijo que venía por su propio pie y que había sido la casualidad la que le había descubierto el secreto que acababa de revelarme.

El señor de Commarin no replicó. No necesitaba saber nada más. Reflexionaba. Había llegado el momento decisivo y no veía medio alguno para retrasarlo.

—Bien, hijo mío —dijo con un tono afectuoso que sorprendió a Albert—. Pero no estés de pie, siéntate aquí, a mi lado, y hablemos. Unamos nuestros esfuerzos para evitar, si es posible, una desgracia. Háblame con toda confianza, como un hijo a su padre. ¿Has pensado lo que vas a hacer? ¿Has tomado alguna decisión?

—Me parece, padre, que no hay duda posible respecto a lo que hay que hacer.

—¿Cómo lo ves, tú?

—Mi deber, padre mío, está claro. Creo que debo retirarme ante su hijo legítimo sin quejarme. Que venga aquí, estoy dispuesto a devolverle todo lo que, sin lugar a dudas, le he robado desde hace tiempo. El afecto de su padre, la fortuna y el nombre.

El viejo caballero ante esta respuesta tan digna no supo guardar la calma que al principio había recomendado a su hijo. Su rostro enrojeció y rompió la mesa de un furioso puñetazo. Él, siempre tan mesurado y tan conveniente, pronunció las blasfemias de más baja estofa que cuadrarían en boca de un suboficial de caballería.

—Pues tengo que decirte, vizconde, que lo que pretendes no sucederá nunca. Lo que está hecho, hecho está. Pase lo que pase, entiéndelo bien, las cosas seguirán como hasta ahora. Esta es mi voluntad. Eres vizconde de Commarin y lo seguirás siendo pese a ti mismo si es necesario. Lo serás hasta tu muerte o al menos hasta la mía, ya que nunca, mientras viva, tu insensato proyecto se realizará.

—Sin embargo, padre... —empezó a decir Albert.

—No sé cómo tienes la osadía de interrumpirme mientras hablo. ¿Crees que no sé lo que vas a decirme? Pretendes insinuar que es una injusticia repugnante, una odiosa expoliación. Estoy de acuerdo contigo y soy el primero en lamentarlo. ¿Crees que es sólo ahora que lamento la locura de mi juventud? Hace veinte años que lamento no tener a mi hijo legítimo. Veinte años que maldigo la iniquidad de que es víctima. Y sin embargo, he sabido callarme y ocultar los pesares y los remordimientos que erizan de espinas mi corazón, y en un momento tu estúpida resignación haría inútiles mis largos sufrimientos. No, no estoy dispuesto a permitirlo. ¿Crees que no he llorado ante el recuerdo de mi hijo legítimo que ha pasado su vida luchando contra la mediocridad? ¿Crees que no he tenido deseos de una reparación? Ha habido días en que habría dado la mitad de mi fortuna tan sólo para poder abrazar al hijo de una mujer que no supe apreciar lo bastante. El temor de manchar con una sospecha tu origen me ha retenido. Me he tenido que sacrificar por el nombre de Commarin que llevo. Lo he recibido de mis padres sin mancha y sin mancha quiero que lo legues a tus hijos. Tu primera reacción ha sido bella, generosa, caballeresca, pero tienes que olvidarla. ¿Has pensado en el escándalo que se produciría si nuestro secreto llegara a ser del dominio público? ¿No adivinas la alegría de nuestros enemigos, esos nuevos ricos que nos rodean? Me estremezco sólo de pensar en el odioso ridículo que caería sobre nuestro nombre. Demasiadas familias ya han manchado con barro su blasón. No quiero que esto suceda en la mía.

El señor de Commarin se interrumpió durante algunos minutos sin que Albert osase tomar la palabra, tan habituado estaba desde su infancia a respetar las menores voluntades del terrible caballero.

—No hay transacción posible. ¿Puedo, mañana, renegar de ti y presentar a Noël como mi hijo? ¿Puedo decir: perdonen ustedes, ése no era el vizconde, era el otro? Tendrían que intervenir los tribunales. La cosa no tiene importancia si uno se llama Benoit, Durand o Bernard. Pero cuando uno se ha llamado por un solo día Commarin, debe llamarse así toda la vida. La moral no es la misma para todos porque no todos tienen los mismos deberes. En nuestra situación, los errores son irreparables. Armate, pues, de valor y muéstrate digno del nombre que llevas. La tempestad ha estallado. Hagámosle frente.

—No soy yo, el expoliador, quien me quejo. No es a mí a quien hay que convencer sino a Noël Gerdy.

—¿Noël? —preguntó el conde.

—Su hijo legítimo, sí padre. Usted me trata, en este momento, como si la solución de este desgraciado asunto dependiera exclusivamente de mi voluntad. Pero ¿cree usted que Noël Gerdy será tan fácil de convencer? Y si él levanta la voz, ¿espera conmoverle con las consideraciones que me acaba de exponer?

—No lo dudo ni un momento.

—Pues se equivoca usted, padre, permítame que se lo diga. Suponga que este joven tiene un alma lo suficientemente honrada como para no desear ni su rango ni su fortuna. Pero debe usted pensar que en su interior se ha ido acumulando la hiel. No puede dejar de tener un cruel resentimiento por la horrible injusticia de la que ha sido víctima. Debe desear apasionadamente una venganza, es decir, una reparación.

—Pero no tiene pruebas.

—Tiene sus cartas, padre.

—Tú mismo has dicho que no son decisivas.

—Cierto, y, sin embargo, me han convencido a mí, que no tenía ningún deseo de ser convencido. Además, si necesita testigos seguro que los encontrará.

—¿Quién, vizconde? Tú, sin duda.

—Usted mismo, padre. El día que quiera usted mismo nos traicionará. Basta con que le requiera ante los tribunales: una vez allí, bajo juramento, si se le pida que diga la verdad, ¿qué dirá usted?

—Salvaré el nombre de mis antepasados.

—¿Al precio de perjurio? Lo dudo. Y suponiendo que suceda así, entonces Noël requerirá a la señora Gerdy.

—Respondo de ella. Sus intereses la hacen nuestra aliada. Si fuera necesario iría a verla. Te garantizo que no nos traicionará.

—¿Y cree usted que Claudine callará también?

—Por dinero, sí, y yo le daré todo lo que pida.

—¿Y usted se fía, padre, de un silencio pagado? Como si se pudiera estar seguro de una conciencia comprada. Quien se ha vendido a usted, puede venderse a otro. Una determinada suma de dinero puede cerrarle la boca, pero otra mayor puede abrísela.

—Sabré convencerla.

—Olvida usted, padre, que Claudine Lerouge fue la nodriza de Noël y que se interesa por su felicidad, que le quiere. Quién sabe si ya se ha asegurado su colaboración. Vive en Bougival, recuerdo haber ido con usted. Sin duda Noël la veía a menudo. Quizá haya sido ella misma quien le ha puesto sobre la pista de su correspondencia. Me habló de ella como si estuviera seguro de que le ayudaría. Casi me propuso que fuera a informarme con ella.

—Si en vez de Germain fuera ella quien hubiera muerto... —suspiró el conde.

—¿Lo ve, padre? Claudine Lerouge puede hacer vanos todos sus proyectos.

—No será así. Encontraré una u otra solución.

El obcecado caballero no quería rendirse a la evidencia. Desde hacía una hora divagaba. El orgullo que sentía de su sangre paralizaba la sensatez y oscurecía su lucidez. Confesarse vencido por una necesidad de la vida le humillaba, le parecía vergonzoso, indigno de él. No recordaba en su larga carrera haber encontrado ninguna resistencia invencible ni ningún obstáculo absoluto.

Esta vez fue Albert quien interrumpió un silencio que amenazaba con prolongarse:

—Creo darme cuenta de que usted teme por encima de todo a la publicidad que pueda traer consigo esta lamentable historia. El posible escándalo le desespera. Pues bien, el escándalo sólo se producirá si nos obstinamos en luchar. Si mañana se pone en circulación una instancia, el proceso a que dé lugar será dentro de pocos días tema de conversación de Europa entera. Los periódicos se harán cargo de los hechos y sabe Dios qué comentarios publicarán. Si aceptamos luchar, nuestro nombre, pase lo que pase, aparecerá en todas las publicaciones del universo, y si al menos tuviéramos la seguridad de ganar. Pero perderemos, padre, estoy convencido de ello, y entonces imagínese usted el estallido. Piense en lo que dirá la opinión pública.

—Pienso tan sólo que para hablar de este modo debes sentir muy poco respeto y afecto por mí.

—Considero mi obligación, padre, evidenciarle todas las desgracias que podemos provocar con nuestra actuación. Noël Gerdy es su hijo legítimo, reconózcalo. Acoja sus justas pretensiones. Que venga. Podemos, en silencio, hacer rectificar los estados civiles. Será fácil culpar del error a una nodriza, a Claudine Lerouge por ejemplo. Si todos nos ponemos de acuerdo no habrá la menor objeción. ¿Qué puede impedir entonces al nuevo vizconde de Commarin ausentarse de París y hacerse olvidar? Puede viajar por Europa durante tres o cuatro años y al cabo de este tiempo todo se habrá olvidado y nadie se acordará de mí.

El señor Commarin no le escuchaba. Estaba reflexionando.

—En vez de luchar, vizconde, podemos transigir. Podemos comprar las cartas. ¿Qué quieres Noël? Fortuna y posición. Le aseguraré ambas cosas. Le haré tan rico como desee. Le daré un millón de francos, si es necesario dos, tres, la mitad de lo que poseo. Con el dinero todo se arregla.

—Pero se trata de su hijo, padre.

—Desgraciadamente. Pero estoy seguro de que transigirá. Le haré ver que es inútil luchar contra nosotros.

El conde se frotaba las manos satisfecho. Estaba contento con la idea de la transacción, no podía fallar. Una multitud de argumentos lo demostraban. Estaba dispuesto, pues, a comprar la tranquilidad perdida. Pero Albert no parecía compartir las esperanzas de su padre.

—No quisiera desengañarle, pero me gustaría que se olvidara de ello. He visto a Noël Gerdy y no creo que sea un hombre fácilmente intimidable. Si hay una naturaleza enérgica, es la suya. No se puede negar que es su hijo, y su mirada, como la suya, anuncia una voluntad de acero que se puede romper pero no doblegar. Todavía oigo su voz temblorosa de resentimiento; veo todavía el fuego sombrío de sus ojos. No, no creo que transija, lo quiere todo o nada. Y no puedo dejar de pensar que no se equivoca. Si usted se resiste, padre, le atacará sin ninguna consideración. Se lanzará contra usted con el más terrible encarnizamiento, arrastrándole a usted de jurisdicción en jurisdicción. Únicamente se detendrá ante la derrota definitiva o ante el completo triunfo de su causa.

Acostumbrado a la absoluta obediencia, casi pasiva, de su hijo, el viejo caballero se sorprendió ante aquella firme oposición.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que me sentiría despreciable si no le ahorrara a usted, en su vejez, las peores calamidades. Su nombre no me pertenece, a partir de ahora recuperaré el mío. Soy su hijo natural, cederé el sitio a su hijo legítimo. Permítame que me retire con los honores del deber libremente cumplido y no me haga esperar a que una orden de los tribunales me eche de su lado vergonzosamente.

—¿Cómo? —dijo el conde atónito—. ¿Me abandonas? ¿Renuncias a sostenerme, te vuelves contra mí? ¿Reconoces los derechos del otro contra mi voluntad?

Albert se inclinó. Estaba transido de emoción, pero su decisión era firme.

—Mi resolución es irrevocable —respondió—, y no consentiré en despojar a su hijo.

—¡Desgraciado! —gritó el señor de Commarin—. ¡Hijo ingrato!

Su cólera era tal, que en su impotencia por traducirla en injurias estalló en carcajadas.

—Eres noble, eres generoso, lo que haces es muy caballeresco, vizconde. Perdón, quise decir Albert Gerdy. ¿Así es que renuncias a mi nombre, a mi fortuna, y te vas? Te sacudirás el polvo de los zapatos en el umbral de mi mansión y te lanzarás al mundo. No veo en ello más que una dificultad: ¿cómo vivirá usted, señor filósofo estoico? ¿Encontrarás una posición tan fácilmente como el Émile del señor Jean-Jacques? ¿O bien, mi excelente señor Gerdy, ha realizado usted economías con los cuatro mil francos que yo le daba al mes para engomar sus bigotes? ¿O es que ha ganado en la bolsa? Supongo que mi nombre debe ser demasiado pesado puesto que te lo quitas de encima con tanta facilidad. El fango del arroyo debe atraerte puesto que bajas del coche tan deprisa. ¿O será, por casualidad, que la compañía de mis iguales te molesta hasta tal punto que quieres desembarazarte de ellos para encontrar a tus iguales? Dime, ¿de qué vivirás?

—No soy tan romántico como usted quiere hacerme, padre. Tengo que confesar que para el futuro contaba con su bondad. Es usted tan rico que medio millón de francos no disminuirán sensiblemente su fortuna y con las rentas de esa cifra yo podría vivir tranquilo, si no feliz.

—¿Y si me negara a darte este dinero?

—Le conozco demasiado, padre, y sé que no lo hará. Es usted demasiado justo para querer que expie sólo unos errores que no he cometido. Si usted no

me ayuda, intentaré hacerme una posición, aunque sea tarde para ello a mi edad.

—Maravilloso —interrumpió el conde—, todo esto es maravilloso. Nunca había oído hablar a semejante héroe de novela. Te comportas como un romano puro, como un endurecido espartano. Tu actitud es digna de la Antigüedad. Sin embargo, di: ¿qué esperas obtener con este sorprendente desinterés?

—Nada, padre.

El conde se encogió de hombros mirando irónicamente a su hijo.

—La compensación es poca —dijo—. ¿Pretendes hacérmelo creer? No creo que nadie haga tan buenas acciones sólo por placer. Para actuar de este modo debes de tener alguna razón que se me escapa.

—Ninguna razón que no le haya dicho, padre.

—Entonces, según veo, renuncias a todo. ¿Abandonas incluso tus proyectos de matrimonio con Claire d'Arlange, o es que olvidas este matrimonio al que yo me he negado durante dos años?

—No, padre. He hablado con Claire y le he explicado esta situación: pase lo que pase será mi mujer, me lo ha prometido.

—¿Y crees que la señora d'Arlange casará su nieta con un tal Gerdy?

—Así lo esperamos, padre. La marquesa está tan obsesionada por la nobleza como para preferir el bastardo de un caballero al hijo de un honorable industrial. Si a pesar de todo se negase, esperaríamos su muerte sin desearla.

El tono reposado de Albert enojó todavía más al conde de Commarin.

—¡Qué sangre debes llevar en tus venas! Sólo tu madre podría decirlo, si es que a pesar de todo lo sabe.

—Señor —le interrumpió Albert con tono amenazador—, señor, mida usted sus palabras. Es mi madre y basta. Soy su hijo, no su juez. Nadie le faltará al respeto delante de mí, no voy a permitirlo, y menos todavía se lo permitiré a usted.

El conde hacía heroicos esfuerzos para no dejarse arrastrar por su cólera. La actitud de Albert le sacó de sus casillas. Su hijo se rebelaba contra él y osaba bravuconear en su cara, amenazarle. El viejo caballero se levantó de su sillón y avanzó hacia su hijo como para golpearle.

—¡Vete de mi vista! —gritó con voz estrangulada por el furor—. ¡Sal inmediatamente! Retírate a tus aposentos y no salgas sin mi permiso. Mañana te daré a conocer mi voluntad.

Albert saludó respetuosamente pero sin bajar los ojos y se encaminó hacia la puerta. Cuando la estaba abriendo, el señor de Commarin tuvo uno de esos cambios tan habituales en los caracteres violentos.

—Albert —dijo—, vuelve, escúchame.

El joven se volvió singularmente afectado por el cambio de tono.

—No te irás sin que te diga lo que pienso. Eres digno de ser el heredero de una gran casa. Yo puedo estar irritado contigo, pero no puedo dejar de estimarte. Eres un hombre honesto, Albert, deja que estreche tu mano.

Después de aquel momento de ternura, el conde volvió a sentarse bajo el árbol genealógico.

—Y ahora te rogaré que me dejes, Albert. Necesito estar solo para reflexionar, para acostumbrarme a esta terrible situación.

Y cuando su hijo ya había salido, añadió, respondiendo a sus más secretos pensamientos:

—Si éste en quien he puesto mis esperanzas me deja, ¿qué va a ser de mí? ¿Cómo será el otro?

Después de la violenta entrevista con su padre, Albert subió las escaleras apesadumbrado. Su pensamiento volaba hacia Claire. ¿Qué debía estar haciendo en aquel momento? Seguramente estaría pensando en él. La muchacha sabía que aquella noche o mañana a más tardar se produciría la crisis. Albert

se sentía roto, dolido, la cabeza estaba a punto de estallarle. Llamó a los criados y pidió té.

—El señor vizconde hace mal en no llamar al médico —le dijo su ayuda de cámara—. Mi deber sería desobedecer al señor e ir en su busca.

—Sería inútil —respondió tristemente Albert—. Nada podría el médico contra mi mal.

Cuando el criado iba a retirarse, Albert añadió:

—No digas a nadie que no me encuentro bien, Lubin, no será nada. Si me encontrara peor, te avisaría.

En Sainte Clotilde dieron las doce de la noche. Albert se estremeció. Tenía frío. Se sentó junto al fuego, tomó un periódico de la noche, pero no pudo leer ni una sola palabra. Entonces decidió escribir a Claire. Se sentó a la mesa y escribió: «Amada Claire...», pero le fue imposible continuar puesto que su cerebro trastornado no encontraba las palabras. Por último, cuando despuntaba el día, la fatiga le venció. Un sueño pesado, poblado de fantasmas, le sorprendió en el diván en el que se había recostado.

A las nueve y media fue despertado por el ruido de una puerta que se abría violentamente. Entró un criado jadeante por haber subido las escaleras de cuatro en cuatro, que apenas pudo articular:

—Señor, rápido, váyase, ocúltese, sálvese. Están aquí, es...

En la puerta de la biblioteca apareció un comisario de policía seguido de varios hombres entre los cuales se podía ver a Tabaret. El comisario avanzó hasta Albert.

—¿Es usted —le preguntó— Guy-Louis-Marie-Albert de Rhéteau de Commarin?

—Sí, señor.

El comisario extendió la mano al tiempo que pronunciaba la fórmula sacramental:

—En nombre de la ley, señor de Commarin, queda usted detenido.

—¿Yo?

Albert, bruscamente arrancado de su penoso sueño, parecía no comprender nada de lo que sucedía. Paseó una mirada estúpida a fuerza de sorpresa por el rostro del comisario y de sus hombres.

—Aquí está la orden —añadió el comisario tendiéndole un papel.

Maquinalmente, Albert lo tomó y lo leyó.

—¡Claudine asesinada!

Y en voz muy baja, pero lo suficientemente clara como para ser oída por el comisario, por uno de los agentes y por Tabaret, añadió:

—Estoy perdido.

Mientras que el comisario de policía llevaba a cabo el sumario interrogatorio formal que sigue de inmediato a todas las detenciones, los agentes se distribuyeron por el apartamento y llevaron a cabo un minucioso registro. Habían recibido la orden de obedecer en todo y por todo a Tabaret y él era quien guiaba la pesquisa, quien hacía registrar los cajones y los armarios y abrir todos los muebles. Encontraron gran número de objetos de uso personal del vizconde, títulos, manuscritos y una correspondencia voluminosa. Con gran alegría, Tabaret halló determinados objetos que fueron cuidadosamente descritos en el proceso verbal:

Primero. — En la primera pieza que sirve de vestíbulo, adornada con todo tipo de armas, detrás de un diván, un florete roto. Esta arma tiene una empuñadura particular y no se encuentra habitualmente en los comercios. Lleva una corona de condé con las iniciales A. C. Este florete ha sido partido por la mitad y ha sido imposible hallar la punta. Interrogado el señor de Commarin ha declarado no saber nada respecto a dicha punta.

Segundo. — En un gabinete que sirve de vestuario: unos pantalones de tela negra todavía húmedos, con restos de barro o tal vez de tierra. En uno de

los lados, hay huellas de musgo como el que crece en las paredes. En su parte delantera presentan diversas raspaduras y un desgarrón de unos diez centímetros en la rodilla. Los susodichos pantalones no estaban colgados en la percha, sino que parecían haber sido ocultados entre dos grandes maletas.

Tercero. — En el bolsillo de los pantalones más arriba descritos se encontraron unos guantes gris perla. El guante derecho presentaba una amplia mancha verdosa producida por hierba o musgo. El extremo de los dedos aparecía desgastado por un roce. Se pueden ver en el dorso de dichos guantes raspaduras que parecen haber sido producidas por unas uñas.

Cuarto. — Dos pares de botines, de los cuales uno, a pesar de haber sido limpiado con betún está todavía muy húmedo. Un paraguas recientemente mojado cuya punta está manchada de barro blanco.

Quinto. — En una vasta sala llamada «biblioteca», una caja de cigarros marca «Trabucos» y sobre la chimenea diversas boquillas de ámbar o de espuma...

Una vez registrado este último artículo, Tabaret se dirigió al comisario de policía:

—Tengo todo lo que necesito —le dijo al oído.

—Yo también he terminado —respondió el comisario—. Este muchacho no tiene aguante. ¿Le ha oído usted? Se ha vendido a las primeras de cambio.

Albert empezaba a volver en sí del estupor en que le había sumergido la entrada del comisario.

—Señor comisario —pidió—, antes de marcharnos, ¿podré decir algunas palabras al conde de Commarin? Soy víctima de un error que pronto será aclarado.

—¡Todo son errores! —murmuró Tabaret.

—Lo que usted me pide es imposible —contestó el comisario—. Tengo órdenes especiales muy severas. No puede hablar con nadie. Abajo nos espera un coche, así es que si hace el favor de seguirme...

Al cruzar el vestíbulo, Albert se percató de la agitación de los sirvientes y antes de salir pudo oír que el conde de Commarin había sufrido un ataque de apoplejía. Casi a rastras, llevaron al vizconde al fiacre, que partió a trote lento. Un coche más rápido llevó a Tabaret al juzgado.

CAPÍTULO IX

Cuando alguien se arriesga a penetrar en el dédalo de corredores y de escaleras del Palacio de Justicia y sube hasta el tercer piso del ala izquierda, se encuentra con una larga galería muy baja de techo, mal iluminada por estrechas ventanas y sembrada, a derecha e izquierda, de puertas. Es un lugar que difícilmente puede juzgarse con frialdad pues la imaginación siempre lo hace sombrío y triste.

Cada una de aquellas puertas, que tiene un número pintado en negro, es un despacho del juez de instrucción. Todas las habitaciones se parecen y quien conozca una las conoce todas. Nada hay en ellas de terrible ni de lúgubre, y sin embargo, es difícil entrar sin un escalofrío. Hace frío, las paredes parecen húmedas por las lágrimas que allí dentro se han vertido. El visitante se estremece cuando piensa en las confesiones que allí han sido murmuradas entre sollozos.

El despacho del juez Daburon era el número quince. Daburon había llegado a las nueve de la mañana y desde entonces esperaba. Además de la orden de detención contra Albert, había expedido citaciones inmediatas para el conde de Commarin, la señora Gerdy, Noël y algunos de los criados de Albert.

Esperaba poder interrogar a toda aquella gente antes de que llegase el sospechoso. Por orden suya, diez agentes se habían puesto en movimiento mientras él permanecía en su despacho como un general del ejército que acaba de enviar a sus ayudantes de campo a la batalla y que espera la victoria de su estrategia. A menudo, en horas semejantes había estado en su despacho a la espera del culpable, pero nunca había experimentado una trepidación interior tan fuerte. Y, sin embargo, en numerosas ocasiones había ordenado detenciones sin poseer ni la mitad de los indicios que poseía en el presente caso.

Llamaron a la puerta. Era el escribano que había requerido. Éste saludó al juez y se excusó por su retraso.

—Llega usted a tiempo, todavía. Ésta va a ser una mañana laboriosa, ya puede ir preparando papel.

Cinco minutos después, el ujier de servicio introdujo a Noël Gerdy. Entró con aire de persona que está acostumbrada a este tipo de visitas, pues como abogado que era conocía el Palacio y su sistema. En nada se parecía, aquella mañana, al amigo de Tabaret y más difícil hubiera resultado identificar en él al amante de Juliette. Era otro, o mejor dicho, era el de siempre. Era el hombre oficial quien se presentaba, el hombre que conocían sus compañeros de profesión, que apreciaban sus amigos y a quien quería el círculo de sus relaciones. Nadie podría adivinar por su correcta manera de vestir ni por su aire reposado que después de una velada de violencias y emociones y de una furtiva visita a su amante había pasado la noche en la cabecera de una mujer agonizante.

—Me ha hecho usted llamar, señor —dijo—. Estoy por completo a su disposición.

El juez de instrucción conocía de vista al joven abogado. Además, recordaba haber oído hablar de Gerdy como hombre de talento y de porvenir cuya reputación empezaba a ser conocida. Le acogió, pues, como a un colega. Una vez liquidados los preliminares de toda declaración, nombre, apellidos, lugar de nacimiento, edad, el juez preguntó a Noël:

—¿Le han comunicado ya, señor Gerdy, cuál es el asunto que me obliga a hacerle declarar?

—Sí señor, el asesinato de aquella pobre mujer en La Jonchère.

Precisamente —respondió Daburon, y acordándose de la promesa que había hecho a Tabaret, añadió—: Si la justicia le ha relacionado a usted tan

pronto, es debido a que hemos encontrado su nombre repetido varias veces en los papeles de la viuda Lerouge.

—No me sorprende en absoluto —respondió el abogado—, estaba relacionado con esta buena mujer porque había sido mi nodriza y sé que la señora Gerdy le escribía a menudo.

—Muy bien. Entonces es posible que usted sepa algo.

—Poca cosa puedo decirle de la pobre señora Lerouge. Dejó muy pronto de ser mi nodriza y sólo he tenido algunos contactos con ella cuando me pedía ayuda.

—¿No iba usted nunca a visitarla?

—Sí, fui algunas veces, pero no estuve en su casa más que algunos minutos. La señora Gerdy la veía más a menudo y era a ella a quien la pobre mujer confiaba todos sus asuntos. Ella le habría orientado mejor que yo.

—Sí, también está citada y espero hablar con ella de inmediato.

—Lo siento, señor, pero esto va a ser imposible pues la señora Gerdy está enferma en cama.

—¿Es grave?

—Tan grave que lo prudente sería renunciar a su declaración. Es víctima de una enfermedad que en la opinión de mi amigo el doctor Hervé no perdona. Es algo así como una inflamación de cerebro, una encefalitis, si no me equivoco. Quizá pueda salvar su vida, pero no su razón. Si no muere, se volverá loca.

Daburon pareció vivamente contrariado.

—No contaba con eso —murmuró—. ¿Y cree usted, mi querido abogado, que es imposible obtener nada de ella?

—Completamente imposible. Cuando la he dejado, estaba en un estado de postración tal que daba a entender que no pasaría de hoy.

—¿Cuándo cayó enferma?

—Ayer por la noche.

—¿De repente?

Sí señor, en apariencia por lo menos, ya que tengo poderosas razones para creer que hacía al menos tres semanas que sufría. Pero fue ayer, al levantarse de la mesa casi sin comer apenas, cuando tomó un periódico y por un desagradable azar leyó el relato del crimen. Casi en el acto dio un terrible grito y rodó por el suelo murmurando: «¡Oh, el desgraciado, el desgraciado!»

—Querrá decir usted, la desgraciada.

—No señor, lo oí perfectamente. Evidentemente, esta exclamación no se refería a mi pobre nodriza.

—¿Qué sucedió después? —preguntó el juez.

—Aquellas palabras fueron las últimas que pronunció la señora Gerdy. Con la ayuda de una criada la llevé a la cama, llamé al médico, pero ya no volvió en sí. El doctor...

—Bien, bien —interrumpió Daburon—, dejemos eso, al menos por el momento. Ahora, dígame: ¿conoce usted algún enemigo de la viuda Lerouge?

—Ninguno.

—¿No tenía enemigos? Bueno, y dígame usted, ¿existe alguien que usted conozca que tenga interés especial en la muerte de esta pobre vieja?

El juez de instrucción, al formular esta pregunta tenía sus ojos clavados en los de Noël para examinar su reacción.

El abogado se estremeció y pareció vivamente impresionado. Había perdido su sangre fría y parecía como si en su interior se estableciera una lucha entre sentimientos opuestos.

—No, nadie.

—¿Está usted seguro? ¿Está seguro de no conocer a nadie a quien este crimen aproveche o pueda aprovechar? ¿Nadie en absoluto?

—Lo único que sé, señor juez, es que esta muerte me causa un perjuicio irreparable.

«Por fin, pensó Daburon, ya hemos llegado a lo de las cartas sin necesidad de comprometer al pobre Tabaret. Hubiera sido desagradable tener que involucrar a un hombre tan gentil y hábil. »

—¿Un perjuicio irreparable, querido abogado? Espero que sea más explícito.

El malestar del que había dado signos Noël reapareció con mucha más intensidad.

—Sé perfectamente, caballero —respondió—, que debo decir a la justicia no sólo la verdad sino toda la verdad. Sin embargo, hay circunstancias tan delicadas en que la conciencia de un hombre de honor ve un peligro. Además, es cruel verse obligado a levantar el velo que cubre dolorosos secretos y cuya revelación puede, según cómo...

Daburon le interrumpió con un gesto. El triste acento de Noël le había impresionado profundamente. Sabiendo con antelación lo que iba a escuchar, sentía lástima por el joven abogado. Se volvió hacia su escribano:

—Constant —dijo con una determinada inflexión de voz.

Aquella entonación debía ser como una señal puesto que el escribano se levantó pausadamente, se puso la pluma detrás de la oreja y salió con paso lento. Noël pareció sensible a la delicadeza del juez de instrucción. Su rostro expresó el más vivo reconocimiento.

—Le agradezco —dijo, conteniendo un suspiro— su generosa atención. Lo que tengo que decir es penoso pero ante usted no lo será tanto.

—No tema, mi querido amigo —respondió el juez—, sólo utilizaré aquella parte de su declaración que crea imprescindible.

—No me siento dueño de mí mismo —empezó Noël—. Le ruego, pues, que sea indulgente conmigo si se me escapa alguna palabra teñida de amargura. Hasta hace poco creía ser hijo del amor, mi historia es corta, tenía una honorable ambición y había trabajado. Cuando no se tiene un nombre, hay que hacérselo. He llevado una vida oscura, retirada y austera como aquellos que, surgiendo de la nada, quieren llegar muy alto. Yo adoraba a la que creía mi madre y estaba convencido de que ella me amaba. La mancha de mi nacimiento me había producido algunas humillaciones que en mi fuero interno yo despreciaba. Fue entonces cuando la providencia hizo caer en mis manos todas las cartas que mi padre, el conde Commarin, escribió a la señora Gerdy mientras duró su unión. De la lectura de estas cartas obtuve la convicción de que la señora Gerdy no era mi madre.

Y sin dar tiempo a que Daburon replicara expuso los acontecimientos que doce horas antes había narrado a Tabaret. Se trataba de la misma historia, con las mismas circunstancias y la misma abundancia de detalles precisos y concluyentes, pero el tono había cambiado. Mientras que la víspera el joven abogado había sido enfático y violento, en aquel momento era sobrio y contenía su lenguaje. A Tabaret, espíritu vulgar, la exageración de la cólera; a Daburon, espíritu superior, la exageración de la moderación. Así como la víspera parecía rebelarse contra un injusto destino, ahora parecía inclinarse con toda la resignación posible ante una ciega fatalidad. Con gran elocuencia expuso su situación después del descubrimiento.

Para confirmar la certeza moral de su descubrimiento era necesario un testimonio positivo. ¿Podía esperarlo del conde o de la señora Gerdy, cómplices interesados en silenciar la verdad? No, pero contaba con el de la nodriza, pobre mujer que le quería y que, llegada al final de sus días, estaría contenta de descargar su conciencia de un tan pesado fardo... Pero su muerte convertía las cartas que tenía en papel mojado.

Después Noël narró su explicación con la señora Gerdy y fue tan pródigo en detalles con el juez como lo había sido con su vecino. Según su relato, la mujer lo había negado todo. Pero el abogado dio a entender que, derrotada por la evidencia, acabó por confesarlo declarando, sin embargo, que se retractaría de aquella confesión y que lo negaría todo pues estaba dispuesta a cualquier

cosa para que su hijo conservara su situación. De aquella escena databan, según el abogado, los primeros síntomas de aquella enfermedad que estaba acabando con la antigua amante de su padre.

Noël narró después su entrevista con el vizconde de Commarin. En su narración se deslizaron algunas variaciones, pero tan ligeras que el juez no las notó. Por otra parte, nada tenían de desfavorables para Albert. Insistió, por el contrario, en la excelente impresión que guardaba de aquel joven. Ciertamente, había recibido su revelación con desconfianza pero al mismo tiempo con noble firmeza y como lo haría un valiente corazón dispuesto a inclinarse ante la justificación del derecho.

Daburon había escuchado a Noël con gran atención, sin que ni una palabra, ni un gesto, ni un fruncimiento de cejas dejara entrever sus impresiones. Cuando el abogado terminó, dijo:

—¿Cómo es posible, señor Gerdy, que haya podido usted decirme que en su opinión nadie tenía interés en la muerte de la viuda Lerouge?

El abogado no respondió.

—En mi opinión, una vez muerta la viuda Lerouge la posición del vizconde se hace casi inatacable. La señora Gerdy se ha vuelto loca, el conde lo negará todo y las cartas que usted posee no demuestran nada. Hay que reconocer que este crimen favorece mucho al vizconde y que ha sido realizado en un momento extrañamente oportuno.

—Pero, caballero —gritó Noël protestando con toda su energía—, esta insinuación es intolerable.

El juez interrogó severamente la fisonomía del abogado. ¿Hablaba francamente o representaba una generosa comedia? ¿Era cierto que no había tenido sospecha alguna? Noël no se inmutó y acto seguido continuó hablando:

—¿Qué razones podía tener el vizconde para temer por su posición? Yo no le amenacé, ni siquiera indirectamente. No me presenté a él como un desposeído furibundo que quiere que se le restituya todo de inmediato, sino que me limité a exponer los hechos a Albert y a consultarle qué es lo que teníamos que hacer.

—Y él le pidió tiempo.

—Sí. Yo le propuse que me acompañara a casa de la señora Lerouge, cuyo testimonio podría borrar todas las dudas; pareció no comprenderme. Sin embargo, la conocía bien puesto que había ido a su casa con el conde, que solía pagar grandes sumas a mi nodriza.

—¿Cómo se explica usted que el conde no quisiera seguirle?

—Me dijo que antes que nada quería tener una explicación con su padre, que estaba ausente pero que volvería dentro de pocos días. A mí, aquello me convenía porque quería tratar directamente con mi padre. Quería lavar la ropa sucia en familia y sólo deseaba un arreglo amistoso. Aunque tuviera todas las pruebas en mis manos, no me atrevería a iniciar un proceso.

—Entonces, ¿no tenía usted intención de pleitear?

—En absoluto, señor juez. ¿Cree que hubiera estado bien que antes de recuperar el nombre que me pertenece lo ensuciara?

—Esta intención le honra, caballero.

—Creo —respondió Noël— que soy razonable. En el peor de los casos, preferiría dejar mi nombre a Albert. Ciertamente, el nombre de Commarin es ilustre, pero espero que dentro de diez años el mío sea más conocido. Sólo pretendo exigir algunas compensaciones económicas. Nada tengo y a menudo mi carrera se ve obstaculizada por enojosas cuestiones de dinero. Lo que la señora Gerdy debía a la generosidad de mi padre se ha esfumado por completo. Mi educación se ha llevado una gran parte y hace poco tiempo que mi bufete ha empezado a proporcionarme ingresos. La señora Gerdy y yo vivimos muy modestamente. Por desgracia, ella carece del sentido de la economía. En fin, nada tengo que reprocharle. Al principio no pude dominar mi cólera, pero ahora ya no existe el rencor. Cuando me enteré de la muerte de mi nodriza, eché todas mis esperanzas por la borda.

—Se equivoca usted, mi querido amigo, ahora soy yo quien lo dice. Espere usted: quizá antes de que acabe el día pueda usted recuperar todos sus derechos. La justicia, no quiero ocultárselo, cree conocer al asesino de la viuda Lerouge. A estas horas el vizconde Albert ya debe estar detenido.

—¿Cómo? —exclamó Noël lleno de estupor—. Así, pues, es cierto. Temía haber comprendido mal el sentido de sus palabras.

—Me ha comprendido bien, abogado Gerdy. Le agradezco sus sinceras y leales explicaciones, pues han facilitado mi labor. Mañana, pues hoy no dispongo de tiempo, pondremos en regla su declaración. No me queda más que pedirle que me dé las cartas que usted posee y que me son indispensables.

—Antes de una hora las tendrá.

Noël salió del despacho después de haber expresado cálidamente su gratitud al juez de instrucción. De haber estado menos preocupado, hubiera descubierto a Tabaret en el extremo del pasillo, que llegaba corriendo.

No se había parado todavía su coche ante la verja del Palacio de Justicia cuando nuestro hombre ya estaba en el patio subiendo las escaleras. Al verle subir las de cuatro en cuatro nadie hubiera sospechado que aquel hombrecillo pasaba ampliamente de los cincuenta.

Atravesó la galería en dos saltos y entró como una tromba en el despacho del juez de instrucción apartando de un empujón, sin ni siquiera pedirle perdón —él, siempre tan educado—, al metódico escribano que regresaba de dar un paseo por la sala de los Pasos Perdidos.

—¡Lo tenemos! —gritó en el umbral—. ¡Lo tenemos cogido, atado, embalado, empaquetado! ¡Tenemos a nuestro hombre!

El viejo Tabaret, más Tiraclair que nunca, gesticulaba con una vehemencia tan cómica y con unas contorsiones tan singulares que el serio escribano esbozó una sonrisa que se reprocharía a la hora de acostarse.

Pero Daburon, todavía bajo el peso de la declaración de Noël, se sintió contrariado por aquella alegría intempestiva que, sin embargo, le traía la seguridad. Miró severamente a Tabaret y le dijo:

—Hable más bajo, caballero. Modérese usted.

En otro momento, el buen hombre se hubiera sentido consternado por merecer tal reprimenda, pero en aquel momento las palabras del juez resbalaron sobre su júbilo.

Moderación no me falta, gracias a Dios —contestó—, pero es que nunca había visto nada parecido. Todo lo que había anunciado ha sido encontrado: florete roto, guantes grises con raspaduras, boquilla, no falta nada. Le traigo todo eso y muchas cosas más. Cada uno tiene su sistema y parece que el mío no es malo del todo, y en este caso se ve el triunfo de mi método que tantas ironías provoca a Gévrol. Daría cien francos para que estuviera aquí. Pero no, mi amigo Gévrol persigue todavía al hombre de los pendientes.

—Bien, querido Tabaret. Seamos serios y procedamos con orden.

—¿Para qué? —repuso el hombrecillo—. Este asunto está concluido. Cuando se lo traigan, enséñele solamente las raspaduras que extrajimos de las uñas de la víctima y sus guantes y le tendrá absolutamente derrotado. Estoy convencido de que confesará. Además, si lo hace, salvará su cuello. Estas gallinas mojadas del jurado son muy capaces de otorgarle circunstancias atenuantes.

El señor Daburon se había resignado a dejar pasar aquella tromba de palabras. Cuando la exaltación del buen hombre se calmó, decidió interrogarlo. Y todavía tuvo dificultades para obtener detalles precisos sobre la detención, detalles que confirmaría más tarde el informe del comisario. El juez pareció sorprendido al saber que Albert, a la vista de la orden de detención, había exclamado: «¡Estoy perdido!»

—Esto lo cambia todo —murmuró el juez.

—Ciertamente —murmuró Tabaret—. En su estado normal nunca hubiera dejado escapar estas palabras que le pierden. Si lo hizo fue porque le cogimos cuando no estaba despierto del todo. No se había acostado. Había dormitado sobre un canapé. Tuve el cuidado de dejar escapar a un doméstico, pero le

seguí muy de cerca. Todos mis cálculos dieron resultado, pero no tema usted; encontrará una explicación plausible a su exclamación. Debo añadir que a su lado, en el suelo, hemos encontrado un ejemplar muy arrugado de la «Gazette de France» de la víspera que traía la noticia del asesinato. Esta será la primera vez en que una noticia periodística hace que un culpable se descubra.

—Sí, tiene usted razón —murmuró el juez pensativo—. Es usted un hombre admirable, señor Tabaret—. Y en voz más alta añadió—: He podido comprobarlo. Noël Gerdy acaba de salir de mi despacho.

—Entonces, ¿ha visto usted a Noël? —gritó el hombrecillo.

Al mismo tiempo, toda su vanidosa satisfacción desapareció. Una nube de inquietud veló su rostro.

—Noël aquí —repitió. Y tímidamente preguntó—: ¿Qué es lo que sabe?

—Nada —respondió Daburon—. No he tenido necesidad de hacerle intervenir a usted. Ya le dije que guardaría una discreción absoluta.

—Entonces todo va bien —exclamó Tabaret—. ¿Y qué piensa usted de Noël?

—No hay duda de que se trata de una naturaleza a la vez noble y tierna. Los sentimientos que ha demostrado aquí manifiestan una elevación de espíritu excepcional. En raras ocasiones de mi vida he topado con un hombre que me haya resultado tan simpático. No me extraña que esté usted orgulloso de ser su amigo.

—Ya se lo dije. Éste es el efecto que produce a todos. Yo le aprecio como a un hijo y cuando llegue el día heredará toda mi fortuna, así lo he propuesto en mi testamento. Hay también un párrafo dedicado a la señora Gerdy que voy a eliminar rápidamente.

—La señora Gerdy dentro de poco no tendrá necesidad de nada.

—¿Cómo, acaso el conde...?

—Se está muriendo y no creo que acabe el día de hoy, al menos así me lo ha dicho el señor Gerdy.

—¡Dios mío! Noël debe estar desesperado. No, tal vez no, pues al fin y al cabo no es su madre. Así es que estará moribunda. Y pensar que antes de desprenderla la estimaba mucho. Pobre humanidad. Parece ser que todos los culpables van a pagar su delito el mismo día, puesto que había olvidado informarle que cuando abandonábamos la casa de Commarin he oído que un criado anunciaba a otro que el conde, ante la noticia de la detención de su hijo, sufría un ataque.

—Esto significaría la peor de las catástrofes para el señor Gerdy.

—¿Para Noël?

—Confiaba en la declaración del conde de Commarin para devolverle lo que le pertenece, pero si el conde muere, la señora Gerdy también y muerta ya la señora Lerouge, ¿quién podrá decir si los papeles tienen razón?

—Cierto... —exclamó Tabaret.

Pero no pudo concluir su frase. La puerta del despacho del juez se abrió y el conde de Commarin en persona apareció en el umbral pálido, como uno de aquellos viejos retratos que parecen helados en su marco de oro.

El viejo caballero hizo un gesto con la mano y los dos sirvientes que le habían ayudado a subir hasta la galería, se retiraron.

CAPÍTULO X

Más que el conde de Commarin, era su sombra. Aquella cabeza normalmente tan erguida se inclinaba ahora sobre su pecho. Su porte había desaparecido, sus ojos habían perdido la luz y sus manos temblaban. El violento desorden de su atavío hacía todavía más notorio el cambio que había sufrido. En una sola noche había envejecido veinte años.

—Constant —dijo el juez Daburon—, vaya con el señor Tabaret a buscar noticias de la prefectura.

El escribano salió acompañado por nuestro hombre. El conde, que no había notado su presencia, ni siquiera se percató de su salida. El juez le acercó una silla. El viejo caballero se sentó.

—Me siento débil —dijo como excusándose—, y mis piernas no me sostendrían en pie.

Él, el noble, se excusaba ante un oscuro magistrado.

—Quizá usted esté demasiado indispuesto, señor conde —dijo el juez—, para darme la información que necesito.

—Me siento mejor —respondió el conde—. Me encuentro lo mejor que puedo estar después de tan terrible noticia. Cuando me enteré del crimen del que se acusaba a mi hijo y de su detención, caí fulminado. Yo que me creía fuerte rodé por el suelo. Mis domésticos creyeron que había muerto. Sólo el vigor de mi constitución me ha salvado, según las palabras de mi médico; pero creo que Dios quiere que viva para que apure hasta las heces el cáliz de las humillaciones.

Se interrumpió; se ahogaba. El juez de instrucción permanecía de pie junto a la mesa sin que se atreviera a moverse. Después de algunos instantes de reposo, el conde experimentó una ligera mejoría, puesto que continuó:

—Tenía que suceder, tarde o temprano tenía que suceder. He recibido el castigo que merecía mi pecado de orgullo. Me creía por encima del rayo y lo único que he hecho ha sido atraer la tormenta a mi casa. ¡Albert un asesino! ¡Un vizconde de Commarin ante el tribunal! Castígame a mí, ya que soy el único responsable. Conmigo se extinguen en la ignominia quince siglos de gloria.

Daburon consideraba imperdonable la conducta del conde de Commarin. Había pensado hallarse ante un señor altivo e intratable y se había prometido doblegar su orgullo. Tal vez el plebeyo rechazado antaño por la marquesa d'Arlange guardaba un cierto rencor a la aristocracia.

Había preparado vagamente una alocución algo más que severa con la cual conseguiría doblegar al viejo caballero y hacerle hablar. Pero he aquí que estaba en presencia de un hombre tan arrepentido que su indignación se tornó en profunda piedad y tuvo que preguntarse qué podía hacer para paliar aquel inmenso dolor.

—Escriba usted, señor juez —prosiguió el conde con una exaltación de la que minutos antes no parecía capaz—, escriba mi confesión sin perdonar nada. Ya no necesito gracias ni paliativos. ¿Qué puedo temer ahora? ¡Mi vergüenza es pública! ¿No tendré que comparecer, yo, el conde Rhéteau de Commarin, ante los tribunales para proclamar la infamia de nuestra casa? ¡Todo está perdido, incluso el honor! Escriba, señor juez, que todo el mundo sepa que yo fui el primer culpable, pero que sepan también que ya había sido castigado y que esta última prueba mortal no era necesaria.

El conde se detuvo un momento para condensar sus recuerdos. Después habló con voz más firme:

—Cuando yo tenía la edad que tiene ahora Albert, mis padres me hicieron casar, a pesar de mis súplicas, con la más noble y pura de las muchachas a quien yo hice la más desgraciada de las mujeres. No podía amarla. Por aquel tiempo sentía la más viva pasión por una amante que tenía desde hacía años. La encontraba adorable tanto por su belleza como por el candor de su alma. Se llamaba Valérie. El amor que experimentaba ha muerto en mí, pero cuando pronuncio su nombre algo en mi interior se estremece todavía. A pesar de mi boda, no me resigné a romper con ella. Tengo que decir que Valérie así lo quería. La idea de compartirme con otra le repugnaba. No hay duda de que me amaba; nuestras relaciones continuaron a pesar de todo. Mi mujer y mi amante dieron a luz casi al mismo tiempo. Aquella coincidencia despertó en mí la funesta idea de sacrificar mi hijo legítimo a mi bastardo. Comunicué aquel proyecto a Valérie. Ante mi sorpresa, lo rechazó de plano. En ella se había enraizado ya el instinto de maternidad y no quería separarse de su hijo. He conservado, como un monumento a mi locura, las cartas que me escribió en aquella época. Esta misma noche las he releído. ¿Cómo no me dejé convencer por sus razones y por sus ruegos? Parecía como si ella tuviera un presentimiento de la desgracia que hoy nos aplasta, pero yo tenía un dominio absoluto sobre mi amante: amenazándola con dejarla, con no volverla a ver nunca, acabó por ceder. Un criado mío y Claudine Lerouge se encargaron de la culpable sustitución. Es pues, el hijo de mi amante quien lleva el nombre de vizconde de Commarin y a quien acaban de detener ustedes, hace una hora.

Daburon no esperaba una declaración tan limpia ni, sobre todo, tan rápida. Interiormente se sintió satisfecho por el joven abogado cuyos nobles sentimientos le habían conquistado.

—Así que usted, señor conde, reconoce que Noël Gerdy nació de su legítimo matrimonio y es el único que tiene derecho a llevar su nombre.

—Sí señor. Y con aquella sustitución empezó mi calvario. Al cabo de cierto tiempo alguien me advirtió que Valérie me engañaba desde hacía mucho. Al principio no quise creerlo, aquello me parecía imposible, impensable. Antes hubiera dudado de mí mismo que de ella. La había recogido del arroyo y me lo debía todo. Sin embargo, me informé, la hice vigilar, incluso llegué a espiarla. Aquella desgraciada tenía un amante y lo tenía desde hacía más de diez años. Se trataba de un oficial de caballería, iba de vez en cuando a su casa ocultándose con mil precauciones. De ordinario, solía retirarse alrededor de media noche, pero en ocasiones llegó a pasar la noche allí, y cuando esto sucedía, se retiraba a primeras horas de la mañana. Cuando fue enviado a una guarnición lejos de París, obtuvo permisos para visitarla y durante dichos permisos se encerraba en su casa sin moverse de ella. Una noche, mis espías me previnieron de que estaba en casa de Valérie. Corrí allí. Mi presencia no pareció impresionarla. Me acogió como siempre saltándome al cuello. Iba a decirselo todo cuando descubrí sobre el piano unos guantes de piel como los que suelen llevar los militares. Temiendo que mi cólera me llevara demasiado lejos, huí de la casa sin decir palabra. No volví a verla desde aquel día. Me escribieron pero no leí sus cartas. Intentó entrevistarse conmigo en vano: mis criados tenían consignas de no dejarla entrar. Sufrí lo indecible: tenía aquella mujer clavada en el fondo de mis entrañas, era como una emanación de mí mismo. Al separarme de ella me pareció como si arrancaran un pedazo de mi propia carne. No sabría explicar qué furiosas pasiones provocaba su recuerdo en mí. La despreciaba y la deseaba con igual violencia, la odiaba y la amaba, y en todas partes veía su detestable imagen. Nada pudo hacérmela olvidar, nada me consoló de su pérdida y aquello no era nada todavía. Empecé a tener serias dudas con respecto a Albert. ¿Era yo realmente su padre? ¿Comprende usted cuál era mi suplicio cuando me preguntaba a mí mismo: «¿Quizás he sacrificado a mi hijo legítimo por el hijo de un extraño?» Aquel bastardo que se llamaba Commarin me producía horror, mi afecto por él se había trocado en una invencible repulsión. ¡Cuántas veces, por aquel tiempo, tuve que dominar unos locos deseos de matarlo! Más tarde logré dominar mi aversión hacia él, pero nunca llegué a triunfar del todo. Albert, caballero, era el mejor de los hijos; sin embargo, entre ambos existía una barrera de hielo difícil de explicar. A menudo he estado tentado de dirigirme a los tribunales, confesarlo todo y reclamar a mi heredero auténtico. Sólo el respeto que debo a mi rango me ha detenido. El escándalo me disuadía. Me asustaba ver mi nombre arrastrado por el suelo y ahora resulta que no he podido salvarlo de la infamia.

La voz del viejo caballero expiró con esas palabras. Con gesto desesperado, cubrió su rostro con ambas manos. Dos gruesas lágrimas resbalaron silenciosamente por sus mejillas.

En aquel momento, la puerta del despacho se entreabrió y apareció la cabeza del escribano. Daburon le indicó que volviera a su sitio y dirigiéndose al conde, dijo:

—Caballero, usted ha cometido a los ojos de Dios y a los ojos de la sociedad una falta terrible, y como puede comprobar, de consecuencias desastrosas. Ahora tiene usted la obligación de repararla en lo posible.

—Tal es mi intención, señor juez.

—Supongo que me comprende —insistió Daburon.

—Sí, señor, le comprendo perfectamente.

—Además, será un consuelo para usted —añadió el juez— saber que Noël Gerdy es digno en todos los aspectos de la alta posición que va usted a otorgarle. Con el tiempo, verá que su carácter es mucho más firme que si lo hubiera educado a su lado. La desgracia es un gran maestro. Es un hombre de mucho talento y de gran dignidad. Y por último, piense usted que nadie de su familia ha fallado, puesto que Albert no es un Commarin.

—Tiene usted razón —replicó vivamente el conde—. Un Commarin en estos momentos ya estaría muerto, y la sangre todo lo lava.

Aquella reflexión del viejo caballero hizo pensar profundamente al juez de instrucción.

—¿Está usted convencido, pues, de la culpabilidad del vizconde?

El señor de Commarin miró al juez con ojos estupefactos.

—Regresé a París ayer por la tarde —respondió— e ignoro todo lo que ha podido pasar. Lo único que sé es que no se procede a la ligera contra un hombre que ocupa la posición que tenía Albert. Si usted ha ordenado su detención es porque posee pruebas decisivas.

Daburon se mordió los labios y no pudo disimular un gesto de descontento. Había actuado sin prudencia alguna por querer ir demasiado deprisa. Acababa de despertar la desconfianza del conde. Ni toda la habilidad del mundo podía reparar aquel desgraciado error. Además, ¿hasta qué punto era el conde extraño al crimen de La Jonchère? Con toda evidencia, algunos días antes, aunque dudase de su paternidad, hubiera hecho los mayores esfuerzos para salvar a Albert. El conde creía que su honor estaba en juego como acababa de demostrar su relato, y, por otra parte, ¿no era hombre capaz de suprimir como fuera un testimonio molesto? Estas reflexiones se hacía Daburon.

—Dígame, caballero: ¿cuándo se enteró de que su secreto había sido descubierto?

—Ayer noche, y por el propio Albert. Me habló de esta deplorable historia de una manera que ahora intento en vano explicarme. A menos que...

—¿A menos que...? —interrogó ávidamente el juez de instrucción.

—Caballero —dijo el conde sin responder directamente—, Albert sería un héroe si no fuera culpable.

—¿Tiene usted razones para creer en su inocencia?

Había una nota tal de despecho en el tono de Daburon que el señor de Commarin creyó ver en él una intención injuriosa. Se estremeció, vivamente ofendido, e irguiéndose exclamó:

—No quiero ser ni un testigo de cargo ni un testigo de descargo. Lo único que pretendo es ayudar a la justicia, pues éste es mi deber. Éstos son los hechos: ayer por la noche, después de hablarme de las malditas cartas, Albert me tendió una trampa para saber la verdad, ya que dudaba todavía pues la correspondencia que obra en manos de Noël no es completa. Tuvimos una fuerte discusión y en ella Albert me dijo que estaba resuelto a retirarse ante Noël. Yo, por el contrario, pretendía transigir costara lo que costara. Albert osó contradecirme. Todos mis esfuerzos para convencerle de mis puntos de vista fueron superfluos. En vano intenté hacer vibrar en él las cuerdas que yo suponía más sensibles. Insistió con toda firmeza que se retiraría a pesar de mis

órdenes, declarándose satisfecho si yo consentía en asegurarle una modesta renta. Intenté hacerle desistir, demostrándole que la boda que tan ardientemente deseaba desde hacía dos años no podría llevarse a cabo, pero él me respondió que se había asegurado el asentimiento de su prometida, la señorita d'Arlange.

Aquel nombre estalló en los oídos del juez de instrucción. Tuvo un estremecimiento. Sintióse enrojecer, tomó al azar un pliego de notas que había sobre su mesa de despacho y para disimular su turbación hizo como si intentara descifrar una palabra ilegible. Empezaba a comprender qué tipo de misión le había sido encargada. Sintió que se turbaba como un niño, que perdía su calma y su lucidez habituales. ¿Por qué había aceptado aquel caso? ¿Poseía su libre arbitrio? ¿Dependía de su voluntad ser imparcial? Con mucho gusto habría dejado para más tarde la declaración del conde, pero, ¿podía hacerlo? Su conciencia de juez de instrucción le gritaba que aquello sería un error imperdonable. Reanudó, pues, el penoso interrogatorio.

—Los sentimientos expresados por el vizconde son muy bellos, sin duda, pero ¿le habló a usted de la viuda Lerouge?

—Sí —respondió el conde, como si de súbito recordara un detalle que le había pasado desapercibido.

Seguramente le demostró que el testimonio de esa pobre mujer hacía imposible una lucha con Noël Gerdy.

—Precisamente se basaba en esto para descartar mis proyectos.

—Sería necesario, señor conde, que me contara detalladamente lo que sucedió entre usted y el vizconde. Le ruego, pues, que haga un esfuerzo para recordar.

El señor de Commarin pudo hacerlo sin demasiadas dificultades. Desde hacía un momento había experimentado una ligera mejoría. Su sangre, obligada por las insistencias del interrogatorio, reanudaba su marcha normal. Su cerebro se aclaraba. La escena de la noche precedente estaba presente en su memoria hasta en sus más insignificantes detalles. Tenía todavía en su oído la inflexión de la voz de Albert y veía nuevamente su expresiva mímica.

A medida que avanzaba su relato, lleno de viveza y de claridad, la convicción de Daburon se hacía más firme. El juez volvía contra Albert precisamente aquello que la víspera había admirado al conde.

«¡Qué comedia más sorprendente! —pensaba—; decididamente Tabaret tiene razón. Este joven añade a su incomprensible audacia una habilidad infernal. Está inspirado por el genio del crimen. Ha sido un milagro que hayamos podido desenmascararlo. ¡Qué bien lo había previsto y preparado todo! Esta escena con su padre estuvo maravillosamente preparada como prevención de que algo no funcionara. Nada falta en ella, ni siquiera el dúo con la mujer amada. ¿Habrá hablado de verdad con Claire? Es casi seguro. Podría saberlo, pero para ello tendría que volver a verla, tendría que hablar con ella. ¡Pobre niña, amar a semejante hombre! Pero ahora su plan salta a la vista. Esta discusión con el conde es su tabla de salvación. En nada le compromete y le permite ganar tiempo. Con toda seguridad hubiera ido dando largas al asunto y habría acabado por dar la razón a su padre. De este modo hacía méritos y cuando Noël hubiera vuelto a la carga se habría enfrentado con el conde, que lo hubiera negado todo. »

Cosa extraña, pero, sin embargo, explicable, el conde de Commarin había llegado, mientras hablaba, a las mismas conclusiones del juez. De hecho, ¿por qué aquella insistencia con respecto a Claudine? Recordaba que en su cólera había dicho a su hijo: «No creo que nadie haga tan buenas acciones sólo por placer. » Aquel sublime desinterés de Albert quedaba ahora explicado por completo. Cuando el conde hubo terminado, el juez le dijo:

—Le doy las gracias, señor. Nada puedo decirle todavía, pero la justicia tiene poderosas razones para suponer que en la escena que usted acaba de relatarme, el vizconde Albert, como un comediante consumado, representó un papel aprendido con anterioridad.

—Y bien aprendido —murmuró el conde—, puesto que llegó a convencerme...

Fue interrumpido por la entrada de Noël, que llevaba una cartera de piel negra bajo el brazo. El abogado se inclinó ante el viejo caballero, quien, por su parte, se levantó y se retiró con extrema discreción a uno de los ángulos del despacho.

—Encontrará usted —dijo Noël a media voz— todas las cartas en esta cartera. Le ruego que me permita retirarme en seguida pues el estado de la señora Gerdy es cada vez más alarmante.

Noël había levantado la voz al pronunciar estas últimas palabras y el conde las oyó. Tuvo un estremecimiento y debió hacer grandes esfuerzos para ahogar la pregunta que le subió a los labios.

—Sin embargo, tendría que concederme un minuto —respondió el juez.

Daburon dejó entonces la mesa y tomando al joven abogado por el brazo lo llevó ante el conde.

—Señor de Commarin —dijo—, tengo el honor de presentarle al señor Noël Gerdy.

El viejo caballero debía esperar algo por el estilo porque no movió ni un solo músculo de su rostro. En cambio Noël pareció recibir un martillazo. Se tambaleó y necesitó apoyarse para no caer al suelo. Ambos, padre e hijo, permanecieron frente a frente abismados en sus reflexiones, pero en realidad examinándose con sombría desconfianza e intentando comprender cada uno lo que pensaba el otro. Daburon había esperado más de aquel golpe teatral que venía preparando desde la entrada del conde en su despacho. Le hubiera gustado que con aquella brusca presentación se hubiese producido una escena patética que hiciera reflexionar a sus testigos. Veía al conde abriendo los brazos y a Noël arrojándose en ellos. La frialdad de uno y la turbación del otro desconcertaron sus previsiones, y por ello se vio obligado a intervenir de nuevo.

—Hace un instante, señor conde, usted ha reconocido ante mí que Noël Gerdy era su hijo legítimo.

El señor de Commarin no respondió; su inmovilidad parecía demostrar que no había oído nada. Fue Noël quien, reuniendo todo su valor, se atrevió a hablar el primero.

—Señor —dijo con voz temblorosa—, no quisiera...

—Puedes llamarme padre —interrumpió el altivo anciano con un tono de voz que nada tenía de emocionado ni de tierno. Y después, dirigiéndose al juez, preguntó—: ¿Le soy todavía de alguna utilidad?

—No tiene más qué escuchar la lectura de su declaración y si está conforme, firmarla. Lea usted, Constant.

El pausado escribano hizo girar su silla y empezó. Tenía una manera particular de leer sus notas. Lo hacía muy deprisa, sin tener en cuenta ni los puntos ni las comas, ni las preguntas ni las respuestas. Por último, Constant pronunció las palabras sacramentales: Doy fe de que... Presentó la pluma al conde que firmó sin dudar ni un instante y sin la menor objeción. El viejo caballero se volvió a Noël y dijo:

—No me encuentro muy bien. Será necesario que me ayudes, hijo mío —y subrayó estas palabras—, a llegar al coche.

El joven abogado se adelantó vivamente. Su rostro resplandecía cuando pasó el brazo del conde de Commarin bajo el suyo. Una vez fuera, Daburon no pudo contener un gesto de curiosidad. Corrió a la puerta, la entreabrió y, procurando no ser visto, exploró la galería. El conde y Noël no habían llegado todavía al extremo del corredor. Caminaban lentamente. El conde parecía arrastrarse pesadamente y el abogado avanzaba con pasos cortos, ligeramente inclinado hacia el anciano y en todos sus movimientos se leía la mayor solicitud. El juez permaneció en la puerta hasta que desaparecieron en un recodo del pasillo. Después, con un suspiro, regresó a su sitio.

«Al menos —pensó— habré contribuido a hacer feliz a este muchacho. El día no habrá sido totalmente malo. »

Pero no tenía tiempo que perder en reflexiones, pues las horas volaban. Deseaba interrogar a Albert lo antes posible y tenía que tomar declaración

todavía a varios criados de la mansión de Commarin y recibir, además, el informe del comisario que había efectuado la detención. Los domésticos citados, que desde hacía tiempo esperaban su turno, fueron introducidos sin tardanza, sucesivamente. No tenían gran cosa que contar y, sin embargo, cada testimonio era un nuevo cargo contra Albert. El juez se sentía satisfecho de ver que todos creían culpable a su amo. La actitud de Albert desde el comienzo de aquella fatal semana, sus más mínimas palabras, sus más insignificantes gestos, fueron descritos, explicados, comentados. El hombre que vive en medio de treinta criados es como un insecto en una caja de cristal bajo la lupa de un naturalista. Combinando las declaraciones, Daburon pudo seguir a su detenido hora a hora a partir del domingo por la mañana.

El domingo, después de marcharse Noël, el vizconde dio orden de que se dijera a todos los visitantes que se había ido al campo. A partir de aquel momento, la casa entera se dio cuenta de que su amo estaba vivamente contrariado o muy enfermo. No había salido durante todo el día de la biblioteca y en ella se había hecho servir la cena, que casi no había probado. A la mañana siguiente, lunes, no se levantó hasta el mediodía a pesar de que tenía costumbre de madrugar. Se quejó de un terrible dolor de cabeza y vómitos. Tomó solamente una taza de té. Pidió luego su coche, pero inmediatamente anuló su orden. Lubin, su ayuda de cámara, le había oído decir: «Basta de dudas»; y pocos momentos después: «Hay que acabar como sea. » Poco después se puso a escribir. Lubin recibió el encargo de llevar una carta a la señorita Claire d'Arlange con la orden expresa de entregársela en mano, o en su defecto, a la señorita Schmidt, la institutriz.

Joseph recibió una segunda carta a la que acompañaban dos billetes de mil francos y la llevó al club, pero no recordaba el nombre del destinatario, sólo sabía que no tenía título. Por la noche, Albert sólo tomó sopa y se encerró en sus habitaciones. El martes se levantó muy temprano. Estuvo dando vueltas por la casa como un alma en pena o como alguien que espera algo que no llega. Hacia la una, bajó a las cuadras y con aire triste acarició a Norma, su yegua preferida. Al hacerlo decía: «¡Pobre animal, pobrecita!» Sobre las tres, alguien trajo una carta para él. El vizconde la tomó y la abrió precipitadamente. Dos criados le oyeron decir: «Ella no sabrá resistir. » Quemó la carta en la chimenea del vestíbulo. A las seis, cuando se instalaba en la mesa, dos de sus amigos, el señor de Courtivois y el conde de Chouzé, forzando la consigna llegaron hasta él. El vizconde pareció fuertemente contrariado. Ambos caballeros querían que los acompañase a una salida de placer, pero el vizconde se negó a salir manifestando que tenía una cita para resolver un importante asunto. Comió más que en los días precedentes, incluso pidió al sumiller una botella de Château-Lafite, que vació. Cuando tomaba café en el comedor, fumó uno de sus cigarros, contraviniendo por completo las órdenes del conde, que no quería que se fumase allí. A las siete y media, según Joseph, o a las ocho según otros dos criados, salió a pie llevando un paraguas. Regresó a las dos de la madrugada. El miércoles, al entrar en los apartamentos del vizconde, su ayuda de cámara se sorprendió del estado de los vestidos de su amo. Estaban húmedos y manchados de barro, y los pantalones rasgados. El criado se atrevió a hacérselo notar a su señor, quien respondió con tono furioso: «Tira esos harapos en un rincón o dáselos a un pobre. » Aquel día pareció encontrarse mejor. Pasó la tarde en la biblioteca quemando papeles. El jueves pareció empeorar. Casi estuvo a punto de no poder ir a recibir al conde. Por la noche, después de la escena con su padre, se fue a sus habitaciones en un estado que inspiraba lástima. Lubin quiso ir a buscar el médico, pero el vizconde se lo prohibió ordenándole que no comunicara a nadie su indisposición.

Ése era el resumen exacto de las veinte páginas que había llenado el escribano, sin que ni una sola vez mirara a los criados de librea que desfilaron por el despacho.

Daburon había obtenido aquellas declaraciones en menos de dos horas. Aquellos criados tenían la lengua muy suelta y lo difícil era pararlos una vez estaban lanzados. Y sin embargo, de sus palabras se desprendía que Albert era un buen amo, fácil de servir y cortés con sus criados.

Llegó el turno al comisario de policía, que en dos palabras informó de la detención confirmando lo que había contado Tabaret. No se olvidó de señalar las palabras que había pronunciado Albert y que parecían una confesión. Después de informar, hizo entrega de los objetos que habían encontrado en casa del vizconde de Commarin. El juez de instrucción los examinó

atentamente y los comparó con las piezas de convicción traídas de La Jonchère.

En aquellos instantes parecía más satisfecho de lo que había estado durante todo el día. Dejó todos aquellos objetos sobre su mesa de despacho y para ocultarlos los cubrió con unas grandes hojas de papel. El día transcurría y Daburon todavía no había tenido tiempo de interrogar al detenido. Pero antes de hacerlo recordó que no había tomado nada desde la víspera y mandó que le trajesen una botella de vino blanco y unos bizcochos. No eran fuerzas lo que necesitaba el juez, sino valor. Mientras vaciaba su vaso, en su cerebro se formó esta extraña frase: «Voy a comparecer ante el vizconde de Commarin.» En cualquier otra circunstancia se habría reído de este lapsus, pero en aquel momento le pareció un aviso de la providencia.

«Sea —se dijo—; éste será mi castigo.» Y sin dudar más, dio las órdenes necesarias para que compareciera en su presencia el vizconde Albert.

CAPÍTULO XI

Entre la mansión de Commarin y la prisión no hubo, por así decirlo, transición alguna para Albert. Arrancado de sus penosos sueños por la voz del comisario que decía «En nombre de la ley, queda usted detenido», su espíritu, en medio de aquel imposible, tardó largo tiempo en recuperar su equilibrio. Lo que había seguido a su detención le parecía flotar en medio de una espesa niebla como aquellas escenas de sueño que en el teatro se representan detrás de un telón de gasa. Había sido interrogado y había respondido sin ni siquiera oír sus propias palabras. Después, dos agentes le habían cogido por los brazos y le habían ayudado a bajar la escalera de la mansión. Solo no lo hubiera conseguido, sus piernas parecían de algodón y no le sostenían. Una sola cosa le había sorprendido: la voz del criado que anunciaba el ataque de apoplejía del conde, pero también lo había olvidado. Le instalaron en un fiacre que estaba detenido en el patio y le obligaron a sentarse en el banco del fondo. Dos agentes se sentaron frente a él mientras que un tercero subía al pescante, junto al cochero. Durante el trayecto no tuvo noción exacta de su situación. En aquel sucio y grasiento coche parecía una cosa inerte. Su cuerpo, balanceándose al ritmo de los baches, iba de un lado a otro y su cabeza oscilaba sobre sus hombros como si se hubieran roto los músculos de su cuello. Pensaba en la viuda Lerouge, la volvía a ver tal como era cuando, acompañando a su padre, la había visitado en La Jonchère. Era primavera y los arbustos floridos que bordeaban el camino esparcían su perfume. La vieja mujer, con una toca blanca, estaba de pie en la puerta de su jardín; hablaba con tono suplicante. El conde la escuchaba con ojos severos y después, sacando unas monedas de su bolsillo, se las ofrecía.

Le bajaron del fiacre igual que le habían subido. Durante las formalidades del registro en la sombría sala del escribano, mientras respondía maquinalmente, se entregó con delicia al recuerdo de Claire. Le registraron. Aquella era la humillación suprema: unas manos cínicas se pasearon a lo largo de su cuerpo, lo que le hizo volver en sí mismo y despertó su cólera. Una vez terminado, le arrastraron a lo largo de sombríos pasillos cuyo pavimento era grasiento y resbaladizo. Abrieron una puerta y le instalaron en una especie de celda. Oyó a su espalda el ruido de cerrojos y cerraduras. Estaba prisionero y, en virtud de órdenes especiales, incomunicado. Inmediatamente experimentó una sensación de bienestar: le habían dejado solo, ya no habrían más voces ni más preguntas. A su alrededor se hacía el silencio más absoluto. Le pareció que había sido separado por completo de la sociedad y se sintió feliz por ello. Aquello casi parecía un avance de lo que sería la tumba. Su cuerpo, al igual que su espíritu, estaba rendido de fatiga. Buscó algún sitio para sentarse y descubrió una litera a la derecha, frente a la ventana enrejada. Aquella cama le alegró tanto como una tabla de salvación a un naufrago. Deshizo el burdo cobertor de lana, se tapó y se durmió.

Durmió cuatro horas. Cuando despertó tenía la cabeza más despejada. Quiso ver la hora que era pero se dio cuenta de que le habían quitado el reloj. Aquel pequeño detalle le fue extremadamente sensible, se le trataba como al peor de los criminales. Buscó en sus bolsillos: habían sido escrupulosamente vaciados. Pensó entonces en el estado en que se encontraba y levantándose en su lecho reparó en la medida posible el desorden de su atavío. Ajustó sus vestidos, se quitó el polvo, se abrochó el cuello postizo y como pudo rehizo el nudo de su corbata. Mojó el pañuelo y se lo pasó por la cara, frotándose los ojos en especial, pues le dolían los párpados. Por último, intentó peinarse y arreglarse la barba. Bebió un vaso de agua y volvió a sentarse.

Acababa de hacerlo cuando oyó pasos en el corredor.

—Ya están aquí —dijo.

Daburon le estaba esperando. Albert entró con la cabeza alta en el despacho del juez. Sus rasgos denotaban una gran fatiga y estaba muy pálido,

pero sus ojos eran claros y brillantes. Las preguntas banales que inician todo interrogatorio dieron tiempo a Daburon para establecer su estrategia.

—Supongo que no ignora usted, señor —empezó con exquisita cortesía—, que no tiene derecho alguno al nombre que lleva.

—Sé, caballero, que soy hijo natural del señor de Commarin. También sé que mi padre no me puede reconocer aunque quisiera porque nací después de su boda.

—¿Cuál fue su impresión al enterarse?

—Mentiría, señor, si dijese que no sentí una profunda pena. Cuando se está tan alto como yo lo estaba, la caída es terrible y dolorosa. Sin embargo, ni por un momento pensé en impugnar los derechos del señor Noël Gerdy. Desde el principio estuve, y lo sigo estando, decidido a desaparecer. Así se lo comuniqué ayer al señor de Commarin.

Daburon esperaba esta respuesta, que no hizo más que aumentar sus sospechas. Era la defensa que había previsto. A él correspondía ahora desarticularla.

—Usted tenía a su favor a su padre y a su madre, la señora Gerdy, que nunca hubieran declarado en su contra. Por su parte, el señor Gerdy tenía a su favor un testimonio que le hubiera derrotado a usted: el de la viuda Lerouge.

—Nunca dudé de ello.

—Pues bien —continuó el juez, intentando ocultar la mirada que dirigía a Albert—, la justicia supone que para eliminar la única prueba existente usted asesinó a la viuda Lerouge.

Aquella terrible acusación no cambió en absoluto el comportamiento de Albert. Ni una sola arruga cruzó su frente.

—Ante Dios —respondió—, y sobre lo más sagrado que hay en el mundo, le juro a usted, señor, que soy inocente. He sido detenido, encerrado e in-comunicado, reducido, por consiguiente, a la impotencia más absoluta. Es por ello que espero de su lealtad que me sea permitido demostrar mi inocencia.

—Cuando fue usted detenido le oyeron decir: «¡Estoy perdido!» ¿Qué significaba esa exclamación?

—Señor —respondió Albert—, recuerdo efectivamente haber dicho estas palabras. Cuando supe de qué crimen se me acusaba, tuve como un presentimiento de lo que iba a suceder. Comprendí que mi situación era peligrosa, que la gravedad de la acusación tan verosímil haría difícil la defensa. En mi interior, una voz me gritó: «¿Quién tenía interés en la muerte de Claudine?» Y la convicción del inminente peligro me arrancó la exclamación que usted ha mencionado.

La explicación era plausible, posible e incluso verosímil. Ofrecía, además, la ventaja de avanzarse a la pregunta natural que las palabras del vizconde formulaban en axioma: «Buscar a quien aprovechaba el crimen.» Tabaret ya le había prevenido que el detenido era escurridizo. Daburon admiró la presencia de ánimo de Albert y los recursos de su perversa imaginación.

—En efecto, usted parece ser el más interesado en esa muerte. Además estamos seguros, dígame bien, que no tuvo el robo por móvil. Lo que fue arrojado al Sena ha sido encontrado. Sabemos también que quemaron todos los papeles. ¿Comprometían a alguien más que a usted? Si lo sabe, dígame.

—¿Qué puedo decir? Nada.

—¿Había ido a menudo a casa de aquella mujer?

—Tres o cuatro veces con mi padre.

—Uno de sus cocheros pretende haberle llevado al menos diez veces.

—El cochero se equivoca. Pero por otra parte, ¿qué importa el número de visitas?

—¿Conocía usted la disposición de la casa? ¿La recuerda?

—Perfectamente, señor. Hay dos habitaciones. Claudine dormía en la del fondo.

—Entonces usted no era un desconocido para la viuda Lerouge. ¿Cree que si una noche hubiera usted llamado a su puerta le habría abierto?

—Sin duda, señor. Y de prisa.

—¿Ha estado enfermo estos últimos días?

—Sí señor, he estado muy indispuerto. Mi cuerpo se doblaba bajo el peso de esta prueba tan pesada para mis fuerzas. Sin embargo, no me ha faltado el valor.

—¿Por qué prohibió a Lubin, su ayuda de cámara, que fuera a buscar al médico?

—¿Qué podía hacer el médico para remediar mi mal? ¿Me hubiera hecho su ciencia hijo legítimo del señor de Commarin?

—Se le vio destruir algunos papeles, correspondencia.

—Estaba decidido a abandonar la casa. Esto lo explica todo.

Albert respondía con presteza, sin el mínimo embarazo, con seguridad, a las preguntas del juez. Su voz, con un timbre simpático, no temblaba; no la velaba emoción alguna. Daburon creyó prudente suspender el interrogatorio. Con un adversario de aquella talla, era evidente que su sistema no era el mejor. Era una locura proceder detalladamente, nunca llegaría a intimidarlo o a hacerle confesar. Era necesario cogerle desprevenido.

—Señor —dijo bruscamente el juez—, dígame exactamente cómo empleó su tiempo la noche del martes último, desde las seis hasta medianoche.

Por primera vez Albert pareció desconcertado. Su mirada, firme hasta aquel momento, vaciló.

—Durante la tarde del martes... —balbuceó repitiendo la frase como si quisiera ganar tiempo.

«Ya le tengo», pensó Daburon con un estremecimiento de alegría. Y en voz alta insistió:

—Sí, de las seis a las doce.

—Confieso, caballero —respondió Albert—, que me es difícil darle satisfacción, ya que no estoy seguro de mi memoria.

—No diga usted eso —interrumpió el juez—. Comprendería su duda si le preguntase qué había hecho hace tres meses, pero se trata del martes pasado y hoy tan sólo estamos a viernes. Además, el martes era el último día de carnaval. Esta circunstancia tiene que ayudarle a recordar.

—Aquella noche salí —murmuró Albert.

—Veamos —prosiguió el juez—, precisemos. ¿Dónde cenó usted?

—En casa, como de costumbre.

—No como de costumbre. Al acabar su cena pidió usted una botella de vino de Burdeos y la vació entera. Sin duda necesitaba animarse para sus ulteriores proyectos.

—No tenía proyecto alguno —respondió el detenido con aparente indecisión.

—Debe usted equivocarse. Dos amigos suyos fueron a buscarle; usted les respondió antes de sentarse a la mesa que tenía una cita urgente.

—No era más que una excusa para deshacerme de ellos.

—¿Por qué?

—¿No lo comprende? Yo estaba resignado, pero no consolado. Tenía que acostumbrarme a la nueva situación. Cuando se está en crisis, se busca la soledad.

—La justicia supone que usted quería quedarse solo para poder ir a La Jonchère. Durante el día se le oyó decir: «Ella no sabrá resistirlo.» ¿A quién se refería usted?

—A alguien a quien había escrito la víspera y que acababa de responderme. Seguramente lo dije con la carta que acababa de recibir todavía en la mano.

—¿Era, pues, la carta de una mujer?

—Así es.

—¿Qué hizo usted con ella?

—La quemé.

—Esta precaución da a entender que la consideraba comprometedora.

—En absoluto, señor. Trataba de cuestiones íntimas.

La carta provenía de la señorita d'Arlange. Daburon estaba convencido de ello.

Pero, ¿tenía que exponerse a pronunciar el nombre de Claire, tan terrible para él? Se atrevió a preguntarlo, ocultándose el rostro con la mano.

—¿De quién era la carta? —interrogó.

—De alguien que no mencionaré.

—Señor —dijo severamente el juez—, no quiero ocultarle que su posición es de las peores. No la agrave con reticencias culpables. Usted está aquí para decirlo todo.

—Sobre mis asuntos, sí. Sobre los de los demás, no.

Albert dio esta última respuesta en tono seco. Estaba aturrido, asustado, crispado ante el tono del interrogatorio y ante su rapidez, que no le daban tiempo ni de respirar. Las preguntas del juez caían sobre su cabeza como martillazos.

Aquel conato de rebelión de su detenido, inquietó seriamente a Daburon. El juez estaba, además, sorprendido de hallar un defecto en la perspicacia del detective aficionado, como si Tabaret hubiera sido infalible. El hombrecillo había vaticinado una coartada irrecusable, pero dicha coartada no existía. ¿Por qué? ¿Tal vez el detenido tenía algo mejor? ¿Qué ardid preparaba? Sin duda se reservaba algún golpe imprevisto y quizá irresistible.

—Prosigamos —dijo—. ¿Qué hizo usted después de cenar?

—Salí.

—No inmediatamente. Una vez vacía la botella, fumó usted en el comedor, cosa bastante extraordinaria en su casa como para ser recordada. ¿Qué marca de cigarrillos fuma usted habitualmente?

—«Trabucos».

—¿Utiliza usted una boquilla?

—Sí —respondió Albert, sorprendido ante aquellas preguntas.

—¿A qué hora salió usted?

—Alrededor de las ocho.

—¿Llevaba paraguas? —Sí.

—Entonces, hágame el favor de indicarme el itinerario que siguió con toda exactitud.

—Lo siento, señor, pero eso me es muy difícil. Salí por salir, para moverme un poco, para despejarme. No sé si se da exactamente cuenta de mi situación. Había perdido la cabeza, caminé al azar por los muelles, estuve dando vueltas y vueltas por las calles.

—Todo ello es muy improbable —interrumpió el juez—. Pero dígame, ¿no encontró absolutamente a nadie que pueda demostrar que le vio? ¿No habló con nadie? ¿No entró ni siquiera en un café, en el teatro, en un estanco para encender uno de sus «Trabucos»?

—No señor.

—Pues bien, caballero. Eso es un infortunio para usted. Sí, un inmenso infortunio, ya que me veo en la obligación de decirle que fue precisamente aquella noche, entre las ocho y las doce, que fue asesinada la viuda Lerouge. La justicia puede precisar la hora. Una vez más señor, por su interés, le conmino a que reflexione y a que se esfuerce en recordar.

—Lo siento mucho, pero no tengo reflexión alguna que hacer.

La sorpresa de Daburon fue profunda. ¡No tenía coartada! Aquello no podía ser ni una trampa ni un sistema de defensa. ¿Qué se había hecho de aquel hombre tan fuerte? Seguramente había sido cogido desprevenido. No había imaginado la posibilidad de que la justicia sospechara de él. El juez levantó lentamente, una a una, las hojas de papel que cubrían las piezas de convicción encontradas en casa de Albert.

—Pasemos ahora al examen de los cargos que pesan sobre usted. Aproxímese por favor. ¿Reconoce como suyos esos objetos?

—Sí señor. Son todos míos.

—Bien, empecemos por el ¡florete. ¿Quién lo rompió?

—Yo mismo en un asalto de esgrima con el señor de Courtivois, que podrá atestiguarlo.

—Se lo preguntaremos. ¿Qué sucedió con el trozo roto?

—No lo sé. Habría que interrogar a mi criado Lubin.

—Ya lo hemos hecho. Declara haber buscado en vano el trozo que falta. Tengo que decirle que la víctima fue herida con una punta de florete agudizada. Está pedazo de tela en la que el asesino limpió el arma lo demuestra.

—Le ruego señor que dé orden a este respecto de insistir en la búsqueda. Es imposible que no se encuentre la otra mitad de este florete.

—Cursaré las órdenes pertinentes. Vea ahora, calcada en este papel, la huella exacta de los zapatos del asesino. Si aplicamos encima uno de sus botines veremos que la suela se adapta con toda precisión. Este pedazo de yeso ha sido moldeado en una cavidad que hizo el talón. Fíjese que es exactamente igual a los talones de su zapato, incluso veo en el molde el rastro del claveteado que aparece en el talón de sus botines.

Albert seguía con notable atención los movimientos del juez. Se veía claramente que luchaba con un terror creciente. ¿Experimentaba el espanto que deja estupefactos a los criminales cuando están a punto de ser confundidos? A todas las afirmaciones del magistrado respondía con voz sorda: «Es verdad.»

—En efecto —continuó Daburon—, pero todavía no hemos terminado. El culpable llevaba consigo un paraguas. La punta de dicho paraguas se hundió en tierra arcillosa, el redondel de madera tallada que sujetó la tela en la extremidad quedó moldeada. Vea usted este pan de tierra en el que se ve la huella y compárela con su paraguas. El trabajo de los redondeles es exacto, ¿sí o no?

—Estas cosas, señor —dijo Albert—, se fabrican en enormes cantidades.

—Sea. Dejemos esta prueba. Mire usted esta colilla de cigarro que encontramos en el escenario del crimen y dígame a qué marca pertenece y cómo fue fumado.

—Es un «Trabuco» y lo fumaron con boquilla.

—¿Una boquilla como ésta, quizá? —dijo el juez mostrando las boquillas que encontraron en casa de Albert.

—Sí —murmuró éste—. Es una extraña coincidencia.

—Paciencia. Esto no es todo. El asesino de la viuda Lerouge llevaba guantes. La víctima, en las convulsiones de su agonía, se agarró a las manos del criminal y entre sus uñas quedaron unas raspaduras de piel. Las extrajimos y aquí están. Son gris perla, ¿no es cierto? Pues bien, también hemos encontrado los guantes que usted llevaba el martes. Helos aquí: son grises y están raspados. Compare las raspaduras con sus guantes. ¿No es verdad que tienen el mismo color y que se trata de una misma piel?

Era imposible negar la evidencia o buscar subterfugio alguno. Como si se ocupara exclusivamente de los objetos que cubrían su mesa, Daburon no perdía de vista al detenido. Albert estaba aterrorizado. Un sudor frío cubría su frente y resbalaba por sus mejillas. Sus manos temblaban con tanta fuerza que no podía utilizarlas. Con voz estrangulada repetía:

—¡Es horrible, horrible!

—Por último, veamos los pantalones que llevaba usted la noche del crimen. Se nota perfectamente que se mojaron y todavía llevan rastros de barro y tierra. Además, hay un desgarrón en la rodilla. Acepto que no recuerde usted por dónde estuvo paseando, pero lo que ya me parece increíble es que no recuerde dónde se desgarró los pantalones y se estropeó los guantes.

¿Qué ánimo podría resistir tales pruebas? La firmeza y la energía de Albert estaban llegando a sus límites. El vértigo hacía presa de él. Se dejó caer pesadamente sobre una silla diciendo:

—Hay para volverse loco.

—¿Reconoce usted —insistió el juez, cuya mirada estaba insoportablemente clavada en el rostro del detenido—, reconoce usted que la viuda Lerouge no pudo ser herida más que por usted?

—Reconozco —protestó Albert— que soy víctima de uno de esos prodigios espantosos que hacen que uno dude de su razón. Soy inocente.

—Entonces, dígame donde pasó la noche del martes.

—¡Ah, señor! —exclamó el detenido—. Sería necesario... —pero se contuvo y añadió con voz apagada—: He dicho todo lo que tenía que decir.

Daburon se levantó. Había llegado el momento decisivo.

—Voy a ser yo, pues —dijo con un matiz de ironía—, quien supla su falta de memoria. Voy a recordarle lo que hizo usted aquella noche. El martes, a las ocho, después de haber pedido al alcohol la energía necesaria, salió usted de su casa. A las ocho treinta y cinco tomó el ferrocarril en la estación de Saint-Lazare...

Y, apropiándose sin vergüenza alguna de las ideas de Tabaret, el juez de instrucción repitió palabra por palabra la improvisación que la noche precedente había hecho el hombrecillo.

Albert estaba absolutamente sorprendido.

—Y ahora —concluyó el juez de instrucción— permítame usted un sabio consejo: no insista en negarse a reconocer la verdad y confiese. La justicia, créame, no ignora nada de lo que pasó. Confiese y quizás obtenga la indulgencia del tribunal.

Daburon no podía suponer que su detenido se atreviera todavía a negar. Le veía derrotado, aplastado, arrojándose a sus pies para pedir gracia, pero se equivocaba. A pesar de que la postración de Albert era grande, todavía tuvo la fuerza de voluntad para erguirse y protestar:

—Tiene usted razón, caballero —dijo con voz triste pero sin embargo firme—. Todo parece demostrar mi culpabilidad. En su lugar, yo hablaría como lo hace usted. Y, sin embargo, lo juro, soy inocente.

—No mienta... —empezó el juez.

—Soy inocente —le interrumpió Albert—, y lo repito sin la menor esperanza de convencerle. Sí, todo habla en mi contra, todo, incluso mi comportamiento ante usted. Es verdad que mi ánimo ha vacilado ante esas coincidencias increíbles, milagrosas y turbadoras. Me siento derrotado ante la imposibilidad de demostrarle mi inocencia, pero no desespero. Mi honor y mi vida están en manos de Dios. En este momento en que debo parecerle perdido por completo, no quiero renunciar a proclamar mi inocencia. Espero confiadamente que algo se lo demuestre.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el juez.

—Nada más que lo que he dicho.

—Entonces, ¿se obstina usted en negar?

—Soy inocente.

—De acuerdo, basta por hoy. Procedamos a la lectura de la declaración y una vez la haya firmado se le encerrará hasta nuevo aviso. Si deseara hablar conmigo, sea la hora que sea, mándeme a buscar. Lea, Constant.

No hacía ni un cuarto de hora que el detenido había salido del despacho cuando Tabaret hizo su aparición. Le habían informado de que Albert estaba declarando y acudía deseoso de saber qué había pasado.

—¿Qué ha contestado? —preguntó incluso antes de cerrar la puerta.

—Es culpable, evidentemente —respondió el juez con una brutalidad nada propia de su carácter.

Tabaret quedó sorprendido por el tono. Esperaba recibir elogios y se encontraba con aquello.

—He venido —dijo modestamente— para saber si es necesario hacer algunas investigaciones para desmontar la coartada invocada por el detenido.

—No tiene coartada —respondió secamente el magistrado.

—¿Cómo? —gritó el hombrecillo—. ¡Ah!, bromea usted, seguro que lo ha confesado todo.

—No —repuso el juez—, no ha confesado nada. Reconoce que las pruebas son decisivas, es incapaz de explicarnos cómo empleó su tiempo la noche del martes; pero se mantiene firme declarando su inocencia.

En medio de la habitación, Tabaret, con la boca abierta y los ojos saliéndole de las órbitas, permaneció de pie en la más grotesca actitud que pueda provocar la sorpresa. A despecho de su cólera, Daburon no pudo detener una sonrisa.

—No tiene coartada —murmuró Tabaret—. Eso es inconcebible. Nos hemos equivocado. No puede ser el culpable, no, no es él, no es él.

—Desgraciadamente —dijo el juez—, no nos hemos equivocado. Ha quedado claramente demostrado que el señor de Commarin es el asesino. Si no está usted convencido, dígame a Constant que le deje la declaración y léala con calma mientras arregló mis papeles.

—Veamos esa declaración —dijo Tabaret.

Se sentó en la silla de Constant y, apoyando los codos en la mesa, mesándose los cabellos con las manos, devoró más que leyó la declaración.

—Señor juez —dijo con voz estrangulada una vez que terminó de leer—, soy la causa desventurada de un espantoso error. Este hombre es inocente.

—Vamos, vamos —dijo Daburon sin interrumpir sus preparativos de marcha—, no pierda usted la cabeza, querido Tabaret. ¿Cómo puede opinar eso después de lo que acaba de leer?

—Sí, señor juez, después de lo que acabo de leer, no me queda más remedio que decirle: detenga usted el proceso o vamos a añadir un nuevo error a la deplorable lista de errores judiciales. O, si no, relea con calma este interrogatorio. No hay ni una sola respuesta que no disculpe a este infortunado, que no arroje un rayo de luz sobre su conducta, y el pobre está encarcelado.

—Y seguirá estándolo —interrumpió el juez—. ¿Es usted quien habla así, ahora, después de lo que me dijo anoche, cuando yo dudaba?

—Pero señor juez, si le estoy diciendo lo mismo. ¡Ah, pobre Tabaret, todo está perdido, no te han comprendido! Perdóneme señor juez si le pierdo el respeto, pero creo que no ha comprendido mi método y, sin embargo, es muy simple. Una vez cometido el crimen con todas sus circunstancias y detalles, construyo pieza a pieza un plan de acusación que no ofrezco al prefecto más que cuando está completo. Si se encuentra a un hombre a quien este plan pueda aplicarse en todas sus partes, ya tenemos al culpable. Si no sucede así, es que hemos cogido a un inocente. No basta con que tal o cual episodio encaje; tiene que encajar todo. Por ejemplo, ¿cómo he llegado al culpable? Procediendo por inducción, de lo conocido a lo desconocido. He examinado la obra y he juzgado al obrero. El razonamiento y la lógica, ¿a quién nos conducen? A un determinado criminal audaz y prudente, astuto como un zorro. Por lo tanto, ¿puede usted pensar que un hombre así haya olvidado una

precaución que incluso tendría en cuenta el más vulgar de los delincuentes? Es inverosímil. Este hombre es lo bastante hábil como para no dejar más que ligeros indicios que incluso escapan a la penetrante mirada de Gévrol. ¿Cómo quiere usted que haya podido olvidarse de justificar una noche entera? Es imposible. Estoy tan seguro de mi sistema como de una sustracción de la que se ha hecho la prueba. El asesino de La Jonchère tiene una coartada. Si Albert no la tiene, es que es inocente.

Daburon examinaba al viejo con aquella atención irónica con la que se mira un caso de monomanía singular, y cuando Tabaret terminó, dijo:

—Excelente, querido amigo, sólo comete usted un ligero error: el de pecar por exceso de sutilidad. Supone en los demás la prodigiosa inteligencia de la que usted está dotado. Nuestro hombre ha sido imprudente porque se creía por encima de toda sospecha.

—No señor, no, mil veces no, mi culpable, el verdadero, el que todavía no hemos podido atrapar, desconfía de todo. Fíjese usted en que Albert ni siquiera se defiende. Se siente derrotado porque reconoce concordancias tan fatales que le parecen condenar sin alternativa posible. ¿Intenta disculparse? No. Dice simplemente: «Es terrible.» Y, sin embargo, de un extremo a otro de su declaración noto una especie de reticencia que no puedo explicar.

—Pues yo me la explico muy bien —dijo el juez—. Además, estoy tan tranquilo como si hubiera confesado. Tengo pruebas suficientes para que lo condenen.

—Ahí está el detalle, señor, en las pruebas. Siempre hay pruebas contra los que se detiene. Las hubo contra todos los inocentes que fueron condenados.

—Entonces —interrumpió impaciente el juez—, si no es él el asesino, ¿quién cometió el crimen? ¿Acaso su padre, el conde de Commarin?

—No señor, mi asesino es joven.

CAPÍTULO XII

Después de salir del despacho del juez de instrucción y una vez que Noël Gerdy hubo instalado al conde de Commarin en su coche, que estaba estacionado en el bulevar, frente a la verja del Palacio de Justicia, pareció dispuesto a alejarse.

Apoiado en la portezuela del coche, que mantenía entreabierta, se inclinó profundamente y preguntó:

—¿Cuándo tendré el honor de presentarle mis respetos, señor?

—Sube —ordenó el anciano caballero.

El abogado, sin incorporarse, balbuceó algunas excusas. Invocaba, para retirarse, motivos graves. Era urgente, afirmaba, que regresase a su casa.

—Sube —repitió el conde en un tono que no admitía réplica. Noël obedeció.

—Has encontrado a tu padre —dijo a media voz el anciano—, pero debo prevenirte que al mismo tiempo has perdido tu libertad.

Cuando ya el coche arrancaba, el conde se dio cuenta de que Noël se había sentado modestamente en la banqueta de delante. Aquella humildad pareció disgustarle.

—Siéntate a mi lado. ¿Acaso no eres mi hijo?

El abogado, sin responder, se sentó junto al terrible viejo haciéndose tan pequeño como pudo. Había recibido un terrible golpe en el despacho de Daburon, puesto que nada le quedaba de su habitual confianza en sí mismo y de su sangre fría, bajo la cual disimulaba sus emociones. Afortunadamente, el viaje hasta la mansión le dio tiempo para respirar y para restablecerse un poco. Entre el Palacio de Justicia y el patio de la casa, padre e hijo no cambiaron ni una sola palabra. Cuando el coche se detuvo ante la puerta principal y el conde descendió ayudado por Noël, se produjo un cierto movimiento entre los criados. Eran poco numerosos, ciertamente, porque la mayor parte de ellos habían tenido que comparecer ante el juez. Todos se extrañaron de la presencia de aquel joven desconocido y cuando ambos caballeros desaparecieron en los aposentos del conde empezaron los comentarios.

El señor de Commarin introdujo a Noël a su despacho, se sentó en su sillón favorito, debajo del árbol genealógico y examinó atentamente al abogado.

—Hijo mío —dijo por fin el conde con tono severo—, de ahora en adelante ésta es tu casa. A partir de este momento eres el vizconde de Commarin y entras en la plenitud de los derechos que te habían sido negados. Pero antes de que me lo agradezcas quiero que comprendas que, de ser yo dueño de los acontecimientos, jamás te habría reconocido. Alberto continuaría en su lugar.

—Le comprendo perfectamente, padre —respondió Noël—. Creo que nunca haría lo que usted hizo, privándome de lo que me pertenecía. Pero declaro que, de haberlo hecho, actuaría del mismo modo que usted. Su situación era demasiado comprometida para actuar de otro modo. Vale más mil veces una injusticia oculta que exponer el nombre a un comentario malintencionado.

Aquella respuesta sorprendió agradablemente al conde. Noël había expresado sus mismas ideas. Sin embargo, no dejó entrever su satisfacción y con una voz todavía más ruda añadió:

—No tengo derecho alguno a tu afecto: tampoco lo pretendo, pero exigiré siempre la más extrema deferencia; la tradición de nuestra casa es que un hijo nunca debe interrumpir a su padre cuando éste habla. Y esto es lo que acabas de hacer. En nuestra stirpe, tampoco es costumbre que los hijos juzguen a los

padres, y tú también lo has hecho. Cuando yo tenía cuarenta años y mi padre ya no estaba en sus cabales, recuerdo que nunca levanté la voz delante de él. Y hechas estas aclaraciones, prosigo. Subvenía los gastos bastante considerables de la casa de Albert, completamente distinta de la mía, puesto que él tenía sus criados, sus caballos y sus coches. Y además, le pasaba mensualmente la cifra de cuatro mil francos. He decidido, para acallar críticas estúpidas, que tu tren de vida debe ser más importante. De esto me encargaré yo. Además, aumentaré tu pensión mensual a seis mil francos, que te ruego gastes de la manera más noble posible, procurando no hacer el ridículo. No sabría como exhortarte a que te comportes con la mayor circunspección. Vigílate, sospesa tus palabras, razona todos tus movimientos. Te vas a convertir en el objetivo de millares de ociosos impertinentes a quienes tus errores harán sus delicias. ¿Sabes esgrima?

—Soy un buen tirador.

—Perfecto. ¿Montas a caballo?

—En absoluto, pero en seis meses o seré un buen jinete o me habré roto el cuello.

—Es necesario que seas un buen jinete y que no te rompas nada. Prosigamos. Naturalmente, no ocuparás los apartamentos de Albert, que una vez libres de policías haré tapiar como si nunca hubieran existido. Afortunadamente, la casa es grande. Habitarás otra ala de la mansión y llegarás a tus aposentos por otra escalera. Criados, caballos, coches, muebles, todo lo que estaba al servicio de Albert o que él usaba, será reemplazado en cuarenta y ocho horas cueste lo que cueste. Es necesario que cuando te presentes en público tengas el aspecto de estar instalado desde hace siglos. Esto va a ser un escándalo espantoso y no sé cómo evitarlo. Un padre prudente te enviaría a pasar algunos meses a la corte de Austria o a la de Rusia, pero en nuestro caso la prudencia sería locura. Vale más un clamor que acabe pronto que sordas murmuraciones que se eternicen. Avancémosnos a la opinión y dentro de ocho días se habrán agotado todos los comentarios y hablar de esta historia será de provincianos. Así es que manos a la obra. Esta misma tarde haré venir a los obreros, y para empezar voy a presentarte mis criados.

Y para pasar del proyecto a la acción, el conde hizo un movimiento para alcanzar el cordón del timbre, pero Noël le detuvo. Desde el principio de esta conversación, el abogado viajaba por el país de las mil y una noches con una lámpara encantada en las manos. Ante las palabras del conde, sentía que todo su cuerpo se estremecía y ni toda su razón bastaba para luchar contra el vértigo que le subía a la cabeza. Tocado por una varita mágica, sentía despertar en él mil sensaciones desconocidas. Se veía rodeado de púrpura y en un baño de oro. Pero sabía permanecer impassible. Su fisonomía había adquirido la costumbre de guardar en secreto las más violentas agitaciones interiores.

—Dígnese usted, padre —dijo al conde—, que sin permitirme la menor falta de respeto hacia usted, le haga unas observaciones. Estoy más emocionado de lo que sabría expresar por sus bondades y, sin embargo, le ruego que las retrase un poco. Tal vez mis sentimientos le parezcan justos. Bueno es despreciar la opinión pública, pero no lo es desafiarla. Tenga usted por cierto que se me va a juzgar con severidad. Si me instalo así como usted dice en su casa, de una manera brutal, casi como un conquistador, ¿qué dirán las malas lenguas? Pensarán que tenía ansias de llegar, que he pasado sobre el cadáver del vencido. Se me reprochará haberme acostado en el lecho todavía caliente de su otro hijo.

El conde escuchaba sin demostrar desaprobación, tal vez impresionado por la justeza de aquellas razones. Noël creyó darse cuenta de que su dureza era mucho más aparente que real. Aquella persuasión le animó.

—Le ruego, pues, padre, que por el momento no cambie nada de mi situación. Si no me muestro en público, los comentarios maliciosos caerán en el vacío y permitiré a la opinión pública que se familiarice con el cambio que va a producirse. Además, esta dilación me permitirá acostumbrarme a mi brusco cambio de fortuna. No quiero tener, en su mundo, que ahora es el mío, las costumbres de un nuevo rico. Por último, de este modo me será más fácil obtener sin ruido las rectificaciones del estado civil.

—Quizá sea lo más prudente —murmuró el conde.

—Debo añadir, padre —continuó el abogado—, que también yo tengo ciertas obligaciones que cumplir. Antes de preocuparme por los que encontraré arriba debo hacerlo por los que dejaré abajo. Tengo amigos y clientes. Los acontecimientos me han sorprendido cuando empezaba a recoger los frutos de diez años de trabajo y de perseverancia. Hasta ahora no había hecho más que sembrar y en estos momentos empezaba a recoger. Además, creo que tenemos que ocuparnos de Albert.

—¿Y qué podemos hacer por él? —preguntó el conde.

—¿Cómo? —exclamó Noël apasionadamente—. ¿Quiere abandonarlo cuando precisamente no le queda ni un solo amigo en el mundo? Se trata de su hijo, se trata de mi hermano y durante treinta años ha llevado el nombre de Commarin. Los miembros de una familia siempre son solidarios. Inocente o culpable, tiene derecho a contar con nosotros y nosotros le debemos nuestra ayuda.

También esta opinión de Noël coincidía con la del conde y aquello emocionó al viejo caballero.

—¿Qué quieres hacer, pues?

—Salvarle si es inocente y me gustaría convencerme de ello. Soy abogado, padre, y quiero ser su defensor. En una ocasión, padre, me dijeron que tenía talento y en este caso seguro que lo voy a tener. Sí, le salvaré y éste será mi último pleito.

—¿Y si ha confesado?

—Entonces —respondió Noël con aire sombrío— le prestaré el último servicio que en una desgracia así yo pediría a mi hermano: le proporcionaré los medios para no tener que esperar el juicio.

Emocionado, el conde tendió su mano a Noël, que la tomó inclinándose con respetuoso agradecimiento. El abogado respiró aliviado. Finalmente había encontrado el camino del corazón de aquel altivo y gran señor.

Pero volvamos a ti —dijo el conde—. Acepto las razones que me acabas de dar. Será como tú deseas, pero por lo menos nada impide que vivas en mi casa desde hoy y que hagas tus comidas conmigo. Vamos a buscar un sitio donde puedas alojarte.

Noël tuvo el valor de interrumpir nuevamente al conde.

—Padre —dijo—, cuando me mandó usted que le siguiera obedecí porque era mi deber. Ahora hay otro deber sagrado que me llama. La señora Gerdy está agonizando. ¿Puedo abandonar en su lecho de muerte a la mujer que me ha servido de madre?

—¡Valérie! —exclamó el viejo caballero—. Esa mujer me ha hecho mucho daño, pero, ¿tengo que ser implacable? En este momento supremo quizá una palabra mía fuera para ella un gran consuelo. Te acompañaré.

Noël dio un respingo ante aquella inaudita proposición.

—Ahórrese, padre, un espectáculo tan desgarrador. De nada serviría su presencia: quizá la señora Gerdy todavía esté viva, pero su inteligencia ya ha muerto.

—Entonces vete solo, hijo mío.

Aquel «hijo mío» sonó victoriosamente en los oídos de Noël y todavía lo oía cuando entró en su casa.

—¿Ha venido alguien preguntando por mí? —inquirió a la criada?

—Nadie, señor.

—¿Y el doctor?

—Ha venido esta mañana y hace unos momentos que ha vuelto. Todavía está aquí.

Muy bien, voy a hablarle. Si alguien pregunta por mí, hazle pasar a mi despacho y llámame.

Y entrando en la habitación de la señora Gerdy, Noël pudo comprobar a primera vista que las cosas no habían mejorado. La enferma, con los ojos cerrados, yacía de espaldas. Si no hubiera sido por los ligeros estertores que a intervalos la sacudían se hubiera podido pensar que estaba muerta.

—Por fin has venido —exclamó el doctor Hervé estrechando la mano de su amigo.

—¿Cómo está? —preguntó Noël.

—Peor —contestó el médico—. Esta mañana los ataques se han sucedido con espantosa rapidez. Ya no entiende nada. Creo que no tengo nada que hacer ya aquí. Todavía me quedan tres visitas más por hacer.

Noël acompañó a su amigo hasta la puerta.

—¿Volverás? —le preguntó.

—Esta noche a las nueve. No hay nada que hacer hasta entonces. Sólo tener cuidado con sus ataques. Me he permitido traer a una monja para que le haga de enfermera.

No hacía ni diez minutos que el doctor había salido cuando llamaron a la casa. Era Tabaret, que acudía para saber noticias de su antigua amiga, de aquella que antaño llamara excelente mujer.

Le abrió Noël en persona, que sin duda se había dejado enternecer por las reminiscencias del pasado, ya que parecía tan triste como si la mujer que agonizaba fuera verdaderamente su madre. Tabaret, que todavía estaba lleno de las contradicciones que había expuesto al juez Daburon, al ver a su amigo estuvo a punto de disculparse y marchar. Porque sabía que su encuentro con el abogado le conduciría fatalmente a hablar del caso Lerouge. ¿Y cómo hablar del caso, sabiéndolo todo como lo sabía, incluso mejor que su joven amigo? ¿Cómo evitar una palabra, un gesto, algo que le traicionase? Una sola imprudencia podía revelar al abogado el papel que Tabaret representaba en aquella triste historia. Por otra parte, sin embargo, tenía curiosidad por saber qué había pasado entre el abogado y el conde. Por último, al ver que no podía echarse atrás, decidió vigilar su lengua y permanecer alerta.

El abogado introdujo al hombrecillo en la habitación de la señora Gerdy.

—¿Qué dice el doctor? —preguntó Tabaret.

—Acaba de salir —respondió Noël—. No cree que pase de hoy.

El hombrecillo se aproximó de puntillas y observó a la agonizante con visible emoción.

—¡Pobre mujer! Dios le hace un gran servicio al llevársela consigo. Quizá sufra mucho, pero mayor serían sus dolores si supiera que su hijo, su verdadero hijo, está en la cárcel acusado de asesinato.

—Es lo que yo me digo para consolarme de verla en este estado —respondió Noël—, porque a pesar de que usted me haya oído maldecirla, ahora me he dado cuenta de que no puedo odiarla. De todos modos, no puedo creer que su hijo sea culpable.

—No, tiene usted razón.

Tabaret puso tanto calor y tanta vivacidad en aquella exclamación que Noël le miró estupefacto.

—Digo eso porque yo, quizá por mi inexperiencia, estoy persuadido de la inocencia de este joven. No me imagino que un muchacho de su rango haya podido llevar a cabo un atentado tan cobarde. He hablado con muchas personas y todo el mundo está de acuerdo conmigo.

—No —dijo Noël—, se equivoca usted, amigo Tabaret. Albert tiene la opinión pública en contra. Pero no importa. Albert no será ejecutado porque voy a defenderle. Sí, hace muy pocas horas le he dicho a mi padre, el conde de Commarin, que yo sería su abogado y le salvaría.

A punto estuvo Tabaret de saltar al cuello de Noël y gritarle: «Seremos dos en salvarle.» Pero se contuvo a tiempo.

—Bravo, muchacho —dijo—, tiene usted un noble corazón. Temía que las riquezas y los honores le hubieran subido a la cabeza, pero, dígame usted, ¿ha visto al conde, su padre?

—Le he visto y todo se ha arreglado a mi satisfacción. Se lo contaré más tarde, cuando estemos más tranquilos. Ante esta cama casi me avergüenzo de mi felicidad.

Tabaret tuvo que contentarse con aquella respuesta y con la promesa de una narración ulterior.

Viendo que no conseguiría nada más aquella noche, habló de irse a la cama declarándose muerto de cansancio debido a ciertos encargos que se había visto obligado a hacer durante el día. Noël no insistió en retenerle. Esperaba, dijo, al hermano de la señora Gerdy, a quien habían ido a buscar diversas veces sin encontrarlo. Con estas palabras de despedida, Tabaret salió de casa de su amigo y se dirigió a la suya. El día siguiente era domingo y sería imposible poner manos a la obra, pero ya el buen hombre había trazado un plan para exculpar lo antes posible a Albert y descubrir al asesino verdadero de la viuda Lerouge.

CAPÍTULO XIII

El lunes por la mañana, a las nueve, el señor Daburon se disponía a salir hacia el Palacio de Justicia, en donde esperaba encontrar a Gévrol y quizá a Tabaret.

El día anterior había recibido un telegrama del jefe de la Seguridad que decía textualmente:

«Rouen, domingo. Nuestro hombre encontrado. Esta noche salimos para París. Testimonio precioso. Gévrol. »

Sus preparativos habían casi concluido cuando un criado vino a avisarle de que una joven dama, acompañada por una mujer de más edad, solicitaba hablar con él. No había querido dar su nombre y había insistido en ocultarlo a menos que fuera absolutamente indispensable para ser recibida.

—Hazla pasar —dijo el juez.

Pensó que tal vez se trataba de alguna pariente de algún detenido cuyo caso estaba instruyendo cuando se produjo el crimen de La Jonchère. Se prometió ser expeditivo con la inoportuna.

Estaba en pie ante su chimenea buscando una dirección en una bandeja de plata llena de tarjetas. Cuando oyó el ruido de la puerta que se abría y el roce de un vestido de seda sobre el pavimento, no se tomó la molestia de volverse y echó un desdeñoso vistazo a través del espejo. Pero al punto retrocedió con un gesto de pavor, como si hubiera visto un fantasma.

—¡Claire! —balbuceó—. ¡Claire!

Y como si fuera víctima de una ilusión al ver a aquella cuyo nombre pronunciaba, se volvió lentamente. Efectivamente, era la señorita d'Arange. Aquella joven tan orgullosa y altiva había tenido el valor de ir a su casa, casi sola, pues su dama de compañía había quedado en la antecámara. Ciertamente, tenía que obedecer a un sentimiento muy poderoso, puesto que había olvidado su timidez habitual.

Nunca, ni incluso en aquel tiempo en que verla era su felicidad, le había parecido tan sublime. Su belleza, velada de ordinario por una dulce melancolía, en aquel momento resplandecía. Sus facciones tenían una animación que él desconocía. En sus ojos, más brillantes debido a las recientes lágrimas, se reflejaba la más generosa resolución. Se notaba que la señorita d'Arange se había hecho a la idea de cumplir un gran deber y que lo llevaría a cabo, si no con alegría al menos con aquella sencillez que por sí sola es heroísmo. Avanzó, reposada y digna, y tendió su mano al magistrado según esa moda inglesa que algunas mujeres convierten en un gesto tan gracioso.

—¿Seguimos siendo amigos, no es cierto? —preguntó ella con una triste sonrisa.

El magistrado no se atrevió a tomar aquella mano que se le ofrecía sin guante. Apenas si la rozó con el extremo de sus dedos y, a pesar de ello, tuvo una fuerte conmoción.

—Sí —respondió con voz apenas audible—, sigo siendo su más devoto servidor.

La señorita d'Arange se sentó en el amplio diván en el que dos noches antes Tabaret combinó la detención de Albert. Daburon permaneció de pie, apoyado en su mesa de trabajo.

—¿Conoce usted el motivo de mi visita? —preguntó la joven.

Daburon asintió con la cabeza.

—Me enteré de esta horrible historia ayer, pues creyeron oportuno ocultármela, y si no hubiera sido por mi fiel señora Schmidt todavía la ignoraría. ¡Qué noche he pasado! Al principio estaba asustada, pero cuando me dijeron que todo dependía de usted, mis terrores se disiparon. ¿Acaso no ha sido por mí que se ha encargado usted de este caso? Usted es bueno, lo sé. ¿Cómo expresarle mi agradecimiento?

—Nada tiene que agradecerme, señorita —balbuceó Daburon—; no soy merecedor, como usted cree, de su gratitud.

Claire estaba demasiado turbada para notar la agitación del magistrado. El temblor de su voz le llamó la atención pero no podía sospechar la causa. Pensó que su presencia despertaba en él dolorosos recuerdos.

—Pues yo, caballero, quisiera bendecirle. ¿Quién sabe si hubiera tenido el valor de ir a ver a otro juez, de hablar a un desconocido? Mientras que usted, tan generoso, me tranquilizará. Me dirá por culpa de qué espantoso malentendido han arrestado al vizconde de Commarin como si se tratara de un malhechor.

—¿Y si le dijera, señorita, que el señor de Commarin es culpable?

—Usted no puede pensar eso —exclamó Claire.

—No sólo lo pienso, señorita, sino que además tengo la certeza moral de ello.

Claire miró al juez de instrucción con una profunda sorpresa.

—Sufro cruelmente por usted, señorita —prosiguió Daburon—. Sin embargo, he de tener el valor de decirle la verdad y usted debe tener el de escucharla. Vale más que lo sepa todo por boca de un amigo. Reúna, pues, todas sus energías y escúcheme. No, no hay malentendido alguno, la justicia no se equivoca, el vizconde de Commarin está acusado de asesinato, y todo, ¿comprende usted?, todo prueba que lo ha cometido.

—¡Es falso! —gritó Claire—, y quienes dicen tal cosa han mentado. Albert no puede ser un asesino. Incluso si él mismo lo confesara yo insistiría en que no es cierto.

—No ha confesado todavía —dijo el juez—, pero lo hará, y si no lo hace... Existen más pruebas de las necesarias para condenarlo. Los cargos que se le imputan son tan imposibles de negar como la luz que los alumbraba.

—Pues bien, yo —interrumpió la señorita d'Arlange con voz vibrante—, yo le aseguro y le repito que la justicia se equivoca. Sí —insistió al ver un gesto de negación del juez—, es inocente. Yo estaría segura aunque todo el mundo le acusara. ¿No se da usted cuenta de que le conozco mejor de lo que pueda conocerse él mismo? Hace cuatro años que me dijo que me amaba y desde entonces no ha tenido para mí secreto alguno. Su padre se opuso a nuestro matrimonio durante dos años y sólo recientemente ha aceptado, aún en contra de su voluntad. ¿Por qué tenía Albert que convertirse en criminal cuando todas nuestras dificultades habían concluido? ¿Por qué, dígamelo usted, por qué?

—Porque ni el nombre ni la fortuna de Commarin le pertenecen, señorita, y sólo una vieja mujer podía demostrarlo. La mató para no perder su posición.

—¡Qué infamia! ¡Qué vergonzosa calumnia! Yo conocía esta historia, pues hace unos días me la comunicó pensando que me sentiría afligida cuando supiese que no podría darme ni su nombre ni su fortuna. ¡Yo afligida! ¡Qué me importan el nombre y la fortuna! Le respondí sencillamente que le amaba y él, que estaba tan triste, recuperó de inmediato su alegría. Me dijo: «Si me amas, el resto no importa.» ¿Cree usted que después de esto iba a asesinar vilmente a una vieja mujer?

—¿No sabe usted, señorita —repuso el juez—, que hay vértigos que pueden hacer tambalear la razón del hombre más honesto? ¿Sabe si al dejarla no fue asaltado por la desesperación y tuvo una hora de locura y actuó sin conciencia de su acción? Quizá así se explique el crimen.

—En tal caso, debía estar loco.

—Quizá sí —respondió el juez—, y sin embargo, las circunstancias del crimen denotan una seria premeditación.

—¿Qué circunstancias son ésas?

—¿Quiere saberlas, señorita? De acuerdo, le daré todos los detalles si usted me lo exige. Pero, ¿para qué enumerar todas las pruebas circunstanciales? Hay una que por sí sola es decisiva: el asesinato se cometió la noche del martes de carnaval y el detenido no puede determinar en qué empleó su tiempo dicha noche. Sin embargo, sabemos que salió y que no regresó hasta las dos de la madrugada con las ropas sucias y desgarradas y sus guantes llenos de raspaduras.

—¡Basta, basta! —interrumpió Claire, cuyos ojos brillaban de felicidad—. ¿Dice usted que era la noche del martes de carnaval?

—Sí, señorita.

—Es inocente, tenía yo razón —gritó ella con acento triunfante—. Señor, su prueba más concluyente ya no existe. Albert pasó la velada a que usted se refiere a mi lado.

—¿A su lado? —balbuceó el juez.

—Sí, conmigo en mi casa.

El señor Daburon quedó estupefacto. ¿Soñaba?

—¿Qué? —exclamó el juez—. ¿El vizconde estaba en su casa? Su abuela, su dama de compañía, sus criados, ¿le vieron, hablaron con él?

—No señor, vino y se retiró en secreto. Deseaba no ser visto por nadie porque quería estar a solas conmigo.

—¡Ah! —exclamó el juez con un suspiro de alivio. Aquel suspiro significaba: «Todo se explica, quiere salvarle aun a riesgo de comprometer su reputación. ¡Pobre muchacha!»

Pero Claire lo interpretó de manera muy distinta. Pensó que el juez se sorprendía de su consentimiento en recibir a Albert.

—Su sorpresa es una injuria, caballero —dijo.

—¡Señorita!

—Una muchacha de mi rango, señor, puede recibir a su prometido sin peligro, sin que pase nada que pueda avergonzarla.

Y al tiempo que pronunciaba estas palabras, enrojecía de vergüenza, de dolor y de cólera.

—En ningún momento he pensado tal cosa, señorita. Me he preguntado solamente por qué el señor de Commarin tenía que ir en secreto a su casa, puesto que su próxima boda le daba derecho a presentarse abiertamente a cualquier hora. Y me preguntaba también, cómo, en una visita de tales características, pudo poner su ropa en el estado en que la encontramos.

—Es decir, señor —repuso Claire con amargura—, que duda usted de mi palabra.

—Hay circunstancias, señorita...

—Usted me acusa de mentirle, señor. Sepa que si fuéramos culpables no nos rebajaríamos a justificarnos. Nunca se nos verá ni rogar ni pedir gracia.

—Ante todo, señorita, soy un juez y tengo un deber que cumplir. Se ha cometido un crimen, todo demuestra que Albert de Commarin es el culpable. Yo le he detenido, le he interrogado y he encontrado indicios aplastantes en su contra. Usted me dice que son falsos, pero ello no basta. En tanto que usted se ha dirigido al amigo, he intentado comportarme de manera benévola. Ahora usted se dirige al juez y es el juez quien le responde: ¡Demuéstrelo usted!

—Mi palabra, señor...

—Demuéstrelo.

La señorita d'Arlange se levantó lentamente dirigiendo hacia el juez una mirada llena de sorpresa y de dudas.

—¿Acaso está usted satisfecho, caballero, de la culpabilidad de Albert? ¿Quizá le gustaría que le condenaran? ¿O es que odia a este acusado cuya suerte está en sus manos, señor juez? Si no es así, al menos lo parece. ¿Puede responder de su imparcialidad? ¿Está seguro de que ciertos recuerdos

no pesan desfavorablemente en su balance? ¿Está seguro de no perseguir, valiéndose de la ley, a un rival?

—Esto es demasiado —murmuró el juez.

—Un día, según recuerdo, usted me declaró su amor. Me pareció sincero y profundo y me conmovió. Tuve que rechazarle porque amaba a otro, y lo lamenté. Ahora resulta que este otro se ve acusado de un asesinato y que usted es su juez. Aceptar ser juez era convertirse en la esperanza de justicia del otro, y usted parece que está en contra suya.

—Señorita —contestó el juez—, el dolor la ciega. Sólo a usted puedo perdonarle lo que acaba de decir. Su ignorancia de las cosas la hace ser injusta. Cree que la suerte de Albert está en mis manos, pero se equivoca. Convencerme a mí es fácil, pero también hay que convencer a los demás. Es natural que yo la crea porque la conozco, pero los otros ¿creerán en su testimonio cuando llegue ante ellos con un relato verdadero, lo creo, pero inverosímil?

Los ojos de Claire se llenaron de lágrimas.

—Si le he ofendido injustamente, señor, perdóneme usted. El dolor me ciega.

—Usted no puede ofenderme, señorita; ya le he dicho que le pertenezco.

—Entonces, ayúdeme a probar que lo que le he dicho es la verdad. Voy a contárselo todo: usted ya conoce los obstáculos que encontré mi boda con Albert. El señor de Commarin no me quería por nuera porque soy pobre. Dos veces el conde dio su palabra y dos veces la retiró. Por último, hace un mes, dio nuevamente su consentimiento. Sin embargo, sus dudas injuriosas habían herido profundamente a mi abuela. A pesar de que la fecha de la boda estuviera fijada, la marquesa declaró que no quería hacer más el ridículo precipitándose ante una alianza demasiado considerable para que no se nos acusara de ambición. Decidió, pues, que hasta la publicación de las amonestaciones, Albert sólo sería recibido en mi casa dos veces por semana durante dos horas de la tarde y en su presencia. No pudimos hacerle cambiar su decisión. Esta era la situación cuando el domingo por la mañana me llegó una nota de Albert. En ella me decía que graves asuntos le impedían venir. A la mañana siguiente, le esperaba con impaciencia, con angustia, cuando su ayuda de cámara dio una carta a la señora Schmidt para mí. En aquella carta Albert me rogaba que le concediese una cita. Le era necesario, me decía, hablar conmigo largamente y a solas. Nuestro porvenir, añadía, dependía de aquella entrevista. Me dejó elegir el día y la hora recomendándome que no confiara en nadie. Le respondí que acudiría el martes por la noche a la puertecita del jardín que da a una calle desierta. Para advertirme de su presencia tenía que llamar cuando dieran las nueve en los Invalides. Mi abuela, lo sabía de cierto, había invitado a varias amigas para pasar la velada juntas. Supuse que si fingía estar enferma me sería permitido retirarme y de este modo sería libre. Contaba con que mi abuela retuviera a la señora Schmidt a su lado.

—Un momento, señorita —interrumpió Daburon—. ¿Qué día escribió usted a Albert?

—El martes.

—¿Puede precisar la hora?

—Envié la carta entre las dos y las tres.

—Continúe.

—Todas mis previsiones se realizaron. Por la noche era libre y bajé al jardín un poco antes de la hora fijada. Tuve la previsión de procurarme la llave de la puerta del jardín y me apresuré a probarla. Pero la cerradura estaba tan herrumbrosa que por más que lo intenté no pude abrir. Ya empezaba a desesperar cuando dieron las nueve. A la tercera campanada, Albert llamó. Enseguida le comuniqué el accidente y le rogué que pospusiéramos la entrevista para el día siguiente. Me respondió que era imposible, que lo que tenía que decirme no podía retrasarse. Hablábamos a través de la puerta. Finalmente me dijo que iba a escalar la pared. Le rogué que no lo hiciera, temiendo un accidente. La pared es muy alta y en la parte superior hay cristales. El se burló de mis temores y dijo que a menos que se lo prohibiera

formalmente intentaría la escalada. No me atreví a decir que no y Albert saltó. Lo que tenía que decirme era la catástrofe que nos amenazaba. Nos sentamos en un banco junto al bosquecillo y después, al caer la noche, nos refugiamos en el pabellón rústico. Era más de medianoche cuando Albert me dejó mucho más tranquilo y casi alegre. Salió por el mismo camino, pero esta vez sin tanto peligro porque le obligué a utilizar una escalera del jardinero que una vez que la hubo utilizado deposité junto a la pared.

—¿Había empezado a llover cuando Albert saltó la pared?

—No señor, la lluvia empezó cuando estábamos sentados en el banco. Lo recuerdo muy bien porque abrió su paraguas y yo me acordé de Pablo y Virginia.

—Concédame un minuto, señorita —dijo el juez. Se sentó a su mesa y escribió dos cartas. En la primera ordenaba que Albert fuera conducido inmediatamente al Palacio de Justicia, a su despacho. En la segunda encargaba a un agente de policía que se trasladara de inmediato a la mansión de los d'Arlange para examinar la pared del jardín y descubrir si había rastros de una escalada. Explicaba que el muro había sido franqueado dos veces, antes y durante la lluvia. En consecuencia, las huellas de la ida y del regreso debían ser diferentes. Recomendaba al agente que procediera con la mayor circunspección posible, utilizando un motivo plausible para explicar sus investigaciones. Después de terminar ambas cartas, llamó a su criado.

—Toma estas dos cartas y llévalas a Constant, mi escribano. Dile que las lea y que haga ejecutar al instante las órdenes que contienen. Corre, y si es necesario toma un coche. Date prisa.

Daburon regresó junto a Claire.

—¿No habrá conservado por casualidad la carta en la que Albert le pedía la cita?

—Sí señor, y creo que debo tenerla por aquí.

Se levantó, buscó en su bolso y sacó un papel muy arrugado.

—Aquí está.

El juez de instrucción la cogió. El hecho de que la carta fuera tan fácil de hallar le despertó una ligera sospecha. De ordinario, las muchachas no se pasean con solicitudes de citas en el bolso.

—No hay fecha —murmuró—, ni un sello ni nada...

—Ahora recuerdo —exclamó Claire— que Albert no me devolvió la llave de la puerta que yo le arrojé para ver si podía abrirla. Si está en su poder demostrará que vino al jardín.

—Daré las órdenes oportunas, señorita.

—Hay otro medio para comprobar que digo la verdad. Mientras esté aquí mande a alguien que verifique la pared.

Pensaba en todo.

—Ya está hecho, señorita. No voy a ocultarle que una de las cartas que acabo de mandar ordenaba una investigación en casa de su abuela. Investigación secreta, claro está.

Claire se levantó radiante y por segunda vez tendió su mano al juez.

—Gracias, mil veces gracias —murmuró—. Ahora me doy perfecta cuenta de que está usted de nuestra parte.

—Comprenda, señorita, que el señor de Commarin me ha expuesto a cometer un error lamentable ocultándome lo sucedido.

—Me parece, caballero, que un hombre honesto no puede confesar haber obtenido una cita de una mujer mientras no tenga su autorización expresa.

—Eso no es todo, señorita. Todo lo que usted acaba de decirme, será necesario que lo repita en mi despacho del Palacio de Justicia. Mi escribano anotará sus palabras y usted tendrá que firmar su declaración. Sé que será penoso pero es imprescindible.

—¿Es necesario que espere aquí el resultado de las investigaciones?

—No vale la pena.

—Entonces, señor juez, no me queda más que rogarle que deje salir a Albert de la cárcel.

—Será puesto en libertad cuando eso sea posible. Le doy mi palabra de honor.

—Tiene que ser hoy mismo. Se lo ruego, enseguida. Puesto que es inocente, ¿por qué retenerle?

—Lo que usted me pide es imposible, señorita. Si dependiera de mí...

—¿Por qué tengo que ser una mujer? ¿Y no voy a encontrar a un hombre que me ayude? Sí —dijo después de un momento de reflexión—, hay un hombre que tiene un deber para con Albert puesto que es él quien le ha precipitado allí donde está: ¡el conde de Commarin! Él es su padre y le ha abandonado. Pues bien, voy a recordarle que tiene un hijo.

CAPÍTULO XIV

La visita de Claire había sorprendido a Daburon, pero sorprendió más todavía al señor de Commarin. Como el juez, repitió:

—¡Claire!

Dudó en recibirla temiendo una escena penosa y desagradable. No ignoraba que la muchacha no podía sentir gran afecto por él, que la había rechazado durante tanto tiempo. ¿Qué quería de él? Sin duda venía a informarse de la situación de Albert. ¿Qué le respondería? Tal vez tuviera un ataque de nervios y el conde temía por su digestión. Sin embargo, pensó en el inmenso dolor que la pobre muchacha debía experimentar y se dijo que sería indigno de su carácter no recibir a la que hubiera sido su hija, la vizcondesa de Commarin. Dio órdenes, pues, de que le rogaran que esperase un momento en uno de los salones de la planta baja. No tardó en acudir. Iba dispuesto a enfrentarse con lo que fuera.

Cuando Claire le vio aparecer, se inclinó ante él con una de aquellas bellas reverencias que le había enseñado la marquesa d'Arlange.

—Señor conde —empezó.

—¿Acaso viene usted a saber noticias del infortunado? —interrumpió el viejo caballero para ir al grano y así acabar antes con aquella situación para él embarazosa.

—No, señor conde —respondió la muchacha—, al contrario, vengo a dárselas a usted. ¿Sabe ya que Albert es inocente?

El conde la miró atentamente, persuadido de que el dolor le había turbado la razón. De existir, su locura era reposada.

—No es que nunca lo hubiera dudado —continuó Claire—, pero ahora tengo la prueba más evidente.

—¿Ha reflexionado bien sobre lo que está diciendo, señorita? —interrogó el conde, cuyos ojos traicionaban su desconfianza.

La señorita d'Arlange comprendió los pensamientos del viejo caballero. Su entrevista con Daburon le había proporcionado ya una válida y útil experiencia.

—Nada digo que no sea exacto —respondió—. Y fácil de verificar. Acabo de visitar al juez Daburon, que es un amigo de mi abuela, y después de contarle lo que sé le he persuadido de que Albert no era culpable.

—¿Se lo ha dicho así él, Claire? —exclamó el conde—. ¿Está usted segura, no se equivoca?

—No señor. Le he contado al señor juez una cosa que todo el mundo ignoraba y que Albert, que es un caballero, no podía decir. Le he contado que Albert pasó conmigo, en el jardín de mi abuela, la noche en que el crimen se cometió. Me había pedido una cita...

—Pero no creo que su palabra baste.

—Existen pruebas y la justicia en estos momentos ya las tiene.

—¿Es posible, Dios mío? —exclamó el conde, fuera de sí.

—Ah, señor conde —dijo amargamente Claire—, usted es como el juez. Es usted su padre y todavía duda de su inocencia. ¡Qué poco le conoce!

—Entonces, señorita, ¿van a soltarle? —preguntó el conde.

—Ése es el problema, señor. Pedí al juez que le pusiera en libertad al instante. ¿Acaso no es lo justo, si no es culpable? Pero el juez me ha contestado que esto no es posible porque no depende él, sino de muchas

personas. No sé qué hacer para que no le retengan en la cárcel. Sin embargo, tiene que existir algún medio para sacarle de allí. Usted que es su padre, ¿querrá hacer todo lo posible?

—Sí —respondió prestamente el señor de Commarin—, sí, sin perder ni un minuto.

Desde el arresto de Albert, el conde había estado sumergido en un estupor paralizante. En su profundo dolor, no veía a su alrededor más que ruinas y desastres, sin hacer nada para evitarlo. Aquel hombre, tan activo de ordinario, había permanecido en la más completa pasividad. La voz de Claire sonó en sus oídos como la trompeta de la resurrección. La espantosa noche desaparecía y el conde entreveía una tenue luz en el horizonte que le hacía recuperar la energía de su juventud.

—Vamos —dijo.

Pero al instante, su fisonomía radiante se veló por una tristeza mezclada de cólera.

—Pero, ¿dónde, dónde? A qué puerta hay que llamar? Antaño hubiera ido a ver al rey, pero en la actualidad... ni siquiera el emperador puede ponerse por encima de la ley. Si fuera a verle me respondería que esperara la decisión de los señores del tribunal, que él no puede hacer nada. ¡Esperar...! Y Albert cuenta los minutos con angustia mortal. Ciertamente, se obtiene la justicia, pero con gran lentitud.

—Intentémoslo de todos modos, señor —insistió Claire—. Vayamos a ver jueces, generales, ministros, qué sé yo. Lléveme usted y ya hablaré yo. Ya verá como tendremos éxito.

El conde tomó entre sus manos las de Claire y las retuvo un momento apretándolas con paternal ternura.

—¡Bravo, hija mía! Es usted una valerosa muchacha, Claire. La buena sangre no puede mentir. Yo no la conocía. Sí, usted será mi hija y Albert y usted serán felices. Sin embargo, no podemos lanzarnos a la aventura como dos atolondrados. Nos haría falta alguien que nos indicase a quien tenemos que dirigirnos, un guía cualquiera, un abogado por ejemplo. ¡Ya está resuelto! Noël...

Claire miró sorprendida al conde.

—Se trata de mi hijo —aclaró el conde visiblemente embarazado—, mi otro hijo, el hermano de Albert. El mejor y el más digno de los hombres —añadió utilizando a propósito una frase del señor Daburón—. Es abogado y conoce el Palacio de Justicia al dedillo. El nos informará.

El nombre de Noël, lanzado de este modo en medio de aquella conversación llena de esperanza, encogió el corazón de Claire. El conde notó su estremecimiento.

—No se inquiete, querida niña —dijo—. Noël es bueno y quiere a Albert. No sea usted escéptica. Noël me ha dicho aquí mismo que no creía en la culpabilidad de Albert. Ha declarado que haría lo posible para disipar un error fatal y que quería ser su abogado. Vamos a mandar llamarle —continuó—. En estos momentos está junto a la madre de Albert, que agoniza.

—¡La madre de Albert!

—Sí, niña, Albert le explicará lo que ahora puede parecer un enigma. No hay tiempo que perder, pero estoy pensando...

Se detuvo bruscamente. Pensaba que en lugar de mandar a buscar a Noël a casa de la señora Gerdy podía ir él personalmente. De ese modo, vería a Valérie, a quien desde hacía tanto tiempo deseaba volver a ver.

—Lo mejor será —observó el conde— que vayamos personalmente al encuentro de Noël.

—Vayamos, pues, señor.

—Pero querida niña —dijo dudando el caballero— lo que no sé es si puedo y debo llevarla conmigo. Las conveniencias...

—Si sólo se trata de las conveniencias —replicó vivamente Claire—, por él y con usted puedo ir a todas partes. ¿Acaso no es indispensable que dé ex-

plicaciones? Lo único que le pido es que envíe a mi dama de compañía, la señora Schmidt, a prevenir a mi abuela. Por lo demás estoy dispuesta.

—Sea pues —dijo el conde. Y llamando a un criado, gritó—: ¡Mi coche!

—Me ha quitado usted veinte años de encima —dijo el conde a la muchacha, ofreciéndole el brazo para ayudarla a descender la escalera.

Y cuando Claire estuvo instalada: —Calle Saint-Lazare —dijo al cochero—. ¡Deprisa!

Cuando el conde decía deprisa a su cochero, los peatones tenían que apartarse. El cochero era hábil y llegaron sin ningún accidente. Ayudados por las indicaciones del portero, el conde y la joven se dirigieron al apartamento de la señora Gerdy. El conde subió la escalera apoyándose fuertemente en la barandilla y parándose en cada rellano para respirar. ¡Iba a volverla a ver! La emoción le encogía el corazón.

—¿El señor Noël Gerdy? —preguntó a la criada.

El abogado acababa de salir. No se sabía donde había dicho, pero había indicado que no estaría ausente más de media hora.

—Le esperaremos —dijo el conde.

Tres personas se hallaban en el salón en el cual los introdujo la criada. Se trataba del cura de la parroquia, del médico y de un hombre alto, oficial de la legión de honor, cuya vestimenta y modales dejaban traslucir al viejo soldado.

Hablaban cerca de la chimenea y parecieron extrañados ante la presencia de desconocidos. Mientras se inclinaban para responder al saludo del señor de Commarin y de Claire, se interrogaban y se consultaban con la mirada. Aquel movimiento de duda duró poco. El militar aproximó un sillón a la señorita d'Arange. El conde pareció comprender que su presencia era inoportuna. No tenía más remedio que presentarse y explicar el motivo de su visita.

—Ustedes me perdonarán, caballeros, si resulto indiscreto. No creí serlo al pretender esperar a Noël a quien tengo urgente necesidad de ver. Soy el conde de Commarin.

Al oír este nombre, el viejo soldado dejó el sillón que todavía sujetaba y se irguió en toda su estatura. Un relámpago de cólera brilló en sus ojos e hizo un gesto amenazador. Sus labios se movieron como para hablar, pero se contuvo y se retiró con la cabeza baja junto a la ventana. Ni el conde ni los otros dos hombres se fijaron en aquella reacción, pero ésta no escapó a Claire. Mientras Claire se sentaba, el conde, bastante embarazado por su actitud, se acercó al sacerdote y preguntó:

—¿Cuál es el estado de la señora Gerdy, padre?

El doctor, que tenía el oído fino, oyó la pregunta y avanzó con presteza. Tenía interés en hablar con un personaje tan célebre como el conde de Commarin y así entrar en relación con él.

—Creo que no pasará de hoy, señor conde— respondió.

El conde apoyó su mano sobre su frente como si hubiera sentido un profundo dolor. Dudó un momento pero finalmente se decidió a seguir preguntando:

—¿Ha recobrado el conocimiento? —preguntó.

—No señor. Desde ayer, sin embargo, ha habido grandes cambios. La enferma ha estado agitada durante la noche y ha tenido momentos de delirio furioso. Hace una hora me ha parecido que recuperaba la razón y he enviado a buscar al señor cura. Debe sufrir horriblemente.

Casi enseguida y como para dar la razón al médico se oyeron unos gritos apagados que salían de la habitación vecina cuya puerta estaba entreabierta.

—¿Han oído ustedes? —dijo el conde estremeciéndose de pies a cabeza.

Claire no comprendía nada de lo que estaba sucediendo. La oprimían funestos presentimientos y se sentía envuelta en una atmósfera de infortunio. Sintió miedo y se levantó para aproximarse al conde.

—¿Está allí dentro? —preguntó el señor de Commarin.

—Sí señor —respondió con voz dura el viejo soldado que también se había acercado.

—Quisiera verla —dijo el conde casi con timidez.

—Es imposible —contestó el militar. —¿Por qué? —balbuceó el conde.

Por lo menos déjela usted morir en paz, señor de Commarin.

El conde retrocedió como si hubiera sido amenazado. Sus ojos se encontraron con los del viejo soldado y los bajó como un convicto ante su juez.

—Nada se opone a que este señor entre en la habitación de la señora Gerdy —intervino el médico—. No creo que ella se dé cuenta de su presencia, y de todos modos...

—Oh no, no se dará cuenta de nada —apoyó el cura—. Acabo de hablar con ella, le he tomado la mano y ha permanecido insensible.

El viejo soldado parecía reflexionar profundamente.

—Entre usted —dijo por fin al conde—, y que sea lo que Dios quiera.

El médico y el cura entraron al mismo tiempo que el conde de Commarin; Claire y el viejo soldado quedaron en el umbral de la puerta que estaba frente a la casa. El conde dio tres o cuatro pasos y tuvo que detenerse. Quería, pero no podía, avanzar más. ¿Aquella pobre agonizante era Valérie? Por más que buscaba en sus recuerdos, ni aquellas facciones flácidas ni aquel turbado rostro le recordaron a la bella y adorada Valérie de su juventud. No la reconoció.

Ella en cambio le reconoció, o mejor dicho, le adivinó, le sintió. Se incorporó galvanizada por una fuerza sobrenatural descubriendo sus hombros y sus delgados brazos.

—¡Guy! —gritó—, ¡Guy!

El conde se estremeció hasta lo más profundo de sus entrañas.

—¡Guy! —decía ella con voz cargada de dulzura—. Por fin has venido. ¡Cuánto tiempo hace, Dios mío, que te espero! No puedes imaginarte lo que tu ausencia me ha hecho sufrir. Sin la esperanza de volverte a ver que me sostenía hubiera muerto de dolor. ¿Quién te ha retenido lejos de mí? ¿Tus padres? ¿No les has dicho que nadie te quiere tanto como yo? No, no es eso, ahora me acuerdo. Tus amigos han querido separarte de mí. Te han dicho que te traicionaba con otro. ¿A quién he hecho daño yo para tener enemigos? Era mi felicidad la que provocaba envidias. ¡Eramos tan dichosos! Pero no te has creído esta absurda calumnia, la has despreciado puesto que estás aquí. ¡Yo, traicionarte! ¿Acaso no soy tu bien, tu propiedad, algo tuyo? Para raí tú lo eres todo y no sabría esperar nada de otro que no me hayas dado ya. ¿Quién pudo decirte que yo te traicionaba? ¡Oh, infames! Me espionaron, ¿no es cierto?, y descubrieron que a menudo venía a mi casa un oficial. Era cierto, pero este oficial era mi hermano, mi querido Louis. ¡Qué caros he pagado mis años de felicidad robada! Pero ahora estás aquí y todo está olvidado, porque tú me crees, ¿verdad Guy? Escribiré a Louis y te dirá que no miento y tú no dudarás de su palabra de soldado.

—Juro por mi honor que lo que dice mi hermana es verdad.

La moribunda no le oyó y continuó con una voz que el cansancio hacía temblorosa:

—¡Cuánto bien me hace tu presencia! ¡Siento que renazco! No debo estar muy bonita, pero no importa, abrázame. Pero con una condición, Guy, que me dejes a mi hijo, te lo suplico, no me quites a mi hijo, déjame, una madre sin su hijo está perdida. Tú lo quieres para darle un nombre ilustre y una gran fortuna. Dices que este sacrificio será su felicidad, pero mi hijo es mío y me lo quedará. Quieres, a cambio, darme el hijo de la otra. ¡Jamás! Sería ella la que besaría a mi hijo. Apartad de mi lado a ese niño extraño, me horroriza, yo quiero al mío. Renuncia a ese proyecto, Guy. Vendrá un día en que los niños nos pedirán cuentas. Se levantarán contra nosotros para maldecirnos, Guy, entreveo el futuro. Veo a mi hijo justamente irritado avanzar junto a mí. Pero, ¿qué es lo que dice? ¡Oh, Dios mío! Esas cartas, esas cartas, querido recuerdo de nuestros amores. Mi hijo, me amenaza, me golpea a mí, ¡socorro!, un hijo golpear a su madre. No lo digas a nadie. Dios mío, cómo sufro. Y sin embargo,

sabe que soy su madre y finge no creerme. ¡Señor, es demasiado sufrimiento! Guy, perdóname, no tengo ni la fuerza de resistir ni el valor de obedecer.

En aquel momento, la segunda puerta de la habitación que daba al rellano se abrió y apareció Noël, pálido como de ordinario, pero reposado y tranquilo. La moribunda le vio y experimentó una sacudida terrible. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, sus cabellos se erizaron. Se incorporó sobre las almohadas, levantó su brazo en dirección a Noël y con voz fuerte gritó:

—¡Asesino!

Una nueva convulsión la desplomó sobre la cama. Había muerto... Se hizo un gran silencio.

Todos los presentes estaban profundamente emocionados por aquella escena desgarradora, por aquella confesión suprema arrancada al delirio y al dolor. Pero aquella palabra «asesino», la última de la señora Gerdy, no sorprendió a nadie. Todos conocían la acusación que pesaba sobre Albert. A él iba dirigida la maldición de aquella infortunada madre. Noël parecía destrozado. Arrodillado junto a la cama de la que le había hecho de madre, había tomado una de sus manos y la besaba.

—Muerta —gemía—, está muerta.

Caído en el sillón, con la cabeza echada hacia atrás, el conde de Commarin estaba más deshecho y más lívido que aquella mujer, su amante antaño tan bella. Claire y el doctor se afanaban a su alrededor. Fue necesario deshacerle la corbata, aflojarle el cuello de la camisa porque se ahogaba. Con la ayuda del viejo soldado cuyos ojos hinchados y rojos hablaban de su dolor contenido, habían arrastrado el sillón del conde junto a la ventana entreabierta para que le diera un poco de aire.

—Las lágrimas le han salvado —dijo el doctor al oído de Claire.

El hermano de la señora Gerdy tuvo piedad de aquel viejo tan despiadadamente tratado por el destino. Le tendió la mano.

—Señor de Commarin —dijo con voz grave y triste—, hace tiempo que mi hermana le perdonó. Hoy soy yo quien le perdono a usted.

—Gracias, señor —balbuceó el conde, y añadió—: ¡Qué muerte, Dios mío!

—Sí —exclamó Claire—, ha entregado su alma con la idea de que su hijo era un asesino. ¡No haber podido desengañarla!

—Por lo menos —dijo el conde— es necesario que su hijo esté libre para rendirle los últimos honores... Noël...

El abogado se había aproximado a su padre y lo había oído todo.

—Le prometí, padre, que le salvaría.

Por primera vez, la señorita d'Arlange vio a Noël. Sus miradas se cruzaron y ella dejó escapar un movimiento de repulsión que fue visto por el abogado.

—Albert está ya salvado —dijo orgullosamente—, lo único que deseamos es que se haga pronto justicia, que sea puesto en libertad cuanto antes. El juez de instrucción ya sabe la verdad.

—¿Cómo, la verdad? —interrogó el abogado.

—¡Sí! Albert pasó conmigo, en mi casa, la noche del crimen.

Noël la miró con sorpresa; una confesión tan singular, sin más explicaciones, tenía que sorprender por fuerza. La muchacha se irguió con orgullo.

—Soy la señorita Claire d'Arlange, señor —dijo.

El señor de Commarin narró entonces rápidamente todos los incidentes que Claire le había contado. Cuando hubo terminado, Noël dijo:

—Padre, usted ve cuál es mi situación en este momento. Mañana...

—¿Mañana? —interrumpió el conde con voz indignada—. ¿Hablas de mañana? El honor no admite dilaciones. Hay que actuar ahora mismo. El mejor medio de honrar a esta pobre mujer no es rogar por ella sino poner en libertad a su hijo.

Noël se inclinó profundamente.

—Escuchar su voluntad, padre, es obedecerla. Voy ahora mismo. Esta noche, en casa, tendré el honor de informarle de mis gestiones. Quizá incluso pueda llevar conmigo a Albert.

Y besando por última vez a la muerta, salió.

CAPÍTULO XV

Daburon, turbado y preocupado por las revelaciones de la señorita d'Arange, subía las escaleras que conducen a los despachos de los jueces de instrucción cuando se cruzó con Tabaret. Tenía interés en verle y, por consiguiente, le llamó:

—Señor Tabaret.

Pero el hombrecillo, que daba signos de la más viva agitación, no estaba dispuesto a detenerse, a perder un minuto.

—Discúlpeme usted, señor juez, pero es que me están esperando en casa.

—Sin embargo, espero...

—Es inocente —interrumpió Tabaret—; tengo ya algunos indicios y antes de tres días... Pero vaya usted a escuchar al hombre de los pendientes de Gévrol. Es muy inteligente Gévrol, le había juzgado mal.

Y sin escuchar ni una palabra más, reemprendió su carrera, bajando las escaleras de tres en tres con riesgo de romperse el cuello.

En el pasillo, frente a su puerta, sentado en un banco, esperaba Albert custodiado por un policía.

—Enseguida le haré pasar —dijo el juez al detenido mientras abría su puerta.

En su despacho, Constant hablaba con otro policía.

—¿Ha recibido usted mis cartas? —preguntó Daburon a su escribano.

—Sí señor, y sus órdenes han sido cumplidas. Precisamente éste es el señor Martin que acaba de llegar de la misión que usted le ha encargado.

—¿Qué ha visto usted?

—Hubo escalada, señor.

—¿Hace mucho?

—Cinco o seis días.

—¿Está usted seguro?

—Sí señor.

—¿Las huellas son visibles?

—Y tanto, señor. El ladrón, porque supongo que se trata de un ladrón, penetró antes de la lluvia y se retiró después, tal como usted había dicho. Esto es fácil de comprobar si se comparan, a lo largo de la pared que da a la calle, las huellas de la subida y las del descenso. Unas son limpias y las otras fangosas. El pillo entró a fuerza de brazos pero para salir se permitió el lujo de utilizar una escalera, que una vez arriba arrojó al suelo. Además, algunos de los cristales de protección fueron arrancados e incluso encontré en las espinas de una de las ramas de la acacia este pequeño fragmento de piel gris que parece proceder de un guante.

—Es usted un hombre hábil y expeditivo. Estoy muy satisfecho de su trabajo.

Mientras el agente salía satisfecho de los elogios recibidos, el juez hizo pasar a Albert.

—Está usted dispuesto a decirme cómo empleó su tiempo el martes por la noche?

—Ya se lo dije.

—No señor, siento tener que decirle que me mintió. Lo que usted hizo aquella noche lo sé ahora porque la justicia, ya le avisé a usted, no ignora nada de lo que le interesa saber. He visto a la señorita Claire d'Arlange.

Al oír aquel nombre, las facciones del detenido, contraídas por una firme voluntad de no dejarse abatir, se distendieron. Habríase dicho que experimentaba una inmensa sensación de bienestar, como un hombre que hubiera escapado a un peligro inminente que no podía evitar. Pero no dijo nada.

—La señorita d'Arlange —continuó el magistrado— me ha dicho dónde estaba usted el martes por la noche.

Albert todavía dudaba.

—No es ninguna trampa. Le doy mi palabra de honor. Ella me lo ha contado todo.

Esta vez Albert se decidió a hablar. Sus explicaciones coincidieron punto por punto con las de Claire. No había duda posible. O Albert era inocente o Claire era su cómplice.

Pero entonces, ¿quién era el asesino?

—Vea usted, señor —dijo severamente el juez a Albert—, que además de arriesgar su cabeza ha expuesto usted a la justicia a cometer un deplorable error. ¿Por qué no dijo antes la verdad?

—Señor —respondió Albert—, la señorita d'Arlange al concederme una cita me confió su honor.

—¿Y usted estaba dispuesto a morir antes que mencionar esta cita? —interrumpió Daburon con un matiz de ironía—. Eso es digno de los tiempos de la caballería andante.

—No soy ningún héroe, señor —dijo sencillamente el detenido—. Mentiría si no le dijese que contaba con Claire. Confiaba que al enterarse de mi detención haría lo posible por salvarme.

—Señor —dijo el juez de instrucción—, va usted a ser conducido de nuevo a la cárcel. Nada puedo decirle todavía, pero sin embargo, no estará usted incomunicado. Se le tratará con todas las consideraciones debidas a un preso cuya inocencia parece probable.

Albert se inclinó y dio las gracias. Su guardián se lo llevó.

—Haga usted pasar ahora a Gévrol —dijo el juez a su escribano.

El jefe de la Seguridad se había ido a la prefectura, pero su testigo, el hombre de los pendientes, esperaba en el pasillo. Le introdujeron en el despacho del juez. Una vez instalados ambos, Daburon empezó el interrogatorio.

—¿Su nombre? —preguntó.

—Pierre-Marie Lerouge.

—¿Es usted, pues, pariente de Claudine Lerouge?

—Soy su marido, señor.

—Todo el mundo —dijo sorprendido el juez— la creía viuda. Ella misma pretendía serlo.

—Es que de ese modo excusaba un poco su conducta. Además, así lo habíamos convenido entre ambos. Yo le había dicho que ya no existía para ella.

—¿Sabe usted que ha sido muerta, víctima de un crimen odioso?

—El policía que ha venido a buscarme me lo ha dicho. ¡Era una desgraciada!

—¿Cómo, usted, su marido, la acusa?

—Tengo todo el derecho de hacerlo. Sí, era una desgraciada y yo le había pronosticado un mal fin.

—¿Por qué y cuándo, le había dicho eso?

—Hace mucho tiempo, señor. Más de treinta años hace que se lo dije por primera vez. Era muy ambiciosa y quiso mezclarse en los asuntos de los ricos. Esto fue lo que la perdió. Solía decir que se puede ganar mucho dinero guardando secretos.

—Y, sin embargo, ¿usted era su marido?

—Sí, tiene usted razón, señor. Pero era ella la que mandaba.

—¿En qué asuntos se había visto envuelta su mujer? Cuéntemelo todo.

—Pues verá usted, señor juez, en el pueblo donde vivíamos, a un cuarto de hora de nuestra casa, había el castillo del conde de Commarin. Un día, mi mujer me contó que uno de los criados, un tal Germain, le había propuesto emplearla como nodriza. Al principio yo no quería oír hablar de ello. Nuestra situación económica nos permitía que Claudine guardara toda su leche para nuestro hijo recién nacido, pero ella insistía, quería ganar dinero, decía, y estaba avergonzada de no hacer nada mientras yo me mataba trabajando. Quería economizar para que nuestro hijo no tuviera que ir al mar como yo. Le ofrecían un buen sueldo, que nos permitiría ahorrar mucho dinero. Acabé por ceder. No habían pasado ocho días cuando el mismo criado le trajo una carta en la que se le ordenaba ir a París para recoger al niño. Era de noche. «Bien — dijo ella —, partiré mañana por la mañana. » Yo no dije nada, pero a la mañana siguiente, cuando ya estaba a punto de emprender el viaje declaré que la acompañaría. Claudine no pareció enfadada, sino al contrario. En París, mi mujer tenía que ir a recoger al niño a casa de una tal señora Gerdy que vivía en el bulevar. Convinimos con mi mujer que ella se presentaría sola a recoger al niño y que yo la esperaría en nuestro albergue. Pero cuando Claudine estuvo fuera me sentí inquieto, y al cabo de un rato fui a dar una vuelta por los alrededores de la casa de aquella mujer. Pedí informes a los criados y me enteré de que la señora era la amante del conde de Commarin. Durante tres días tuvimos al niño con nosotros; mi mujer me anunció que no regresaríamos a Normandía en la diligencia, ya que la dama temía por su pequeño y para no hacerle sufrir las fatigas del viaje había decidido que nos trasladásemos en su coche, con sus propios caballos. Me gustó la idea, pobre de mí, porque aquello me permitiría conocer el país a mi gusto. Nos instalamos pues, con los niños, el nuestro y el otro, en una hermosa carroza tirada por bestias soberbias y conducida por un cochero de librea. Mi mujer estaba loca de alegría. Yo me sentía como cualquier marido honesto que encuentra en su casa dinero que él no ha ganado. Al ver mi rostro, Claudine, esperando convencerme, se arriesgó a descubrimme toda la verdad. Me dijo: «Toma, hombre, tendremos todo el dinero que queramos. » Y me tendió la bolsa. «¿Y sabes por qué? Porque el señor conde, que tiene un hijo legítimo al mismo tiempo que éste, quiere que sea su bastardo quien lleve su nombre. Eso se hará gracias a mí. En la carretera, tenemos que encontrarnos en el albergue en que dormiremos, con Germain y con la nodriza a quien ha confiado el hijo legítimo. Nos pondrán en la misma habitación y por la noche tengo que cambiar a los niños, que irán vestidos igual a propósito. El señor conde me paga por ello ocho mil francos y una renta de mil. » No tuve fuerzas para decir nada porque la cólera me ahogaba. Pero cuando vio mi rostro, Claudine se echó a reír. «No seas imbécil —me dijo—. Escúchame antes de ponerte así. El conde es quien paga para tener su bastardo. Su amante no quiere cambiar a su hijo. Si ha consentido es porque temía pelearse con el conde. Cuando he ido a verla me ha llevado a su habitación y después de hacerme jurar sobre un crucifijo que nada diría, me ha dicho que no podía acostumbrarse a la idea de separarse de su hijo y ha añadido que si consentía en no cambiar a los pequeños sin decir nada al conde, me daba al instante diez mil francos y me garantizaba una renta igual a la de él. Me ha dicho también que sabría si yo cumplía mi palabra pues había hecho una señal al pequeño para poder reconocerle. ¿Comprendes ahora? No tengo más que decirle al conde que he hecho el cambio y cobraremos de ambas partes, y nuestro hijo Jacques será rico. Abraza a tu mujer, hombre, que es más espabilada que tú. » Esto fue lo que me dijo Claudine, palabra por palabra.

Daburon estaba confundido. Desde el principio de aquel desgraciado caso, iba a tientas. Apenas había puesto orden en sus ideas sobre un punto, cuando otro ya reclamaba su atención. Ardía por interrogar más directamente a Lerouge, pero se daba cuenta de que el pobre marinero desmadejaba laboriosamente el hilo de sus recuerdos, y que la menor interrupción podía embrollarlo todo.

—Lo que me proponía Claudine era una abominación y yo soy un hombre honrado. Pero aquella maldita mujer me tenía dominado y me hacía ver blanco como la nieve lo que era negro como la tinta. Con sus palabras me demostró que no hacíamos mal a nadie y que, por el contrario, asegurábamos la fortuna de Jacques, nuestro hijo. Por la noche nos paramos en un albergue y nada más entrar, ¿sabe usted a quién vimos? Al canalla de Germain con una mujer que llevaba un niño vestido exactamente como el que estaba a nuestro cargo. Ellos también viajaban en un coche del conde. Tuve una sospecha. ¿Quién me aseguraba a mí que Claudine no había inventado toda su historia para calmarme? Mi mujer era capaz de todo. Yo había consentido en hacer una cosa que estaba mal, pero no en aquella abominación planeada por el conde. Por consiguiente, decidí no perder de vista al pequeño bastardo, jurándome que no me lo escamotearían. En efecto, durante toda la velada lo tuve sobre mis rodillas, y para mayor seguridad le anudé alrededor de los riñones un pañuelo de cuadros. ¡A fe que el golpe estaba bien montado! Después de cenar, hablamos de acostarnos y resultó que en el albergue sólo había dos habitaciones con dos camas. El posadero nos dijo que las dos nodrizas podrían dormir en una de las habitaciones y Germain y yo en la otra. ¿Comprende usted señor juez? Yo rechacé este arreglo fingiendo ser demasiado celoso para dejar a mi mujer ni un minuto sola. La otra nodriza subió a acostarse primero. Poco tiempo después, mi mujer y yo subimos también. Claudine se acostó con nuestro hijo y con el bastardo; yo, con el pretexto de que acostándome en la cama despertaría a los pequeños, me instalé en una silla ante la cama decidido a no pegar ojo en toda la noche y dispuesto a vigilar. Y he aquí que a media noche, oí que Claudine se movía. Retuve el aliento. Mi mujer se levantaba. ¿Quería cambiar los niños? Ahora sé que no, pero entonces así lo creí. Así es que cogiéndola por el brazo, fuera de mí, empecé a golpearla. Gritaba a pleno pulmón como cuando estoy en mi barco y hace mal tiempo. La otra nodriza se despertó. Con tanto ruido acudió Germain con una bujía encendida. Su vista me exacerbó. Sin saber lo que hacía, saqué de mi bolsillo un cuchillo catalán que utilizaba normalmente y tomando al maldito bastardo le atravesé el brazo diciendo: «Así, por lo menos, estaré seguro de que nadie lo cambiará sin que yo lo sepa. Ahora está marcado para toda su vida.» La herida del niño era terrible y sangraba abundantemente. Pero no me detuve por ello. Sólo me preocupaba lo que podía suceder en el futuro. Les dije a los otros que iba a escribir lo que había pasado y que todos firmaríamos debajo. Y así se hizo. Sabíamos escribir los cuatro. Germain no se atrevió a resistirse porque yo todavía empuñaba mi cuchillo. Fue el primero en firmar, rogándome que no dijera nada al conde y jurando por su parte no decir nada tampoco. Hizo prometer a la otra nodriza que callaría.

—¿Conserva usted aquella declaración?

—Sí señor, y como que el policía a quien se lo conté todo me recomendó que la llevara conmigo fui al lugar donde la tenía escondida y la cogí. Aquí está.

—Démela usted.

Daburon la leyó rápidamente. Se trataba de un relato breve de la escena que el marinero acababa de describir. Debajo, había cuatro firmas.

—¿Qué debe haber sido de los firmantes? —murmuró para sí el juez.

Lerouge, creyendo que le interrogaban, respondió:

—Germain murió hace tiempo. Claudine ha sido asesinada. Pero la otra nodriza vive todavía. Está casada con un tal Brosette y viven en el mismo pueblo.

—¿Qué sucedió después? —preguntó el juez una vez anotada la dirección de la mujer.

—A la mañana siguiente, señor, Claudine me calmó y me hizo prometer que guardaría silencio. El niño estaba bien de la herida pero conservaría durante toda su vida una enorme cicatriz en el brazo.

—¿Qué sucedió después con su mujer?

—Al cabo de un tiempo empezó a beber y a darse a la mala vida y decidí separarme de ella. Me embarqué y cuando volví al pueblo ya se había marchado. Nunca más volví a verla hasta hace poco.

—¿Por qué?

—Verá usted, señor juez; trabajo me costó localizarla porque nadie sabía dónde estaba. Afortunadamente, mi notario pudo encontrar la dirección de la señora Gerdy, le escribí y fue gracias a ella que supe que vivía en La Jonchère. Yo estaba entonces en Roven; el patrón Gervais, que es un buen amigo, se ofreció a llevarme hasta París en su gabarra. ¡Ah, señor, qué trastorno sufrí cuando entré en su casa! Mi mujer no me reconoció. A fuerza de decir a todo el mundo que yo estaba muerto acabó por creerlo. Cuando le dije mi nombre, cayó al suelo desvanecida.

—Bien, pero todo eso no explica el motivo por el cual usted estaba allí.

—Fui a verla en interés de Jacques. Mi hijo se ha hecho un hombre y quiere casarse. Para ello hacía falta el consentimiento de la madre. Fui a ver a Claudine para que me firmara un acta que el notario me había preparado. Aquí está.

Daburon tomó el acta y la leyó atentamente. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Tiene usted idea de por qué asesinaron a su mujer? ¿Sospecha usted de alguien?

—¡Diablos, señor! ¿Qué quiere que le diga? —contestó el marinero—. Supongo que Claudine exprimió tanto a las personas de las que obtenía el dinero, que éstas...

Las informaciones eran lo más completas posible. Daburon despidió a Lerouge recomendando que esperara a Gévol, que le conduciría a un hotel en el que permanecería a disposición de la justicia hasta nueva orden.

—Se le indemnizará por sus gastos —añadió el juez.

Apenas acababa de salir Lerouge del despacho cuando se produjo un hecho prodigioso. Constant, el serio, impasible, inmóvil, sordomudo escribano se levantó y exclamó:

—¡Es un caso sorprendente!

«Sorprendente, en efecto —pensaba Daburon—. Un caso hecho para desbordar todas las previsiones posibles, para derribar todas las opiniones preconcebidas.»

¿Por qué él, el juez, había actuado con aquella deplorable precipitación? ¿Por qué antes de correr algún riesgo no había esperado a poseer todos los elementos de aquel caso? Daburon, el más prudente de los hombres, había creído sencillo el más complejo de los casos. Había actuado como si se tratara de un flagrante delito cuando en realidad era un crimen misterioso, que requería las mayores precauciones. Y esto, ¿por qué? Sus recuerdos no le habían dejado libertad de deliberación, de juicio y de decisión. Había temido por igual parecer débil o mostrarse demasiado violento. Se había dejado arrastrar por su animosidad.

Más calmado, examinó detenidamente las cosas. En suma, gracias a Dios, nada era irreparable. Pero no por ello dejó de hacerse los más severos reproches. Sólo la casualidad le había detenido. En aquel momento decidió que aquella sería la última investigación que realizaría.

Después de esas duras reflexiones, volvió al caso que le ocupaba. Inocente o culpable, Albert era el vizconde de Commarin, el hijo legítimo del conde. Pero, ¿era culpable? Evidentemente no.

—Y ahora —murmuró el juez—, ¿quién será el culpable?

Una idea cruzó por su cerebro, pero la abandonó por inverosímil. Le dio vueltas y más vueltas y estaba encallado en ella cuando el señor de Commarin hizo su aparición.

CAPÍTULO XVI

Tabaret hablaba pero también actuaba. Abandonado por el juez de instrucción a sus solas fuerzas, se puso manos a la obra sin perder minuto y sin un momento de reposo. Gastando el dinero, el hombrecillo había reclutado a una docena de la policía con permiso o de malhechores sin trabajo, y a la cabeza de aquellos honorables auxiliares, secundado por su fiel Lecoq, se trasladó a Bougival. Después de tres días de investigación, había descubierto:

El asesino no había bajado en Roueil, como hacen todos los habitantes de Bougival, de La Jonchère y de Marly. Se había apeado en Chatou.

Tabaret creyó reconocerlo en un hombre todavía joven, moreno, protegido por unas espesas patillas negras y vestido con un abrigo, que llevaba un paraguas, según descripción de los empleados de la estación. Aquel viajero, llegado en el tren que sale de París a las ocho y treinta y cinco, parecía tener mucha prisa. Al salir de la estación se lanzó de carrera por el camino que va a Bougival. Dos hombres de Marly y una mujer de La Malmaison se habían fijado en él por la prisa que llevaba. Al cruzar el puente que, en Bougival, comunica las dos orillas del Sena, todavía había sido mejor observado. Para cruzar el puente hay que pagar y el presunto asesino sin duda había olvidado esta circunstancia. Pero eso no era todo. El revisor de Roueil recordaba que dos minutos antes de que el tren de las diez y cuarto saliera, se había presentado, emocionado y sin aliento, un viajero que apenas pudo hacerse comprender cuando pidió su billete, un billete de segunda con destino a París. La descripción de aquel hombre respondía exactamente a la que habían hecho los empleados de Chatou y el guardián del puente. Por último, Tabaret estaba sobre la pista de un individuo que había viajado en el mismo compartimiento que aquel viajero sin aliento.

Éste era el balance de Tabaret cuando el lunes por la mañana se presentó en el Palacio de Justicia con el fin de ver si se habían recibido ya los informes de la viuda Lerouge. No encontró tales informes pero en el pasillo se topó con Gévrol y con su hombre. El jefe de la Seguridad triunfaba y lo hacía sin pudor. Al ver a Tabaret le llamó irónicamente.

—¿Qué hay de nuevo, ilustre investigador? ¿Ha hecho usted cortar la cabeza a algún nuevo delincuente?

—Ríase usted, señor Gévrol —respondió Tabaret—, búrlese usted despiadadamente de mí, porque tiene razón.

—¿Pasa algo?

—He librado a un inocente a la justicia y no me lo quieren devolver.

—Me imagino que se trata del asunto de La Jonchère. Para que vea que soy un buen muchacho, papá Tiraclair, voy a echarle una mano. Venga a verme mañana y charlaremos largo y tendido. Pero antes voy a darle un poco de luz. ¿Sabe usted quién es el testigo que viene conmigo?

—Dígamelo, Gévrol.

—Pues es el marido de la víctima de La Jonchère.

—Imposible —dijo Tabaret—. Usted se burla de mí.

—Le doy mi palabra. Pregúntele cómo se llama y le responderá que Pierre Lerouge.

—Entonces, ¿no era viuda?

—Por lo que parece, no.

Y en veinte frases, el jefe de la Seguridad informó a su colega voluntario de lo que Lerouge había declarado al juez de instrucción.

Después de despedirse de Gévrol, Tabaret bajó las escaleras corriendo, mientras se decía: «Ya tenemos otra vez a Noël pobre como antes. Eso de no tener un nombre no le va a gustar. Pero si quiere, lo adoptaré. Tabaret no suena como Commarin, pero al fin y al cabo es un nombre. Por otra parte, la historia de Gévrol no modifica en nada la posición de Albert ni mis convicciones. Si es el hijo legítimo, mejor para él. Pero eso no confirmaría en nada su inocencia si yo estuviera convencido de su culpabilidad. Evidentemente, ni él ni su padre conocían estas sorprendentes circunstancias, pero la señora Gerdy sabía, sin lugar a dudas, que Noël era su hijo. Cuando se lo devolvieron debió comprobar la señal secreta que tenía y cuando Noël encontró las cartas del conde, debió apresurarse a explicarle...»

Tabaret se detuvo en seco. Estaba asustado de las conclusiones a que había llegado: «En este caso, Noël habría matado a la viuda Lerouge para impedirle que confesara que la sustitución no había tenido lugar y para quemar los papeles que lo demostraban. »

Pero rechazó con horror aquella probabilidad diciéndose: «Viejo cretino, esta es la consecuencia del estúpido oficio al que te dedicas sólo por la gloria. Mira que sospechar de Noël, mi heredero universal, la virtud y el honor reencarnados.»

En estos razonamientos estaba cuando llegó frente a su casa. Ante el portal estaba estacionado un elegante coche tirado por un magnífico caballo. El viejo se preguntó: «¿Cuál de mis inquilinos recibe tan elegantes visitas?» No había terminado de pensarlo cuando vio salir al señor Clergeot, el prestamista, cuya presencia en una casa anunciaba ruina segura. El viejo detective conocía al avaro porque antaño había tenido relaciones con él.

—Buenas tardes, viejo cocodrilo —le dijo—. ¿Acaso tiene clientes en mi casa? ¿A quién diablos está usted a punto de arruinar?

—Vamos, vamos, Tabaret. Yo no arruino a nadie. ¿Acaso tiene quejas de mí? O si no, pregúntele al joven abogado que tiene negocios con usted, ya verá como no se queja de haberme conocido.

Tabaret quedó fuertemente impresionado. ¿Qué? ¡Noël, el prudente! ¡Noël, cliente de Clergeot! ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso no hubiera ningún mal en aquellas relaciones. Sin embargo, los quince mil francos del jueves le volvieron a la memoria.

—Ah, sí —dijo, deseoso de informarse—, tengo entendido que el señor Gerdy gasta mucho.

—No es él personalmente quien gasta. Es su querida.

¿Noël mantenía a una amante? Aquella revelación alcanzó de lleno el corazón de Tabaret.

—¡Ah! ¿Se trata de eso? Ya se sabe, la juventud... ¿Cuánto debe costarle por año, esa criatura?

—A fe que no lo sé, pero en mi opinión, en los cuatro años que llevan juntos debe haberle costado alrededor de medio millón de francos.

¡Cuatro años! ¡Quinientos mil francos! Aquellas palabras, aquellas cifras, estallaron como una bomba en el cerebro de Tabaret. En aquel caso, Noël estaba arruinado sin remedio. Pero entonces...

—Es mucho —dijo intentando un tono ligero—. Hay que decir, sin embargo, que la señora Gerdy posee recursos.

—¡Qué va! Está más limpio... Pero si le debe a usted dinero, no tema nada, tiene un asunto entre manos que le va a hacer rico. Mire usted si es algo grande que acabo de renovarle dos pagarés de veintisiete mil francos. Bueno, hasta la vista Tabaret.

El usurero se alejó con paso rápido dejando al pobre hombre clavado en medio de la acera, asustado de sus propias reflexiones. Quiso entrar en su casa pero un torbellino de seda, de puntillas y de terciopelos le cerró el paso. Una hermosa mujer morena acababa de salir, y subía ligera como un pájaro en el coche que estaba parado frente al portal.

Tabaret entró en la casa y se encontró con el portero que, con la gorra en la mano, estaba estudiando con ojos enternecidos una moneda de veinte francos.

—Buenos días, señor. Qué mujer, ¿verdad? ¡Lástima que no haya venido usted antes!

—¿Qué mujer? —preguntó Tabaret.

—La dama que acaba de salir. Quería informes del señor Gerdy y me ha dado veinte francos por responder a algunas preguntas. No sé por qué me parece que debe ser su amante. Ahora comprendo porqué sale todas las noches.

—¿El señor Gerdy?

—Sí, claro. Nunca se lo he dicho a usted porque el señor Gerdy parecía ocultarse, y como que yo no me meto en los asuntos que no me importan...

El portero hablaba con los ojos clavados en la moneda y cuando levantó la mirada para buscar la aquiescencia de Tabaret, el buen hombre había desaparecido.

Tabaret llegó a tiempo para ver arrancar el hermoso coche azul.

«Tengo que seguirla. La verdad está allí.»

Cruzó corriendo la calle Saint-Lazare y a cincuenta pasos de la calle del Havre vio el coche detenido por un embotellamiento. Su mirada recorrió los alrededores de la estación para encontrar un coche vacío. Como Ricardo III, Tabaret hubiera exclamado: «Mi reino por un fiacre.» El coche azul avanzaba ahora por la calle Tronchet. Tabaret lo seguía a duras penas, pero finalmente descubrió un coche libre.

—Veinte francos si no pierde de vista aquel coche azul —dijo al cochero una vez estuvo instalado.

La persecución le llevó, a través de París, a todas las tiendas de modas.

«Así, pues, los billetes de mil francos se esfuman de este modo. ¡Medio millón en cuatro años! Esta criatura parece que quiere comprar todo París. Sí, ella es la que ha empujado a Noël, si Noël cometió el crimen. En estos momentos está gastando mis quince mil francos. ¿Cuántos días durarán? Si Noël es culpable estoy convencido de que mató a la viuda Lerouge para obtener dinero. Si lo hubiera hecho sería el más infame de los hombres. ¡Oh, qué monstruo de simulación e hipocresía sería!»

Por fin, cuando ya Tabaret estaba a punto de perder la paciencia, el coche azul subió por la calle del Faubourg Montmartre, giró por la de Provence y dejó a su hermosa viajera ante un portal.

—Vive aquí —dijo Tabaret con un suspiro de alivio.

Bajó de su coche, dio al cochero dos luses y se lanzó tras los pasos de la joven. Tabaret abrió la puerta de la portería y preguntó al portero.

—¿Cómo se llama la señora que acaba de entrar?

El portero no parecía dispuesto a responder.

—Su nombre —insistió Tabaret. Su tono fue tan imperioso que el portero no tuvo más remedio que responder.

—Juliette Chaffour —respondió.

—¿En qué piso vive?

—En el segundo, la puerta de en medio.

Un minuto después, Tabaret esperaba en el salón de Juliette.

—La señora se está cambiando. Vendrá en seguida —le había dicho la criada.

Tabaret estaba estupefacto ante el lujo de aquel salón. Todo lo que en él se veía era caro. Clergeot no había exagerado.

—¿Quiere usted hablar conmigo? —preguntó Juliette haciendo su aparición.

—Señora —respondió Tabaret—, soy amigo de Noël, su mejor amigo, y...

—Tenga la bondad de sentarse —interrumpió Juliette.

—Lo que aquí me trae, señora, es un asunto grave.

—¿Acaso insinúa usted que gasta demasiado conmigo? Quizá tenga razón. No soy una mujer interesada, sépalo usted. Yo habría preferido menos dinero y más atenciones. Mis locuras me las ha inspirado la cólera y el abandono en que me tiene Noël.

—Pero usted sabe que él la adora.

—¿Él?, pero si se avergüenza de mí. Me oculta como si fuera una enfermedad secreta. Usted es el primero de sus amigos con quien hablo. Pregúntele si alguna vez hemos salido juntos. Se diría que mi contacto le deshonra. Mire usted, por ejemplo. Este último martes fuimos al teatro. Noël había alquilado un palco para nosotros solos. ¿Cree usted que estuvo a mi lado? Pues no señor, me esquivó y no le vi durante toda la función.

—¿Tuvo usted que regresar sola?

—No, al final del espectáculo, serían las doce, el señor se dignó a reaparecer. Habíamos planeado ir juntos al baile de la Ópera y después cenar. ¡A fe que fue divertido! El señor no se atrevió a quitarse la máscara.

La coartada preparada en caso de peligro aparecía. Tabaret se había puesto lívido y temblaba como una hoja.

—Así es que la cena no fue alegre.

—¡Alegre! —repitió la joven encogiéndose de hombros—. Mal debe conocer usted a su amigo. Si alguna vez le invita a cenar, vigile usted que no beba. En la segunda botella estaba más borracho que una cuba, tan borracho que incluso perdió sus cosas. El abrigo, el paraguas, la tabaquera.

Tabaret no quiso escuchar más. Se puso en pie de un salto y con gesto furioso exclamó:

—¡Miserable, infame! Él es el asesino, ya lo tengo.

Sin despedirse de Juliette, salió de su casa, detuvo un coche y se hizo conducir a la prefectura de policía. «¡Noël asesino! No sólo ha asesinado a Claudine, sino que lo ha preparado todo para acusar a un inocente. Quién sabe si incluso ha matado a su pobre madre. Ahora lo veo todo claro. Con las prisas por encontrarse con su amante en el teatro, este miserable olvidó sus prendas personales en el tren. ¿Podremos encontrarlas? ¿Las habrá ido a buscar bajo su nombre falso? Necesito estas pruebas. El testimonio de esta Juliette no servirá de nada. »

Una hora después, provisto de los poderes necesarios y acompañado por un policía, procedía, en la oficina de objetos perdidos del ferrocarril, a buscar los objetos indicados. Sus pesquisas dieron el resultado previsto. Pronto supo que la noche del martes de carnaval, en un compartimento de segunda del tren número cuarenta y cinco, se había encontrado un abrigo y un paraguas. Cuando le fueron mostrados los objetos, los reconoció como pertenecientes a Noël. En uno de los bolsillos del abrigo había un par de guantes gris perla con raspaduras y un billete de regreso de Chatou que no había sido utilizado.

—Ahora sólo hay que cogerlo.

Y sin perder un minuto se hizo conducir al Palacio de Justicia, en donde esperaba encontrar al juez de instrucción. En efecto, a pesar de lo avanzado de la hora, Daburon estaba en su despacho, hablando con el conde de Commarin a quien acababa de informar de las revelaciones de Pierre Lerouge.

Tabaret entró como un torbellino, demasiado emocionado para percatarse de la presencia del extraño.

—¡Señor juez! —gritaba con rabia contenida—. ¡Señor juez, tenemos al verdadero asesino; es él, mi hijo adoptivo, es Noël!

—¡Noël! —repitió el juez poniéndose en pie. Y en voz baja añadió—: Me lo temía...

—Hay que detenerlo en seguida. Si perdemos un solo minuto se nos escapará. Si su amante le ha prevenido de mi visita, a estas horas ya debe sa-

berse descubierto. Apresurémonos, señor juez. Y eso no es todo: un inocente, Albert, está en la cárcel.

—Dentro de una hora ya no estará allí —respondió el magistrado—. Poco antes de su llegada he tomado todas mis disposiciones para que sea puesto en libertad; ocupémonos ahora del otro.

Ni Tabaret ni Daburon se dieron cuenta de la desaparición del conde de Commarin. Al oír el nombre de Noël, había salido silenciosamente y se había lanzado escaleras abajo.

CAPÍTULO XVII

Noël había prometido hacer todo lo posible para obtener la libertad de Albert. En efecto, visitó a algunos miembros del tribunal y supo hacerse rechazar en todas partes. Eran las cuatro cuando se presentó en la mansión de Commarin para informar al conde del escaso éxito de sus gestiones.

—El señor conde ha salido —le dijo uno de los criados—, pero si desea usted esperarle...

—Le esperaré.

—Tengo órdenes del señor conde de hacerle pasar a su despacho.

Una vez solo, Noël se fijó en el árbol genealógico que decoraba el gabinete. Sin poder contener su alegría, se irguió con orgullo, alzó altivamente la cabeza y se dijo:

—Soy el vizconde de Commarin.

La puerta se abrió. Noël se volvió y entró el conde. El abogado se inclinó respetuosamente. Quedó petrificado ante la mirada cargada de odio, de cólera y de desprecio de su padre. Un escalofrío recorrió sus venas, castañetearon sus dientes y se sintió perdido.

—¡Miserable! —gritó el conde.

—Señor... —empezó Noël atreviéndose a hablar primero.

—¡Calla por lo menos! —exclamó el conde con voz amarga—. Pensar que eres mi hijo. No puedo dudar de ello, por desgracia. ¡Infame! Tú sabías perfectamente que eras el hijo de la señora Gerdy. No solo eres un asesino sino que además lo preparaste todo para que la culpa recayera sobre un inocente. ¡Parricida, has matado a tu madre! Sí, la has matado. Si no con el veneno, por lo menos con tu actuación. Ahora lo comprendo todo. Esta mañana Valérie no deliraba. Pero sabes perfectamente lo que ha dicho. Tú estabas escuchando detrás de la puerta y si te atreviste a entrar fue porque si decía una palabra más te perdías. Has calculado bien el efecto de tu presencia. A ti iba dirigida su última palabra: «¡Asesino!» ¿Te das cuenta? Lo sé todo, y no sólo yo. A estas horas hay una orden de detención contra ti.

Poco a poco, Noël había retrocedido hasta el fondo de la habitación y se había quedado contra la pared con los cabellos erizados y los ojos muy abiertos. Un temblor convulsivo le sacudía. Su rostro traicionaba su espanto, el espanto del criminal descubierto.

—Mi deber sería entregarte al verdugo —dijo el conde de Commarin—, pero no puedo olvidar que tengo la desgracia de ser tu padre. Siéntate, escribe y firma la confesión de tu crimen. Después encontrarás mis armas en este cajón. ¡Que Dios te perdone!

El viejo caballero hizo un gesto para salir, pero Noël le detuvo sacando un revólver de su bolsillo:

—Sus armas son inútiles, padre. He tomado todas las precauciones. No me atraparán vivo. Sólo que por ahora no quiero matarme. No lo haré más que cuando no me quede salida alguna.

—¡Miserable! —exclamó el conde—. ¿Será necesario que yo mismo...?

Y se precipitó sobre el cajón, que Noël cerró de un puntapié.

—Escúcheme usted, padre. No quiero matarme. Quiero salvar mi cabeza si es posible. Déme usted los medios para huir y le prometo que no me cogerán. Necesito dinero.

—No te lo daré nunca.

—Entonces me entregaré a la justicia y verá usted el escándalo que se organizará en torno a su nombre.

Al hablar de juicio, de escándalo, de vergüenza, el abogado había encontrado el punto débil del conde. Durante un momento, éste se debatió entre el respeto hacia su nombre y el deseo de ver castigado a aquel miserable. Su nobleza pudo más y dijo:

—Acabemos, pues. ¿Qué es lo que quieres?

—Ya se lo he dicho. Todo el dinero que tenga usted aquí.

—Tengo los ochenta mil francos que había destinado a preparar tus aposentos.

—Es poco, pero démelos. Tengo que prevenirle que quiero que me dé quinientos mil francos. Si logro escapar deberá tener a mi disposición cuatrocientos mil francos. ¿Se compromete a entregármelos cuando se los pida?

Por toda respuesta, el conde abrió un cofrecillo, extrajo un fajo de billetes y los tiró a los pies de Noël.

—¿Me da usted su palabra de cumplir lo prometido? —inquirió una vez más el abogado.

—Sí.

—Entonces me voy. No tema usted, seré fiel a nuestro trato. No me atraparán vivo. Adiós, padre. El único culpable de todo lo sucedido es usted. El cielo es injusto porque no recibirá usted su castigo, pero yo le maldigo.

Una hora más tarde, cuando los criados entraron en el despacho del conde, le encontraron tendido en el suelo, el rostro contra la alfombra, sin dar apenas signos de vida.

Noël se dirigió a casa de su amante.

«Juliette no me ama —pensaba el abogado con amargura—, no me ha amado nunca y estará contenta de librarse de mí. Pero no puedo vivir sin ella. La haré venir conmigo. »

La voz de la prudencia, sin embargo, le aconsejaba lo contrario: «Llevar a una mujer contigo será perderte. Pero, ¿qué importa? Nos salvaremos juntos o juntos pereceremos. Nadie sospecha que sea mi amante. No creo que lo sepan hasta dentro de dos o tres días. »

Llegó a la calle de Provence, subió corriendo las escaleras y llamó a la puerta.

—Si alguien llama —dijo a la criada que le recibió—, no abra usted. Digan lo que digan o hagan lo que hagan, usted no tiene que abrir.

Al oír la voz de Noël, acudió Juliette. Pero él la empujó hacia el salón y cerró la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Noël no respondió. Se acercó a ella y le tomó la mano.

—Juliette —preguntó con voz ronca y con los ojos clavados en ella—, Juliette, sé sincera, ¿me amas?

La muchacha adivinó que pasaba algo extraordinario.

—Sí, te amo —balbuceó—. ¿Es que no lo sabes? ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué? Porque si me amas tienes que demostrármelo. Si me amas tienes que seguirme, dejarlo todo, huir conmigo. No hay tiempo que perder.

—Pero, ¿qué ha sucedido, Dios mío?

—Que te he amado demasiado, Juliette. He perdido la cabeza por ti. Para tener dinero que ofrecerte, he... he cometido un crimen, ¿lo oyes? La justicia me persigue, tengo que huir.

—¿Un crimen, tú?

—Sí, yo. ¿Quieres saber lo que he hecho? He asesinado por ti.

Juliette rodeó con sus brazos a Noël y le besó como nunca lo había hecho.

—Sí, te quiero —le decía—, sí. Has cometido un crimen por mí y eso quiere decir que me amas.

Noël tuvo un segundo de inmensa felicidad y creyó que nada estaba perdido. Sin embargo, se deshizo del abrazo de su amante y dijo:

—Huyamos cuanto antes. No sé donde está el peligro. No comprendo cómo han podido descubrirme.

Entonces Juliette recordó la inquietante visita que había tenido aquella tarde y lo comprendió todo.

—¡Pobre de mí! —gritó—. El crimen, ¿fue el martes, verdad?

—Sí, fue el martes.

—Pues he sido yo quien te ha delatado a un amigo tuyo, a un viejo que me ha dicho que era tu enviado. El señor Tabaret.

—¿Tabaret ha estado aquí?

—Sí, hace unas horas.

—Corramos, pues, deprisa, deprisa, es un milagro que todavía no hayan llegado.

La cogió por el brazo para llevársela consigo, pero Juliette se libró:

—¡Déjame! —dijo—. Tengo dinero y joyas aquí. Quiero cogerlo todo.

—Es inútil, Juliette. Ahora soy rico. Huyamos en seguida.

No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando llamaron a la puerta.

—Son ellos —gritó Noël, quedándose inmóvil como una estatua, con la frente húmeda de sudor, los ojos dilatados y todo el cuerpo en tensión.

Llamaron dos veces más. Apareció Charlotte caminando de puntillas.

—Son muchos —dijo—. He oído varias voces.

Alguien golpeaba la puerta con el puño; Noël entendió una sola palabra: «La ley».

—Todo está perdido —murmuró Noël.

—Todavía no —dijo Juliette—. Podemos huir por la escalera de servicio.

—No creo que se hayan olvidado de vigilarla.

—Tiene que existir un medio —exclamó ella con desesperación.

—Sí, hay uno. He dado mi palabra. Cierra todas las puertas; si quieren entrar, que las derriben. Eso me hará ganar tiempo.

Juliette y Charlotte, la criada, se abalanzaron a cumplir la orden de Noël. Entonces, el abogado, apoyándose en la chimenea, sacó su revólver y apuntó a su pecho. Pero Juliette que regresaba, vio el movimiento y se lanzó sobre su amante con tal fuerza que desvió el arma. La bala atravesó el vientre de Noël. Juliette había convertido su muerte en un suplicio espantoso, prolongando su agonía. El abogado se tambaleó, pero permaneció en pie apoyándose en la chimenea. Perdía grandes cantidades de sangre.

—No quiero que mueras —dijo ella—, eres mío, te quiero. Déjales que vengan. Si te encierran yo te salvaré. Sobornaremos a los carceleros. Viviremos felices no importa en qué lugar. En América nadie nos conocerá.

La puerta del piso había cedido y en aquellos momentos la policía estaba derribando la puerta del salón.

—Acabemos —murmuró Noël—. No quiero que me atrapen vivo.

Y con un esfuerzo supremo, apartó a Juliette lanzándola sobre un canapé. Después, montando su revólver, lo apoyó de nuevo en su pecho. Pero las fuerzas le abandonaron y rodó por el suelo. La policía entró en el salón. El primer pensamiento de los agentes fue que Noël, antes de herirse, había matado a su amante, pero Juliette ya estaba en pie.

—Un médico —decía—, un médico. Todavía podemos salvarle.

Un agente salió corriendo mientras que los otros, a instancias de Tabaret, trasladaron el cuerpo del abogado a la cama de Juliette.

—¡Vivirá, tiene que vivir! —gritaba la muchacha.

El abogado hizo un débil gesto con la cabeza y abrió los ojos. Alguien puso una almohada bajo su espalda, y entonces, con voz entrecortada y silbante, dijo:

—Yo soy el asesino. Escribanlo ustedes y lo firmaré. Tendré mucho placer en hacerlo, pues se lo debo a Albert.

Mientras un policía escribía la declaración, el abogado atrajo sobre sí la cabeza de Juliette y le murmuró al oído.

—Mi fortuna está bajo la almohada. Es tuya.

Todavía tuvo tiempo de firmar su declaración y de decir a Tabaret:

—Así es, amigo mío, que se dedica usted a jugar a policías. Debe ser agradable atrapar uno mismo a sus amigos. Era un buen asunto, pero con tres mujeres en juego estaba perdido de antemano.

Cuando llegó el médico no pudo hacer más que certificar la muerte del señor Noël Gerdy, abogado.

CONCLUSIÓN

Algunos meses después, una tarde, en casa de la vieja señorita de Goëlle, la marquesa d'Arange, diez años más joven, contaba a sus amigas los detalles de la boda de su nieta Claire con el vizconde Albert de Commarin.

—La boda —decía— se celebró en nuestras tierras de Normandía sin publicidad alguna. Mi yerno lo quiso así aunque yo lo desaprobaba firmemente. El desprecio del cual había sido víctima el vizconde requería unas bodas sonadas. Esta era mi opinión y yo no se la oculté. Pero el muchacho es tan testarudo como su padre, lo cual no es poco. Y mi nieta, obedeciendo anticipadamente a su marido, se puso contra mí. Por otra parte, poco importa. Dudo que sea posible encontrar a alguien que dudase ni un solo momento de la inocencia de Albert. Dejé a los muchachos en el éxtasis de la luna de miel, como si fueran dos tórtolas. Hay que confesar que su felicidad les ha costado cara. Que sean, pues, felices, y que tengan muchos hijos. Aunque no creo que los críen con una nodriza. El señor de Commarin se ha portado como un ángel. Dio toda su fortuna a su hijo. Quiere vivir solo en sus tierras. De todas maneras, no creo que dure mucho. No me atrevería a jurar que esté bien de la cabeza después de sufrir aquel ataque... En fin, mi nieta está casada y bien.

Refugiado en Poitou, después de haber presentado su dimisión, el juez Daburon ha encontrado la calma. El olvido llegará pronto.

Juliette ya se ha consolado. Los ochenta mil francos que Noël le regaló no han sido desaprovechados. Poca cosa queda de ellos.

Sólo Tabaret lo recuerda todo.

Después de haber creído en la infalibilidad de la justicia, ahora no ve más que errores judiciales en todas partes. El detective aficionado duda de la existencia del crimen y mantiene que el testimonio de los sentidos nada prueba. Ahora se dedica a hacer firmar solicitudes para la abolición de la pena de muerte y está organizando una sociedad destinada a ayudar a los acusados pobres e inocentes.